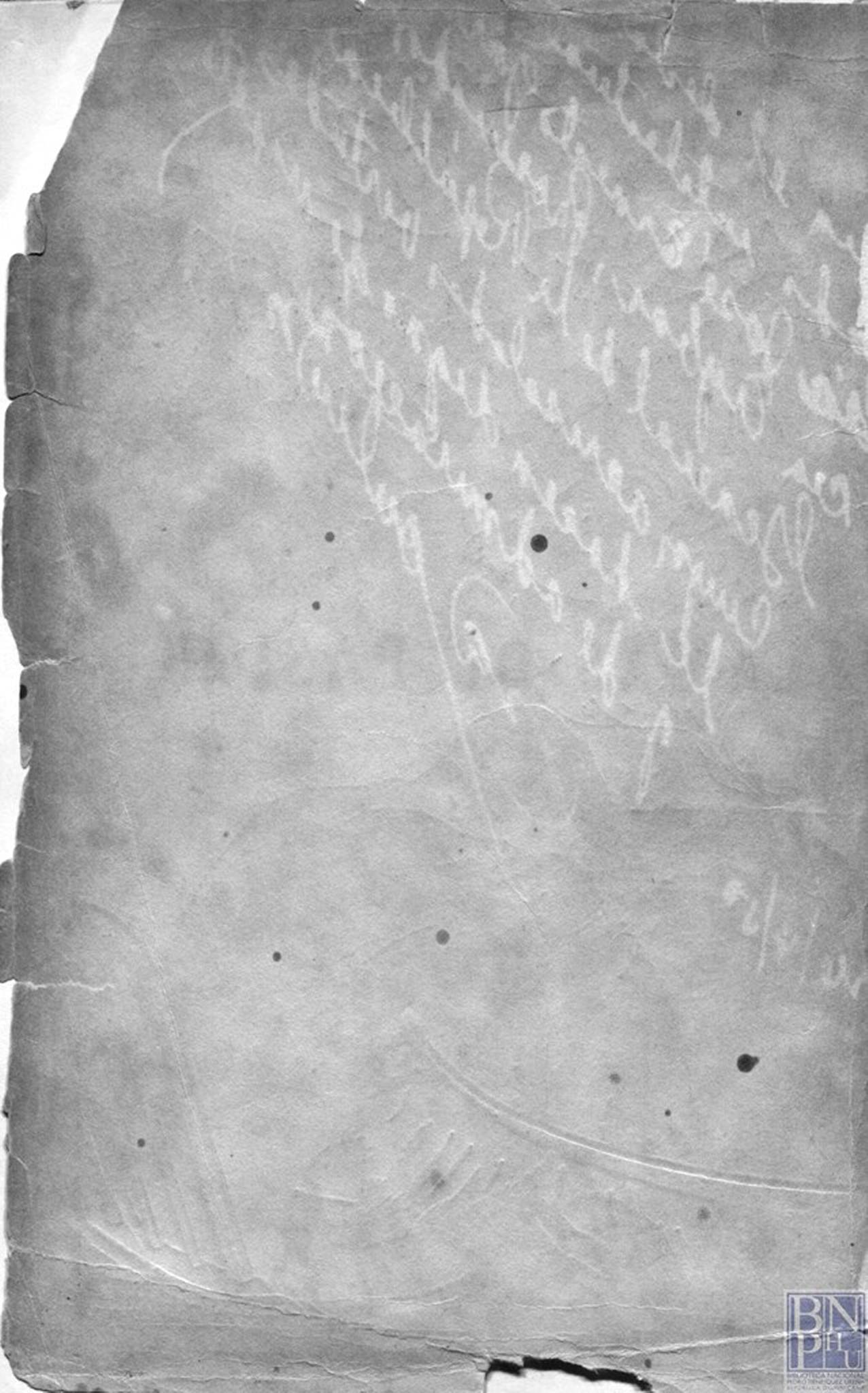


LAMAS DE PASION





SILVESTRE EMILIO CONTIN

LLAMAS DE PASION



IMPRESA "ARTE Y CINE"
CIUDAD TRUJILLO,
REPUBLICA DOMINICANA.

BN
R 863.44
C 762.22
e. 2

P O R T A D A

La Novela...

Para muchos la novela es realidad hecha fábula; para la Academia Española es simple y llanamente la "obra literaria que narra una acción fingida", empero, para mí, que he cultivado ese género de literatura, novela es obra literaria en la que desfilan acontecimientos sociales, políticos, religiosos, etc., que, en muchos puntos resultan perfectamente reales.

La Novela...

La vida del hombre de este mundo tiene mucho de ficción.

Para evidenciar este aserto bastará aplicar a la Historia de todos los tiempos y de todos los pueblos, el escalpelo del análisis, para que se observen en ella las más burdas fantasías; esto es, casos tan ilógicos que al pasarlos por el tamiz de la razón, quedan inmediatamente pulverizados.

Por eso la novela, considerada como una "obra literaria que narra una acción fingida", resulta para mí la descripción viva, expresiva y amena de sucesos factibles de acontecer; esto es, sucesos, en muchos de sus aspectos, verídicos, aunque rodeados de la embellecedora fantasía o del necesario amoldamiento de las escenas.

Por ejemplo, ¿quién no ha leído en su vida alguna novela de Alejandro Dumas, Víctor Hugo y tantos autores famosos? ¿Quién no ha sentido grata fruición material y es-

OBSERVIACIONES
Lic. Luis C. Mencia Aguirre

020717



piritual al leer los pasajes eróticos de alguna novela sentimental? ¿Quién no se ha sentido conmovido al leer las páginas de la vida de un amante desdeñado o traicionado?...

La Novela...

La vida en sí es una gran novela.

Una gran novela es la vida.

La parte esotérica de ésta, desconocida por gran número de seres humanos y confundida por los ignorantes, sirve de fundamento a la gran fábula de la Historia.

Actores y autores somos todos de una Novela.

Todos tenemos nuestra novela y además somos actores o espectadores de la novela ajena.

Novelas trágicas, novelas alegres, novelas descoloridas y vulgares. He ahí el panorama de la Vida arropado en el manto de la ficción....

Verdad amalgamada en la mentira, he ahí la novela que ocupó y ocupa el más grande espacio en la bibliografía antigua y contemporánea....

La Novela...

Millones y millones de personas devoran, con gran avidez, sus páginas. El novelista reúne lo pasional, lo sentimental, lo emocional con lo trágico. Por el escenario de su obra desfilan los personajes que darán vida al drama.

El lector es testigo ocular de la tragedia que se describe en ella, y como tal quisiera impedir que triunfe la injusticia y la maldad sobre el derecho y la virtud, quisiera que el amor se eternizara y que el látigo de la infidelidad se detuviera antes de castigar a inocentes víctimas. Pero como su papel es solo el de simple espectador, tiene que esperar con la natural ansiedad el desenlace del drama.

Basta de digresiones y pasemos a llenar nuestra misión. El novelista dominicano Silvestre Emilio Contín es autor de dos novelas cortas, intituladas: "Llamas de Pasión" y "Una Mujer Interesante".

"Llamas de Pasión", es la historia de un amor irreduc-

tible y vehemente en que entran en juego todas las pasiones. En sus páginas está contenida toda la escala del sentimiento humano. Al leerla hemos vivido momentos de ansiosa expectación, devorando con avidez sus páginas hasta llegar al desenlace.

“Una Mujer Interesante” reúne escenas de gran atracción, colorido y belleza literaria, desenvolviéndose la trama en un ambiente de refinada espiritualidad.

OSCAR DELANOY.

Abril 20, 1950.

LLAMAS DE PASION

Bellísimo, alegre, fué el amanecer del día 16 de agosto del año 1934 en la Capital (*) de la República Dominicana: En la madrugada muchas franjas de vaporoso velo blanco, formando ángulos, se extendían del levante al poniente, de su hermoso cielo tropical. Entre una y otra franja había un fondo azul. Cuando el sol les dió su beso de luz, se tiñeron unas de rosado, otras de lila y el resto de anaranjado, sugiriendo el conjunto un gigantesco abanico policromo abierto sobre la ciudad.

A los vistosos colores del cielo se unían, al través del espacio, los bellos colores de la enseña nacional, de los gallardetes y de las banderolas, que desde el día anterior, con motivo de la fiesta patria, ondeaban en los edificios principales y en las embarcaciones fondeadas en el puerto. A esta maravillosa fiesta de colores se agregó, para hacer más alegre el ambiente porteño, las preciosas melodías que cantaban unos pescadores mientras descargaban la abundante pesca que hicieran en alta mar.

En medio de tanto colorido y algazara arribó un pequeño velero que, cortando majestuosamente las aguas del caudaloso río, enfiló hacia un espigón de madera situado a pocos pasos del sitio en que afanaban los pescadores. En la cubierta, veíase un hombre rubio, de regular estatura, musculoso; en cuyos ojos pequeños, azules y expresivos, se revelaba un espíritu apasionado. A sus piés estaba echado un perro policía de imponente catadura.

Mientras la navecilla se acercaba al sitio en que traba-

(*) Ciudad Trujillo.

jaban los pescadores, se unió a ellos un maestro de escuela y un chófer llamado Miguel. Un pescador, nombrado Juan, en el momento en que el velerito atracaba al espigón, fijó la mirada en su tripulante y al notar que estaba muy triste, dijo a sus compañeros:

—Miren que cara tan afligida tiene el señor Chabot.

—¡Caracoles!... Parece que algo grave le ha pasado a ese señor, exclamó el maestro.

¡Pobre hombre!, murmuró Miguel. Luego, mirando a sus compañeros, agregó:

—Doña Gisela no le quiere y en cambio él se muere de amor por ella... Ayer, casualmente, la cocinera de su casa me informó que él se quejaba de la frialdad con que ella le trata.

El maestro, mirando fijamente a Chabot, preguntó a Miguel:

—¿Qué edad tiene doña Gisela?

—Unos diez y nueve años.

—¡Ya comprendo!... exclamó el maestro. Es la misma historia de mi vida! Mi última mujer era linda, tenía un temperamento inquieto y un espíritu soñador.... Yo la quería con locura y siempre me desvelaba por satisfacer sus antojos; pero a pesar de esto, nunca logré ser el motivo de sus ilusiones amorosas... ¿Y saben ustedes por qué no me quería?... ¿Nó?... Pues bien: Por la misma causa que no quiere doña Gisela a ese pobre hombre!... Porque yo podía ser su padre!... Sí, señores.... es el mismo drama con distintos actores!..... Y no dudo que tengan el mismo desenlace.

—¿Y cuál fué el desenlace de su drama, maestro?, preguntó Juan.

—¡Fué muy triste!... muchacho. Un día, mientras se secaba mi garganta en la escuela, voló la paloma del nido y no volvió más a él!.... Ya ven Uds.... no puede ser más triste.... Y desde entonces vivo solo y así pienso morir.....

LLAMAS DE PASION

—¿Pero se fué sola?

—No, la ingrata se fugó con un petimetre.

—Verdaderamente, fué doloroso el final, dijo Juan, y después de un segundo de reflexión, agregó: Y realmente, no es de dudarse que el desenlace de este otro caso resulte igual, pues imagino que doña Gisela es más interesante que la mujer que dejó a Ud. plantado.

—Mire, amigo, replicó el maestro, yo dudo que esta mujer sea más bella que aquella, pues la mía era un botón de rosa francia..... Un dechado de encantos!.....

—Maestro, dijo Miguel, si Ud. conociese a doña Gisela no dudaría de lo que dice Juan.

—En verdad, nunca la he visto, muchacho, y ya que la conoces tan bien, hazme su retrato.

—Pues mírelo:— Ella tiene unos pechos que son dos manzanitas tentadoras y un rostro tan lindo como el de la virgen!... y la mirada de sus hermosos ojos color de cielo es tan dulce que cautiva al alma del que la recibe de pleno!... Tiene un cuerpo esbelto;... unas piernas bien modeladas y en su forma de hablar y de ser hay algo tan sugestivo que eso solo le basta para subyugar los corazones... Además, es muy culta y descende de una familia muy distinguida. Ahora bien, como todo ser humano, ella tiene sus defectos, uno de ellos es, que es esclava de la pasión, a cuyo mandato es dócil como el perro al amo. Si quiere se entrega ciegamente aún cuando el objeto de su amor no se muestre tan decidido como ella, y si, por el contrario, se sale de su corazón la persona que la quiere y que le colma de beneficios, no hay poder humano ni divino que le haga mostrarse indulgente y cariñosa con ella.

—¡Vaya con la pintura!... exclamó el maestro. Si es tal como aparece en ese cuadro, Juan tiene razón..... ¿Y dónde vive, Miguel?

—En el Ensanche "Calero", de este barrio, hay un chalet que por su gran dimensión y belleza se destaca de los demás..... Ese chalet está amueblado con gusto y confort

extraordinario. En la disposición de los muebles y adornos de la casa se adivina la mano de una mujer inteligente y de gusto refinado. Pues bien, ahí viven ellos. Ese chalet es de don Anatole y del mismo tipo tiene varios.

—¡Caracoles!. . . . murmuró el maestro, Ud. si está enterado de los pormenores de la vida de esa pareja. ¿Y cómo diablos se ha hecho para conseguirlo?

—No he tenido que hacer milagros, pues debido a que me crié en la casa de un tío de doña Gisela, visito su casa cuando quiero. Además, en una ocasión fuí chófer de don Anatole.

—Ahora comprendo. Bueno, tengo que irme. adiós, muchachos.

—Adios, maestro.

Acto seguido, Miguel se dirigió al velerito.

—¡Oh! Miguel, ¿qué haces a estas horas por aquí?

—Vine a respirar el aire de la mañana, don Anatole. . . . ¿Y cómo está Ud.?

—No me siendo bien desde anoche, debido a una terrible incomodidad que Gisela me hizo sufrir, respondió el francés y aunque quiso tras estas palabras guardar silencio, como si ellas hubieran roto el dique de su reserva, las ideas que bullían en su pensamiento, salieron de sus labios impetuosamente:— Cuando fuí a acostarme, ella estaba ante la coqueta y fué tal la atracción que su belleza ejerció sobre mi espíritu, que en un raptó de pasión, fuí hacia ella con el propósito de besarla, pero, al verme a través del espejo, en vez de acogerme con cariño, me rechazó con violencia. Aquel gesto me puso furioso y sin poderme contener, la tomé por los brazos, la sacudí dos veces y le grité: —Si no me quieres, ¿qué haces en esta casa?. Y salí de la alcoba y desde ese fatal momento, hasta hace algunos minutos, como alma en pena vagué por el mar. . . . Cuando salí de casa, busqué por el pasado una acción mía que justificara la suya y al no encontrarla creció mi rabia

y entonces, me dije:— Basta ya de debilidades..... No volveré a verla!..... Pero en alta mar, un fenómeno hizo flaquear mi voluntad..... La ví en el resplandor de las ondas marinas! en la téñue luz de la luna y la sentí en el leve rumor de la brisa..... Y cómo iba a dejar de verla y de sentirla!..... Si en el horizonte, a la luz de esa misma luna y acariciado por esa misma brisa, a su lado, pasé las horas más felices de mi vida!..... ¡Oh!, qué instantes aquellos!..... ¡Cuánta armonía entre nosotros!..... ¡Cuánto entusiasmo!..... Y ¡cuánto ardor!..... En cambio, ahora, ¡cuánta frialdad!... ¡Cuánta incomprensión!..... ¡Pero no puedo vivir sin ella!..... ¡Ella es la droga de mi corazón!..... Y este tirano me arrastra hacia ella!..... Quisiera volver a casa y tratarla como si nada hubiera pasado entre nosotros..... ¡No sé qué hacer!..... Dime, Miguel, ¿qué harías tú en mi lugar?

—Procedería de acuerdo con mi corazón.

—Entonces, ¿debo regresar a casa?

—Sí, don Anatole. Además, debe tratarla como si no hubiera pasado nada anoche.

—Bien, bien, así lo haré!..... dijo Anatole, y despidiéndose del joven, salió de la navecilla con rumbo a su casa.

Por el camino, iba diciendo:

—No debí abandonar la alcoba sin antes haberle pedido afectuosamente una explicación..... Si, la violencia es fatal..... Es posible que tenga que sacrificar mi orgullo para contentarla, y, si llega el caso, gustoso lo haré. Todo lo prefiero a dejar de verme en los embrujadores espejos de sus pupilas. Sin su luz para mí sería el mundo tan tenebroso como el Erebo.

Pensando de este modo, llegó el enamorado francés a su casa, cuyas habitaciones recorrió sin encontrar a Gisela. Entonces, presa de mortal angustia, salió a la galería y desde allí, con voz temblorosa, gritó:

—Gisela..... Giselaaaaa..... Giselaaaaaaa

Pero sólo el eco de su propia voz llegó a sus oídos. De nuevo entró en la casa y fué a la terraza que daba al patio, donde repitió: Giselaaaaaaaaa.....!

—No está, don Anatole, le dijo una mujer, que lavaba en el fondo del patio.

—Y no sabes ¿a dónde ha ido, Micaela?

—No, señor.

—¿A qué hora salió?

—Como a eso de las siete y media.

—¿Se fué a pie?

—No, en un automóvil.

—¿No se llevó nada?

—Sí, sus maletas.

—¿No me dejó dicho nada contigo?

—No, señor, solo le oí decir, que ella se iba de esta casa porque no podía soportar las impertinencias de Ud.

Entonces Anatole comprendió el significado de aquel silencio y presa de la mayor desesperación imaginable fué a su aposento. La cama de la joven aún conservaba la impresión de su esbelto cuerpo. Atraído por aquellas huellas, se arrodilló junto al lecho abandonado y tomando la almohada de la joven la besó, rompiendo a llorar como un niño que sufre el dolor de verse sin el máspreciado de sus juguetes. Luego se entregó a tristes reminiscencias y maldijo el momento en que se fué de la casa, sin dejar contenta a la amante. Después, sintiéndose incapaz de soportar por más tiempo el terrible peso de aquella soledad, salió y comenzó a deambular. Sultán, iba a su lado. Súbitamente, el animal corrió hacia una mulata y se puso a brincar en su redor. Anatole al verla sintió que el corazón se le dilataba. En ese momento, la vulgar criatura, le pareció un angel enviado por Dios para ayudarle en tan penosas circunstancias y sin poder contener la impetuosidad de sus sentimientos y el ansia infinita que tenía de saber el paradero de Gisela, en tono vehemente le gritó:

—Juanita, Juanita, ¿para dónde vas?



LLAMAS DE PASION

La muchacha, quien trabajaba en la casa de una tía de Gisela, algo sorprendida, volvió la cara y al ver al francés, exclamó:

—¡Oh!.... ¿Es Ud., don Anatole?..... Voy para el mercado.

—¿Vienes de donde Ana?

—Sí, señor.

—¿Viste a Gisela?

—Sí, señor, allá la dejé.

Esta respuesta hizo latir violentamente el corazón del apasionado Anatole, quien, como, si en ese momento tuviese las alas taloneras de Mercurio, voló hacia la casa donde se encontraba la desdeñosa amante. En su loca carrera iba delirando y cuando llegó a la casa entró violentamente. Todos los que estaban sentados a la mesa se sobresaltaron. Gisela, clavó en sus ojos una mirada llena de soberbia. Entonces ocurrió algo sensacional.... ¡imprevisto!.... ¡Un milagro del amor!.....: Anatole, al sentir sobre su corazón las irradiaciones que despedían los ojos de su Afrodita, de esos hermosísimos ojos azules que tanto poder magnético tenían sobre su espíritu!, se quedó como una estatua. En su cerebro calenturiento, las palabras formaron tiernas plegarias de amor y luchaban por salir para ir a enternecer el corazón de Gisela. Sus ojos humedecidos por el ardiente rocío de su dolor, la miraban suplicantes, y sus manos, la llamaban con voces del alma. ¡Solemne momento!.... ¡Angustiosa expectativa!.....

De pronto, Gisela, como si se hubiera apoderado de su corazón el espíritu de las Furias, mirando con rabia al atribulado francés, dijo:

—¡Buen comediante!..... ¡Falso idólatra!.... Después que me echa de la casa como a un perro, viene, simulando arrepentimiento, a molestarme..... ¡Váyase de aquí!.... ¡Salga pronto!.....

—¡Comediante!..... ¿Falso idólatra, yo?..... ¡Entonces tus ojos no ven! ¡Estás ciega!.... ¿Cómo es posible

que las profundas huellas que han impreso en mi semblante el insomnio y la angustia que desgarran mis entrañas desde que te fuiste de nuestro nido de amor, no estén visibles para tus hermosos ojos?..... ¡Para esos ojos que tanto adoro!..... ¡Oh!..... ¡amada mía!..... ¡Contéplame y verás que estoy demacrado y que he enflaquecido en pocas horas!..... ¡Ten piedad de mí!..... ¡Vuelve a mi lado!

—¡Prefiero la muerte!.... ¡Acabemos pronto esta farsa!..... ¡Retírese! De un modo sorprendente Anatole se situó a un paso de Gisela, le tomó las manos y arrodillándose a sus piés, le suplicó:

—Gisela, amor mío, yo no puedo vivir sin tí. De rodillas, te imploro que olvides lo pasado y vuelvas a nuestro hogar. Allí te aguardan gratas sorpresas..... ¡Yo seré tu esclavo!.....

—¡Imposible!..... ¡Jamás volveré a ser suya!..... Gritó la joven, apartándose del desesperado francés, y ya lejos de él, agregó:

—Ud. me da asco. ¡Váyase pronto!

—¡Ah!, ¿también me humillas? Rugió el francés, luego, con la razón perturbada por completo, gritó, blasfemó y terminó por amenazarla con darle muerte si no accedía a sus ruegos. Entonces, Gisela, como gacela espantada, corrió hacia una habitación y se ocultó en ella. El intentó seguirla, pero el esposo de Ana, deteniéndole a tiempo, le suplicó mayor continencia dentro de su casa.

—Perdone, Manuel, y ayúdame, por Dios!..... a conseguir que Gisela regrese a casa.

—Está bien, Anatole, trataré de ayudarlo, pero vaya a recogerse y después que se sienta bien, vuelva, que estas puertas están abiertas de par en par para Ud.

—Gracias, amigo, le respondió Anatole convencido de que el consejo era sano y de que lo más razonable era seguirlo al pié de la letra; luego, mirando por última vez la habitación donde se había ocultado el ser idolatrado: el motivo de sus hondos pesares!, con paso torpe se alejó de aquel

lugar, dejando en él las profundas huellas de su intenso dolor!, de un dolor sublimizado por el más noble de todos los sentimientos: EL AMOR.....

Cuando estuvo cerca de su casa, un extraño sentimiento lo alejó de ella y siguiendo hacia el oeste, cruzó maquinalmente el puente y comenzó a vagar por la ciudad, sin que los objetos con que tropezaba su vista le llamaran la atención. Como a eso de las once de la noche, agotado de tanto caminar, regresó a su casa y vestido se tendió en la cama, cayendo en un pesado sueño. Al otro día, cuando ya los rayos del sol, colándose por una persiana, caían sobre su rostro, despertó. Estaba algo más tranquilo.

Como a las diez fué a visitar a Gisela. En la puerta encontró a Manuel, y después de cambiar el saludo habitual, le dijo:

—Manuel, Ud. no puede figurarse cuánto sufrí ayer. La negativa de Gisela me destrozó el corazón..... Me enloqueció..... Ud. vió lo mal que me porté en este hogar, que es acreedor a mi mayor respeto. Excúseme.

—No se preocupe por eso, Anatole, yo también he pasado por esos amargos trances y sé cómo trastornan la razón.

—¡Gracias! ¡gracias! ¡bondadoso amigo!..... ¿se puede ver a Gisela?

—Lamento informarle que ayer mismo se fué sin decir dónde iba a vivir.

Chabot pensando que Manuel obedecía instrucciones de Gisela, fingiendo indiferencia, le dijo:

—Esta noticia no me sorprende, pues se lo impulsiva que es ella..... Ya la encontraré..... ¡Ah!, ¡esta muchacha me amarga la vida!..... Pero no puedo estar sin ella.... Voy a tratar de atraerla por medio de un regalo valioso. A propósito, ¿es cierto que Ud. vende esta casa?

—Bueno, si me dan lo que pido por ella, la vendo.

—Pues mire, Gisela en varias ocasiones me ha dicho que le gusta y quisiera regalársela. Si me dá un buen pre-



cio, mañana mismo la compraría. . . . ¿Cuánto pide?

—Cinco mil pesos oro.

—¡Cómo! ¿Cinco mil pesos oro por esa casita?

—No es tan pequeña como Ud. lo imagina; pase para que la vea bien.

El francés, sin esperar una segunda invitación, fué tras el joven y con disimulo iba husmeando por todos los rincones para ver si daba con Gisela, o, cuando menos, con sus maletas, pero el resultado fué negativo. Entonces, como árbol abatido por furiosa tempestad se encorvó y después de prometer a Manuel volver al otro día para seguir hablando sobre el negocio, se dirigió a su casa y desde allí llamó por teléfono a una tía de Gisela, llamada Mercedes, y le preguntó:

—Doña Mercedes, podría Ud., por favor, informarme si Gisela está allá?

—No; no está aquí. Hace días que no la veo.

Anatole, desesperado, se puso a recorrer la habitación. Luego, rendido se reclinó en un diván. Su atormentado espíritu vagaba por las tenebrosas riberas del Estigia, cuando, Micaela, muy preocupada, se acercó a él para decirle:

—Don Anatole, Sultán, desde ayer, que se fué tras de Ud. no ha vuelto.

—¡Cómo!. . . . ¿Que Sultán no ha regresado aún?

—Sí, señor, no ha vuelto.

—Qué raro es esto, pues él nunca se ha quedado en la calle. Exclamó el francés frunciendo las cejas y después de un momento de reflexión, dándose una palmada en la frente, dijo:

—¡Ah!, ya caigo, Micaela: Sultán siguió a Juanita hasta la casa de Ana y como allá encontró a Gisela se quedó a su lado!

—Así tiene que haber sucedido, don Anatole.

—Sí, si, no hay duda. Cuando venga avísemelo, pues tan pronto como vuelva a salir iré tras él, para ver dónde se mete. Meintrás tanto trataré de dormir un poco.

LLAMAS DE PASION

Si cuando llegue estoy durmiendo, despiérteme.

Efectivamente, ocurrió tal como lo había pensado Anatole y para ganar tiempo no entraremos en pormenores sobre ese punto.

Dos horas después, Sultán entró al aposento de su amo y encaramando las patas en la cama, comenzó a ladrar. Anatole despertó sobresaltado, y al verlo, exclamó:

—¡Ah!, ¡mi fiel Sultán, ya estás aquí!..... Ahora sabré dónde está Gisela. Y vistiéndose a la carrera, se puso a vigilarlo. Cuando el animal salió de nuevo, fué tras él, guardando una distancia prudente y evitando que le viera. Aquella persecución pronto se convirtió en una pesadilla para el francés, pues el perro a un paso y otro se detenía para hacer la corte a las hembras. De esta suerte, solo después de una hora de afanosa vigilancia, lo vió entrar a la casa de Mercedes, entonces, apresurando el paso, salvó la distancia que le separaba de ésta, y no pudiendo contenerse entró a la sala. Allí estaba Gisela acariciando al perro. Esta, al verlo, mirándole con soberbia, exclamó:

—¡Mi sombra!..... ¡Mi pesadilla!..... ¡Qué hombre tan molesto!.....

Un silencio profundo reinó en la estancia.

—Señor,..... ¡Déjeme en paz!.....

Anatole, temeroso de aumentar el enojo de la joven, soportó con resignación tan duras palabras, luego imploró:

—Gisela, bien mío, apiádate de mi corazón que lejos de tí languidece y se muere de pena. ¿No comprendes que tú eres para mí lo que el sol y el rocío para las plantas?

Gisela, exacerbada por la insistencia del enamorado francés, lanzó a su rostro estas hirientes palabras:

—Señor, es que no se dá cuenta de que su presencia me molesta?..... Retírese.

Frente a la inflexibilidad de la joven, Anatole resolvió retirarse, y al hacerlo, le dijo en tono altivo:

—Gisela, ya que me lo exijas, me iré, pero no pierdo las esperanzas de verte muy pronto rendida a mis plantas. Adiós!.....



Gisela, al escuchar estas arrogantes palabras, sintió deseos de arrojar al rostro de Anatole el torrente de dictorios que afluyó a sus labios, mas para no prolongar su presencia prefirió guardar silencio.

* * * * *

Anatole iba por el camino pensando cómo hacer para encontrar una persona amiga que le ayudara a conseguir que Gisela volviera al hogar abandonado. De repente acudió a su mente la idea de buscar esa persona entre los familiares de la joven, quienes le debían muchos favores, y al efecto, aquella misma tarde salió con rumbo al pueblo donde ellos vivían. Al día siguiente se entrevistó con los padres de Gisela y éstos le prometieron escribir a la hija aconsejándole arreglarse con él, pero Anatole, estimando este medio muy poco eficaz, suplicó de un modo obstinado al padre de Gisela, hacerlo personalmente.

—Bien, así lo haré, pero no podré hacer el viaje antes de quince días, pues tengo ciertos asuntos que requieren mi atención personal durante ese tiempo, —dijo el padre de Gisela al insistir el francés para que hiciera el viaje en su compañía.

—Pero, don Félix, no podría Ud. hacer un esfuerzo para dejar terminados esos asuntos antes del término señalado?..... Mire, que en quince días pueden sobrevenir fenómenos que agraven más mi situación. Además serían quince interminables noches de insomnios. Terrible rosario de ansiedad!

—Está bien, trataré por todos los medios posibles, de salir antes para la Capital..... Ahora mismo comenzaré a poner en práctica todos los recursos del ingenio para terminarlos en diez días, mientras tanto, Ud. debe permanecer entre nosotros. Aquí disfrutará de todas las comodidades apetecibles y de tranquilidad. Anatole, complacido con la atención del suegro, permaneció entre ellos por espacio de cinco días, al cabo de los cuales regresó a su residencia.

Como recordará el lector, Anatole al partir para el Cibao, dejó a Gisela viviendo en la casa de una señora llamada Mercedes, pues bien, esta señora formaba una feliz pareja con Amílcar Alvarez..... Eran esposos y por su jovialidad y bellas prendas morales disfrutaban de grandes simpatías y estimación en el seno de la sociedad. Las puertas de su elegante residencia permanecían abiertas para un numeroso grupo de personas distinguidas, que con alta frecuencia colmaban sus salones. Las tertulias, por el espíritu de cordialidad y sutileza con que se desenvolvían resultaban muy agradables.

La misma tarde que Anatole salió con rumbo al Cibao, Mercedes cayó enferma de algún cuidado. Al cundir la triste nueva, sus amistades se apresuraron a visitarla. Gisela, se puso a la cabecera de su lecho y se entregó con solicitud a su cuidado. Al quinto día la crisis había pasado, lo que permitió a Gisela algún descanso.

En la noche un grupo de muchachas fué a saber cómo seguía. Entre ellas estaba una íntima amiga de Gisela, llamada Rosaura. Esta era muy conversadora y muy graciosa. Ambas jóvenes se sentaron una junto a la otra.

Gisela vestía un traje cerrado de nylón negro. De su ebúrneo cuello pendía un lazo de mariposa de la misma tela. Las mangas del traje eran largas y abrochadas a la muñeca. Tenía puesto un refajo de jersey, tras el cual se insinuaban sus pechos, al describir los cuales Miguel se quedó corto, pues hubiera podido agregar que por su perfección eran iguales a los que servían de inspiración a los poetas y de modelo a los pintores de la escuela clásica.....

Aquella misma noche, en el momento en que, dentro de la moderación que imponían las circunstancias, la charla era más animada, llegó un joven, alto, trigueño, delgado, pelo negro y ondulado y ojos pardos.

Amílcar, al verlo, dando muestras de complacencia, fué a su encuentro, y después de abrazarlo, le condujo al aposento de su esposa. Momentos después, lo presentaba a las

jóvenes, con estas afectuosas palabras:

—Me honra presentar a Uds. a mi distinguido amigo, don Enrique de la Fuente.

—Esta es preciosa..... Esta otra parece una rosa francia..... Esta es una gardenia..... Esta parece frívola..... y esta ardiente..... pensaba Enrique catalogando mentalmente a las jóvenes, mientras les daba la mano.

Cuando tocó su turno a Gisela y se dieron la mano, Enrique sintió saturado su corazón de un fluido magnético infame. Asombrado de aquel raro fenómeno miró de un modo penetrante a los hermosos ojos de Gisela y hechizado por sus dulces efluvios, le dijo en voz baja:

—¡Oh!, ¡qué fascinadores son sus ojos, señorita!

—Ud. exagera —dijo la joven envolviéndole en una mirada voluptuosa, que provocó en Enrique el deseo de colmarla de frases galantes, pero, se contuvo y siguió circulando entre las personas a quienes era presentado. Al terminar el acto de presentación fué a sentarse al lado de Gisela, instante en que la charla se reanudó con inusitado entusiasmo, cautivando el joven, con su verbo fácil y elegante, a las damitas que le escuchaban.

En un momento en que todos guardaban silencio se le ocurrió a una joven referirse al caso de un niño que, en su presencia, momentos antes, había sido maltratado por la niñera. Enrique, al terminar ésta de hablar, dijo:

—Ese es un caso muy común. Un problema muy serio que confrontamos los padres. Casualmente ayer, tía Myrta despidió del servicio a la niñera por la misma causa. Y solo en el caso de que se presente una muchacha con buena recomendación de persona conocida la aceptaremos, de lo contrario tía prefiere atenderlos élla misma.

Extrañada Rosaura de que el joven empleara el término tía por el de esposa, le preguntó:

—¿No es Ud. casado?

—Soy viudo, señorita.

—Ah!, qué lástima, perder su esposa tan joven!.....

¿Y cuántos hijos tiene?

LLAMAS DE PASION

—Dos varones, señorita.

—¡Pobres niños, quedar huérfanos tan temprano!... ¡Cuánta falta debe hacerle el calor de su madre!... Si tuvieran la suerte de que la mujer con quien Ud. se case nuevamente resultara para ellos una segunda madre!... exclamó Rosaura..... Pues de seguro que ya Ud. está en víspera de hacerlo.

—Lo haría con mucho gusto si la mujer que acaba de despertar en mi ese anhelo; si la mujer que posee los ojos más lindos del Universo, llegara a sentirse animada por idéntico deseo. Dijo Enrique mirando de un modo significativo a Gisela, quien le preguntó:

—¿Pero es que Ud. aún no ha comunicado a la joven sus intenciones amorosas?

—No, señorita, y temo que al hacerlo me niegue el tesoro de su cariño.

—¡Ah!, señor, usted es muy pesimista.... ¿Por qué no se aventura en el terreno experimental?.....Tal vez sean infundados sus temores.... No olvide el aforismo que reza: "En el campo del amor los hombres audaces son los que con mayor frecuencia triunfan".... Ensaye!.....

En el preciso instante en que Enrique iba a responder a Gisela, Mercedes la llamó, coyuntura que aprovecharon varias personas, y el grupo capitaneado por Rosaura, para retirarse. Entonces, Amílcar y Enrique, a quienes unía una amistad tan fraternal como la amistad que inmortalizó a los célebres argonautas, Polux y Castor, salieron a la galería, donde se enfrascaron en una conversación sobre cuestiones internacionales. Gisela terció en la conversación. Cuando sonaron las once Enrique se despidió de élla con un expresivo:— "Hasta mañana".

En la noche siguiente, Enrique encontró a Gisela tejiendo en la galería y después de saludarla, le preguntó:

—¿Cómo sigue doña Mercedes?

—Está mejor, gracias.

—¿Y Amílcar?

—Salió hace poco.

Después de un breve silencio, Enrique, quien tenía puesta la mirada en el paño que teía la joven, dijo:

—Ud. teje tan bien como Arácne.

—Gracias por el inmerecido elogio, Enrique. Le avanzo que, cuando Ud. se vaya a casar, tejeré un juego de paños para obsequiarlo a su prometida.

—Pero es imposible! Gisela.....

—Entonces Ud. es muy voluble!.....

—¿Por qué lo dice?

—Porque anoche habló Ud. con entusiasmo de una joven con quien desea casarse.

—Pero es que yo sería tan necio como Ixión si pensara que la mujer por quien delira mi mente y sueña enamorado mi corazón, va a corresponderme.

—No veo la causa que le haga dudar de la feliz culminación de su propósito..... Ud. es joven, bien parecido y sobre todo tiene una reputación intachable.

—Gisela, tomo sus palabras como una amable cortesía y como tal las agradezco.

—No son de mera cortesía como Ud. supone, ellas envuelven una verdad dicha con la franqueza con que acostumbro a expresarme.

Enrique sintió una deliciosa sensación al escuchar de los propios labios de la mujer que amaba un juicio tan lisonjero sobre su persona.

—Lo curioso de mi caso es que como le dije ayer, la dama de mis sueños, la que ha impulsado con vértigos de alas el ritmo de mi corazón. Si, la que he elegido para esposa, aún no conoce el propósito que tengo... ni siquiera sabe que la amo!

—¿Y cómo se explica eso, amigo mío? —Preguntó Gisela, envolviendo al joven en una mirada tan ardiente y dulce como un beso de amor, y éste, comprendiendo lo que en su luminoso lenguaje aquellos divinos ojos le expresaban, en un raptó de sublime pasión, se acercó a ella y tomando

sus manos, le dijo con voz suave, armoniosa:

—Gisela, amor mío, se debe a que tú eres la Psiquis de mis sueños; y a que.....Vana pretensión la mía!...Como Cupido, anhelo verme en el paraíso de tus brazos y beber el néctar del amor en el fragante cáliz de tu boca en flor!... A veces me asalta la triste idea de que se desvanecerán mis ilusiones sin alcanzar la suprema dicha de poderte llamar: ESPOSA MIA..... Ah! qué dichoso me sentiría con solo vislumbrar la esperanza de que llegarás a quererme!..... ¡Muñequita encantadora!

—Gisela, bajo el sublime deleite que le produjo la amorosa y apasionada confesión de Enrique, cerró los ojos y éste, aprovechando ese gesto de abandono, la besó en la boca. Ella al sentir el tibio roce de sus labios abrió los ojos, y tras un suspiro los cerró de nuevo.

Al primer beso siguió otro y a éste otro más. Después sintió el joven la suave caricia de las manos aterciopeladas de Gisela, y en un impulso de voluptuosidad la estrechó contra su pecho y la besó de un modo delirante. Entonces, Gisela, temiendo que Mercedes se diera cuenta de la escena, invitó a Enrique a pasar al aposento de ésta para entretenerla. El joven comprendiendo la intención de la mujer que acababa de entregarle su corazón, accedió gustoso y la acompañó a la alcoba de la enferma.

En el Calendario Oficial de la República Dominicana, figura en rojo la fecha del 24 de septiembre, lo cual tiene su justificación. En esa fecha, en todo el país y en particular en la Capital, se celebra el día de la Patrona de la Nación; la virgen de Las Mercedes.

Al presente han cambiado mucho las costumbres tradicionales del pueblo dominicano y de aquí que se celebren las fiestas patronales con menos esplendor y alborozo popular que en la época en que ocurrieron los sucesos, que, a manera

de ardientes eslabones, forman esta borrascosa historia de amor! Entonces, desde las primeras horas de la madrugada del día 24, una orquesta recorría la ciudad tocando aires alegres, y el pueblo, como una colmena de abejas alborotadas, se lanzaba a la calle. Los muchachos y los borrachos se unían a los músicos y tras ellos iban hasta la puerta de la iglesia, allí, al melodioso sonido de los instrumentos se mezclaba el estrépito de los cohetes y montantes. Desde las tres de la madrugada, las campanas con inusitado alborozo llamaban a los fieles, que en ese solemne día, iban al templo llenos de fervor, codeándose bajo sus bóvedas imponentes, la dama encopetada y el rico presuntuoso con la gente de los arrabales; no faltaban ni los perfumes finos ni el repugnante hálito que despiden los borrachos. A las seis se oía la ronca voz del cañón y a las 9 las campanas agitando sus lenguas de bronce, anunciaban la misa pontifical. En la tarde salía la procesión y durante nueve días consecutivos se celebraban solemnes cultos a la Virgen.

El día 23, en muchas casas de familia pasaban la noche velando a la Virgen y en la madrugada del 24, al primer toque de campanas, iban en romería al templo.

En las casas de familia donde había una Mercedes, pasaban todo el día de jolgorio. En la noche remataban con un baile y la ciudad rebozaba de alegría!

Por todo cuanto llevamos dicho, con respecto al entusiasmo con que se celebraba el día de la Patrona, no nos extrañó, el 24 de septiembre del 1934, al enfocar nuestra atención sobre la casa de Mercedes, ver las puertas del frente abiertas de par en par y flamantes cortinas de damasco púrpura en todas las puertas del salón principal, en el cual, en alas del ensueño, bailaban unas treinta parejas entre las cuales estaba Enrique y Gisela. Las damas estaban vestidas de azul y los caballeros de blanco. El salón estaba adornado con flores naturales y cuadros de pintores famosos.

Gisela, aquella noche, había puesto en su tocado toda la gracia y coquetería de una mujer enamorada. Vestía un

traje lujoso, calzaba zapatos dorado finísimos y lucía un precioso abanico de plumas.

Cuando comenzaron a bailar, Enrique le dijo:

—Gisela, eres la mujer más encantadora que he conocido! Doy gracias a Dios por haberme acercado a tí. . . . ¡Eres una deidad!

La joven, conmovida por aquel requiebro que tenía el sabor de la ambrosía de los Dioses y la suavidad y unción de una plegaria divina, mirando con arrobación al joven, le dijo:

—¡Enrique, qué feliz me hacen tus ternezas! Y después, oprimiendo con suavidad contra su pecho al ser amado, dijo para su coleteo:

—Ah!, si este estado de felicidad pudiera prolongarse a mi libre albedrío, no habría sobre la tierra otro ser más dichoso que yo! Luego, fijando en el rostro de Enrique la mirada, le dijo:

—Por primera vez he bebido con plenitud en el manantial de la dicha! . . . Sí, Enrique, cuando estoy a tu lado, soy la mujer más feliz que existe bajo el cielo. Me siento tan dichosa como Atalanta cuando se embriagaba de amor en brazos de Hipomeno.

—Gracias, amada mía! En cambio, tú lo eres todo para mí! Al conjuro de tus labios se han abierto para mí de par en par las puertas del Olimpo y allí me regodeo en la contemplación de tus divinos encantos.

Gisela, embriagada de amor, fijó con voluptuosidad sus ojos en el joven y éste, exaltado, exclamó:

—¡Oh, ángel mío, qué dicha tan inefable experimento cuando me acarician tus hermosos ojos!

—Eso me hace feliz, amado mío! Ay, todo mi cuerpo vibre, arde y se dilata por efectos de los prodigiosos efluvios del amor! ¿No los percibes, bien mío?

—Sí, Es el amor que arde en nuestros corazones!

—Oh, Enrique de mi alma, pidamos a Dios, que nos permita formar con los rosales de nuestras bellas ilusiones un eterno edén de amor!

—¡Que él nos conceda esa gracia, amada mía!

Y mientras la venturosa pareja se arrullaba, entre la multitud de noveleros que, desde la acera, miraban el baile, un hombre con el corazón oprimido por terrible congoja, seguía sus graciosos giros.....

—¡Maldita suerte la mía!..... ¡Perra suerte!..... decía entre dientes.....En un momento en que ellos bailaban cerca de la calle, sintió deseos de irrumpir en el salón y descargar sobre Enrique el peso de su odio, pero lo contuvo el temor de aumentar la distancia que ya le separaba de Gisela. Entonces intentó alejarse de aquel sitio, dió algunos pasos y de pronto, como atraído por fuerzas misteriosas, giró sobre sus talones y fué a situarse tras una camioneta que estaba parada frente al salón y desde allí buscó a la pareja y al verles muy entregados uno al otro, rezongó: ¡“Maldita suerte la mía!....Perra suerte!....” Mirala cómo está rendida de amor entre los brazos de ese hombre!.. ¿Qué le habrá visto?... ¿Quién será?.... Voy a entrar al salón.... no ,no lo haré.... esa gente no me ha invitado ex profeso y no debo hacer un papel desairado... Mejor es que me marche de aquí.....No, tampoco haré ésto, pues debo esperar hasta lo último..... Así me convenceré..... Así me daré cuenta del grado de afecto que los une.....Tal vez no exista interés amoroso entre ellos..... Los celos son como el vidrio de aumento que todo lo abulta... Tal vez la pasión me hace verlo todo de un modo exagerado... Ah!, es cierto, se quieren, míralos como se acarician con la mirada! Oh, qué pérdida está élla de amor!... Y él, qué poseído está!.... Parece un pavo real!..... Y repetía a manera de estribillo: Maldita suerte!.... ¡Perra suerte!

Mientras tanto, las horas, como potros desbocados, corrían. Cuando dieron las dos, el alegre rumor que llenaba la casa como impetuoso torrente inundó la calle y se esparció en distintas direcciones. Después reinó en todo el recinto un profundo silencio. En este momento se despidió Enrique de los esposos Alvarez, Gisela le acompañó hasta la puerta

LLAMAS DE PASION

y al despedirse el joven le besó la mano. En ese momento rasgó el profundo silencio que reinaba en la calle, la voz de Anatole, quien, como un loco, salió del sitio en que espiaba y fué hacia ellos, gritando:

—¡Maldita! ¿Por qué dejas que ese hombre te bese la mano?.....

—Gisela, al reconocer la voz de su ex amante, retrocedió algunos pasos instintivamente, mientras Enrique, dándole el frente, le gritó:

—¿Ud. está loco?.....

—¿Loco yo?..... Sí, loco de amor por esa mujer que solo el poder de Dios o del Diablo puede arrebatarme!..... Tal vez las largas noches de vigilia que he pasado delirando con ella, me hayan trastornado el sentido, pero de todos modos, esa mujer me pertenece. ¡Ay de aquel que ose disputármela!

—Petulante.... Coger en su boca a Gisela.... Lár-guese pronto de aquí!

—El loco, el atrevido, es Ud. que ha osado enamorar una mujer agena, replicó Anatole, acercándose a Enrique en disposición de ataque.

Amílcar intervino, y tomando del brazo Anatole, le llevó hasta la esquina próxima, donde éste le contó las escenas que había presenciado mientras Enrique y Gisela bailaban. Después, algo más tranquilo, se despidió de Amílcar, no sin antes jurarle que si Enrique no desistía de sus propósitos amorosos, él lo mataría.

Cuando el francés dobló la esquina inmediata, Amílcar volvió sobre sus pasos y se reunió con Enrique.

—¿Quién es ese hombre?..... ¡Parece loco!

—No, Enrique, ese hombre era marido de Gisela. Hace poco que tuvieron un disgusto, élla abandonó el hogar y no quiere saber de él porque es muy brusco, pero él la idolatra.

—¿Y qué te dijo en el momento que permanecieron en la esquina?

—Me dijo que por la forma en que Gisela y tú bailaban,

se dió cuenta de que se querían y que, al despedirte de ella, la besaste. Yo me quedé boquiabierto al oírle, pues ignoraba que entre Uds. existieran relaciones amorosas. Ahora se me ocurre preguntarte, en nombre de la sinceridad que siempre ha caracterizado nuestra antigua amistad, si realmente mantienes relaciones con Gisela.

—Sí, Amílcar, nos queremos y pienso casarme muy pronto con ella.

—Pero, Enrique, ¿ella no te ha dicho que es casada?

—Sí. Y para romper las ligaduras que le atan a ese loco mañana mismo hablaré con mi abogado para que tome a su cargo la tramitación del divorcio. Y tan pronto como sea libre nos casaremos. Mientras tanto, estoy dispuesto a ponerla bajo mi protección directa si ese vesánico sigue molestandola. Es decir, haré que ella vaya a vivir a un hotel.

—¿Y crees que es tan fácil hacer desistir a ese hombre de sus apasionadas ideas? ¡Qué mal le conoces!..... Pues mira, él luchará hasta arrancarla de tus manos!

—¡Qué va!....., cuando él vea que ella está en mi poder, estoy seguro de que no la molestará más....No olvides que el orgullo se lo impedirá.

—Pues oye: él me dijo que estaba dispuesto a luchar contigo a brazo partido por la posesión de Gisela. Sobre Uds. acaba de desencadenar sus fuerzas devastadoras una terrible tempestad pasional, de cuyo vórtice dudo que salgan indemnes. Ese hombre, arrastrado por la pasión que le ciega, procede como un bruto, y en consecuencia, creo que sea capaz de llegar hasta el crimen. Te prevengo de ello para que seas prudente y si es posible te retires a tiempo, pues prefiero ésto a que te veas envuelto en una tragedia. Soy tu amigo y es mi deber ser sincero contigo.

—Gracias, Amílcar, por tan noble rasgo de lealtad!.... Ya es tarde para retroceder, pues la quiero y la necesito, y será mía aunque me la disputen todos los demonios. La haré mi esposa.



—Si esa es tu voluntad, hazlo, mas ten mucha cautela y cuídate de ese hombre.

—Está bien, seré prudente.... Buenas noches.

—Adiós, Enrique.

Acto seguido, Amílcar entró a su casa. En la sala estaban agrupados en torno a Gisela todos sus familiares y a un paso de ellos, con el oído atento, las sirvientas. Todos a un mismo tiempo comentaban el insólito suceso. Al unirse a ellos, Amílcar leyó en sus ojos el vivo interés que tenían por saber lo que había conversado con Anatole y se apresuró a decírselo. Luego les informó que Enrique tenía el propósito de casarse con Gisela. En los ojos de esta Venus de fuego fulguró la satisfacción.

* * * * *

En la mañana siguiente las sirvientas refirieron en el vecindario la conversación que oyeron en la noche, y con la rapidez de la luz llegó a oídos de Anatole la noticia de que Enrique pensaba casarse con Gisela. Transportado por tan infausta nueva, corrió a la casa de un Mayor de la Policía Nacional, íntimo amigo suyo, y le pidió que interviniera en el asunto, de manera que Enrique no pudiera realizar sus propósitos. El Oficial, que sabía que Gisela no era su esposa, al oír de labios de un hombre, cuya cultura y seriedad conocía, tan enorme despropósito, estimó que estaba bajo el influjo de una poderosa pasión y por lo tanto que era necesario darle un buen consejo, y al efecto le dijo:

—Amigo Chabot, no olvide que esa muchacha no es su esposa y por lo tanto usted no tiene ningún derecho sobre ella ante la justicia. Como amigo suyo le aconsejo que trate de encontrar la felicidad en otra mujer, o en las diversiones.... Haga un viaje de placer.

El francés, salió disgustado de la casa del Mayor y fué a ver al Capitán de un barco de nacionalidad francesa, que estaba atracado en el muelle, a quien le unía una antigua amistad. Después de un breve cambio de impresiones sobre

distintos asuntos relacionados con su patria común, Anatole abordó al Capitán, quien, después de oírle pacientemente, le prometió visitar en la tarde a Gisela para proponerle el arreglo que él deseaba. Aquel día Anatole fué a una Notaría y después de estar encerrado en el despacho una dos horas salió con un pergamino, cuyo contenido conocerá el lector más adelante.

En la tarde, el Capitán recibió de manos de Anatole el pergamino y se dirigió a la casa de Gisela a quien le dijo:

—Doña Gisela, no tan solo he venido estimulado por el deseo de presentar a la distinguida y gentil amiga mis respetos, sino también para cumplir una delicada misión que Anatole me ha confiado cerca de Ud. y le suplico tener la bondad de escucharme.

Gisela, al oír el nombre de Anatole hizo un gesto de contrariedad, mas en atención al oficial se serenó y le autorizó hablar. Entonces el Capitán, que había advertido la mueca, con cierta timidez comenzó:

—Doña Gisela, el amigo Chabot me ha entregado este documento notarial por el cual él se compromete a casarse con Ud. tan pronto como se publique su divorcio. Además hay otras cláusulas que pueden interesarle, ruégole tener la bondad de leerlas.

Gisela por cortesía tomó el papel y lo leyó. Las cláusulas a que se refería el Capitán estaban concebidas en los siguientes términos:

“1o.—Anatole Chabot se compromete formalmente a casarse con la señora Gisela Fernández tan pronto como se publique la sentencia de su divorcio. 2o.—A darle una dote de diez mil pesos oro moneda de curso legal.— 3o.—Hacer un viaje de luna de miel al país que elija.— 4o.—A ocuparse de la educación de Rafaelito”.

Al terminar la lectura del documento, Gisela miró al Capitán y le dijo:

—Capitán, puede decir a su amigo que no deseo llegar a ningún acuerdo con él y que no olvide que ya pertenezco

en cuerpo y alma a un hombre a quien amo entrañablemente.

—Señora, sea generosa con el pobre Chabot y perdónemele. . . . No olvide que él ha sido bueno con Ud. Además, si la memoria no me traiciona, en una ocasión Ud. me dijo que su mayor felicidad la alcanzaría cuando tuviera su casa propia y a su hijo en un buen colegio; y pudiera además, conocer a París, a Río de Janeiro y a La Habana.

—No puedo negarlo, así me expresé en una ocasión. Pero „qué tiene eso que ver con este asunto, Capitán?

—Mucho, señora, pues Ud. podría aprovechar la ocasión que le ofrece Anatole para lograr la realización de su deseo. Una sola palabra suya será lo suficiente para que sus sueños se plasmen en la más bella realidad, señora.

—Capitán, —replicó Gisela con cierta altivez, desde el punto de vista material son muy halagadoras las cláusulas de este contrato, pero el mundo en que vivo en la actualidad es esencialmente ideal y en él me siento feliz y vivo ajenos a las venidades del mundo terrenal. . . . Mi espíritu busca la felicidad junto al hombre bueno, comprensivo y amoroso que el destino ha puesto en mi camino. Agradezco a Ud. el interés que ha demostrado por mí, y reitero mi ruego de que diga a Anatole que resultarán infructuosos todos los esfuerzos que haga en interés de hacerme volver a su lado.

—Señora, suplicó el oficial, perdone al pobre Chabot, mire que él no puede vivir sin usted. Sea indulgente.

—No puedo ni deseo serlo, Capitán.

—Gisela, permítame que le pida aplazar para mañana su respuesta, de manera que Ud. tenga tiempo para pensar con detención sobre este delicado asunto que tanto interesa a mi pobre amigo.

—Está bien, Capitán, contestó Gisela.

El oficial, inmediatamente se despidió de la joven.

Una vez sola, Gisela se quedó extática. Abundantes lágrimas, como purísimas perlas rodaban por sus pálidas mejillas. Mercedes al verla en ese penoso estado, corrió a su lado y se puso a consolarla. Luego la invitó a salir al jar-

dín a respirar el aire fresco y puro de la tarde. Minutos después se sentaron en el jardín y el perfume de las rosas y la suave caricia de céfiro ejerció sobre ella una influencia tonificante. Mercedes en su empeño de alejar su imaginación del asunto que le atormentaba, se puso a contarle los últimos chismes del barrio.

* * * * *

Dejemos a solas a las jóvenes y enfoquemos la atención sobre la casa del Ensanche "Calero". Allí, inquieto, presa de la desesperación, Anatole esperaba al Capitán. Como teas gigantescas flameaban en su cabeza las más absurdas ideas y éstas dilataban en tal forma su cerebro que temió estallara en mil pedazos... Unas veces animado por la esperanza ansiaba la llegada del amigo y otras, en cambio, sobresaltado por el temor de que le trajera malas noticias, le temía..... La amplia galería resultaba reducida para él en esos angustiosos momentos de cruel espera... Para él, todo era ansiedad..... Incertidumbre..... Terrible agonía... ,Cómo le habrá recibido?... ¿Qué le habrá contestado?... Tal vez le habrá echado con caja destemplada!.....Es tan violenta y rara!..... Quizás, compadecida de mí vuelva a mis brazos..... No, no, todo lo que haga por hacerla volver a esta casa resultará inútil!..... ¡Maldita suerte!..... ¡Perra suerte la mía!.... Esta incertidumbre me mata.....De repente se detuvo, ahogado por el calor que bullía en su cuerpo y tomó un poco de whisky, luego reanudó sus paseos por la amplia galería, en la cual había un juego de muebles formado por un sofá, dos sillones y una mesita de centro. Sobre la mesita había una botella de whisky y dos vasos.

Por fin, llegó el Capitán. Anatole fué a su encuentro y con voz temblorosa, le preguntó:

—Capitán, por favor, ¿qué le dijo Gisela?

El Capitán, no movió los labios..... Callaba, aquel silencio quebrantó el corazón del francés, quien miraba al Ca-

pitán sin atreverse a pedirle de nuevo que hablase, luego, desesperado por el largo silencio del amigo, con voz trémula le suplicó:

—Por favor, Capitán, aunque me desgarre las entrañas, sáqueme de esta terrible ansiedad. Dígame, pronto lo que le dijo Gisela!

—Amigo mío, tenga paciencia para esperar..... Mañana iré por la respuesta definitiva, pues hoy no pude, a pesar de mis esfuerzos, conseguir de ella nada bueno para Ud.

—Pero dígame: ¿cómo le recibió y qué le dijo?

El Capitán, después de beber un trago de whisky, fijando la mirada en su infortunado amigo, prosiguió:

—Me recibió cortésmente, pero se contrarió cuando le hablé de Ud. y después que leyó el contrato, con desdén me respondió que no le interesaba la oferta que Ud. le hacía y que resultarían inútiles todos los esfuerzos que Ud. hiciera por llegar a una reconciliación con ella. Luego, agregó unas frases a manera de confesión, que para Ud. resultarían muy crueles si yo las repitiera.

—¡Cállelas, por favor, Capitán, pues ellas me harían daño, además, no es necesario oírlas para saber de qué se trata, —exclamó con voz adolorida Anatole, brotando abundantes lágrimas de sus enrojecidos ojos.

—Anatole, recuerde que mañana es otro día y que no es de dudar que ella, aconsejada por sus parientes, se reuelva en su favor. Tenga fé y calma, mientras tanto ahogue sus penas en un tonel de whisky. Echemos en este pesado ambiente mucha alegría. Llenemos esta casa de mujeres, de música, de risas, de carcajadas....! y que el alcohol nos haga ver las cosas rosadas. Si Ud. me dá su beneplácito, iré al barco por la orquesta y unas muchachas que se encuentran a bordo. ¡Son lindísimas!... ¡Imagínese amigo!... Van a la América del Sur a exhibir las últimas creaciones de una gran modista de New York.

—Capitán, permítame que le confiese que no estoy para fiesta, las penas que abaten mi espíritu son muy gran-

des, además tengo el cerebro cargado de ideas oscuras.

—Amigo Chabot, los pensamientos sombríos se desplazan de la mente con ideas felices, los sentimientos penosos se combaten con sentimientos alegres y la pérdida del cariño de una mujer se remedia bebiendo el elixir del amor en el voluptuoso cáliz de otra hembra. Por esas razones me permito insistir sobre mi idea de celebrar el acto y le ruego complacerme. Además conozco bien a Gisela y sé que ella al enterarse de que estas puertas se han abierto de par en par al sexo femenino, recordará que todo lo que existe en esta casa era suyo y no dudo que para evitar que todo pase a ser de otra mujer, se reconcilie con Ud.

—¿Cree Ud. sinceramente que la fiesta daría buen resultado, Capitán?

—Ya lo creo, amigo!.... Llévase de mi consejo..... Hagamos luz en las tinieblas que nos envuelven.... Arrojemos abundante alegría en este recipiente de amargura.... Rompamos el fúnebre silencio que envuelve esta casa con las alegres melodías de una buena orquesta.

—Pues acepto, Capitán, exclamó Anatole. Acto seguido los amigos se dieron un fuerte abrazo pleno de sinceridad. Luego, se fué el Capitán y Anatole se entregó en cuerpo y alma a la tarea de preparar la casa y disponer todo lo concerniente a la fiesta, no descuidando ni el más insignificante detalle. Unos minutos después, como arte de magia, comenzaron a llegar camionetas cargadas de whisky, champagne, cerveza, soda, hielo, flores, mesas, cristalería y provisiones de boca.

Dos muchachas con las flores adornaron primorosamente el salón principal, el comedor y la galería, los mozos distribuyeron las mesitas entre la galería y el jardín. Expertos en el arte culinario hicieron ricos pastelitos, bocadillos, sandwiches y coctel de vermut.

Como a eso de las 8.30 llegó la orquesta del barco y el Capitán con un séquito compuesto de la oficialidad del barco y las encantadoras jóvenes de que le hablara al francés.

LLAMAS DE PASION

Eran 14 muchachas tan bien formadas y lindas que si se hubiese preguntado a alguien cuál era la más bella hubiera confrontado la misma situación que París cuando el Consejo de los Grandes Dioses le nombró árbitro para determinar cuál de las Diosas era la más bella.

Tras ese precioso ramillete de rosas, llegó una orquesta contratada por Anatole. A las 9 la mayor parte de los invitados había llegado y minutos después se servía el champagne. Seguido la orquesta del barco tocó "El Encanto de un Vals", de Straus, y muchas parejas comenzaron a bailar. Los colores de los trajes formaban el Arco Iris, y aquel juego de colores en graciosa ondulación, vista desde cierta distancia, resultaba extraordinariamente fascinador.

Un leve rumor de seda llenaba el salón, en el cual, ricos perfumes se confundían con el delicado aroma de las rosas.

Cuando terminó el vals, la otra orquesta tocó "El Danubio Azul". Por espacio de una hora se sirvió con abundancia cerveza y entre vaso y vaso la concurrencia regalaba el paladar con sabrosos bocadillos, pastelitos, sandwiches, etc. Después sirvieron un rico coctel.

En ese momento, la sangre comenzó a hervir en las venas, se tiñeron de grana los semblantes y los ojos centellearon. ¡Aquello era un laberinto de voces y de carcajadas! Hasta el mismo Anatole reía.

De pronto, el cantante, Nicolás Casimiro, acompañado por la orquesta dominicana, cantó:

"Cuando un amor se va
Qué desesperación,
Cuando un cariño vuela
Nada consuela mi corazón".

"Dan ganas de llorar,
No es fácil olvidar,
Al querer que nos deja
Y que se aleja
sin compasión".

“No puedo comprender
 Qué cosa es el amor,
 Si lo que más quería
 Si el alma mía me abandonó”.

“Pero no hay que llorar,
 Hay que saber perder
 Lo mismo pierde un hombre
 Que una mujer” (*)

—¡Diablos!. ¡Para qué habrán cantado esa canción tan inoportuna! —exclamó el Capitán, dando un golpe sobre la mesa. ¡Todo lo han echado a perder!. Luego, fijando la mirada en Anatole, que en ese momento circulaba entre los invitados, notó que estaba triste. Entonces se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué le pasa, amigo?

—¡Esa bendita canción!

—¡Ya lo suponía!,—dijo para sí el fiel amigo.

—Quisiera llevarle una serenata a Gisela. ¿Encuentra Ud. buena la idea, Capitán?

—Es magnífica.

—¡Siento un frío intenso en el alma!., dijo Anatole.

—Un poco de whisky le haría bien, amigo.

—Es verdad. pensó Anatole y llamando a un mozo le ordenó servir whisky.

Pocos minutos después, los mozos ponían en cada mesa una botella de esta fine bebida y los oficiales entusiasmados gritaron:

—¡Viva monsieur Chabot!. ¡Viva nuestro Capitán!
 El Capitán, se levantó seguido y dijo:

—Señores:— El primer hurra es muy justo y oportuno, pero el segundo no tiene justificación, pues este obsequio se debe a la esplendidez de mi querido amigo monsieur Chabot;

(*) Canción de Abel Domínguez.

LLAMAS DE PASION

por él, pues, debemos levantar las copas y nuestras voces:
¡Viva monsieur Chabot!.....

—¡Vivaaaaaaa! Vivaaaaaaa!.....

En ese momento dieron las dos de la mañana y los pocos dominicanos que quedaban se fueron. Como a eso de las tres los músicos tocaban sin cesar y el Capitán y su séquito estaban poseídos por el espíritu diabólico del alcohol. En sus cuerpos, como una sierpe adánica, se enroscaba incitadora la lascivia. Por doquiera se veía una pareja entregada al amor. Los besos y las carcajadas estallaban estrepitosamente y en medio del torbellino de besos y de caricias, Anatole fué a su aposento, tomó un violín y llamando a los músicos dominicanos salió sigilosamente con rumbo a la casa de Gisela; minutos más tarde, junto a sus puertas, sonaron las plañideras cuerdas de un violín. Era Anatole, que magistralmente interpretaba la Serenata de Schubert. Luego, acompañado por los músicos, Casimiro, con inefable dulzura, cantó:

“Ya te fuiste mariposa, ya te fuiste
Del refugio silencioso de mi nido
Esta noche me has dejado solo y triste
En el ancho mar sin fondo del olvido”.

“Dónde hallarte, mariposa, cómo hallarte
Si es inútil, mi afán loco es en vano,
Todo anhelo de mi espíritu es buscarte
Tras la estela luminosa de tus manos!”

“Es posible que algún día, no sé cuándo,
En el éter de la vida misteriosa,
Tú recojas mi pobre ánima llorando,
En las fibras de tus alas mariposa!”

“Tal ha sido la añoranza que he llorado
De un ensueño melancólico ya muerto,
Que esta noche solamente me has dejado
El rosario de las lágrimas que vierto!” (*)

(*) Canción “Mariposa”, por Chencho Pereyra.

Amílcar, en los preludios de la música despertó y llamó a Mercedes, deleitándose ambos con las delicadas melodías. Cuando terminaron de tocar la pieza que siguió a esta canción, Casimiro significó que la serenata la dedicaba Anatole a Gisela, y se marcharon. Entonces, Amílcar, algo conmovido, exclamó:

—¡Pobre hombre!. ¡Qué lejos está de imaginarse que en estos momentos Gisela se encuentra en los brazos de su rival.

—¡Así son las cosas de la vida!, Amílcar, murmuró Mercedes, agregando: Este hombre es digno de lástima.

Al terminarse la serenata, Anatole regresó a su casa. El Capitán y su séquito, en plena bacanal, hacían travesuras. Una rubia trajeada de rojo, que había intimado con Anatole, al verle llegar, haciendo zig zag, fué a su encuentro, y poniéndole en los labios una copa le dijo con voz suave y gesto excitador:— Bebe, él tomó la copa, escanció el licor y estrechó entre sus brazos a la joven.

* * * * *

Dejemos a Anatole rendido en brazos de la fogosa rubia, para hacer luz sobre las extrañas palabras pronunciadas por Amílcar, en el momento en que los músicos se alejaban de sus puertas.

Como el lector recordará, cuando el Capitán se despidió de Gisela, ésta, salió al jardín. Pues bien, allí se encontraba entregada a dolorosas reflexiones, cuando, una hora después, una sirvienta le anunció la visita de Enrique. La joven se mostró impasible. Luego, se paró con lentitud y como una sonámbula se dirigió a la sala, donde lleno de ilusiones le aguardaba Enrique. En el camino se detuvo indecisa y suspiró hondamente. En ese momento sintió deseos de ir a su aposento y arrojarle a la cama. Mercedes, considerando que era impropio hacer esperar a Enrique, aconsejó a la joven que fuera seguido a recibirle y ella así lo hizo.

Una luz pálida, suave, inundó en ese momento la tierra. Era la luna que asomaba en el oriente. Tan pálida como esa luz estaba Gisela cuando llegó a presencia del amante, y éste al notarlo le dijo:

—¡Qué pálida estás!... ¿Qué te pasa?

La joven permaneció callada.

—Gisela, dime, por favor, ¿qué te pasa?

Y como ella siguiera encerrada en su pesado mutismo, él, dirigiéndose a Mercedes:

—Parece que a Gisela le molesta mi presencia, quisiera estar seguro de ello para retirarme en el acto.

—No, Enrique, lo que pasa es que ella está enferma debido a las fuertes emociones que ha sufrido en estos últimos días.

—Gisela, presumo que hay algo más serio y que Uds. tratan de ocultármelo. Ten confianza en mí. ¿Acaso tú y yo no somos como un solo corazón, que late a impulso de un amor puro?

Por las mejillas de la joven rodaron dos lágrimas, pero de sus labios no salió ni una palabra.

Entonces, el joven, dirigiéndose de nuevo a Mercedes le rogó:

—¡Por favor, dígame lo que le pasa!....

Mercedes, ante la insistencia del joven, se quedó perpleja. Su voluntad oscilaba entre el deseo de ser sincera con el amigo y el interés de no perjudicar a la sobrina. Entonces Amílcar, que desde su aposento había oído a Enrique, tomando de una mesa el documento que dejó el oficial, fué a la sala y le dijo:

—Enrique, la amistad que nos une desde hace veinte años me obliga a ser sincero contigo. Lo que pasa es lo siguiente: Anatole, por mediación del Capitán del barco francés fondeado en el puerto, envió a Gisela este documento, ten, leelo.

El joven, leyó el pergamino y lleno de rabia exclamó:

—Ya sé a qué atenerme! Bueno, pues si quieres, arréglate con él. Adiós.

Gisela, al verlo partir corrió tras él, y deteniéndole, le dijo:

—Enrique, mientras la sangre circule por mis venas, todo el calor de mi cuerpo será tuyo; mientras mi cerebro esté animado por la llama de la vida, todos mis pensamientos serán para tí, y, mientras lata mi corazón, cada una de sus palpitaciones será una canción de amor para tí!... ¡No me dejes!... Yo no tengo la culpa de que ese hombre perturbe mi razón a tal extremo. Es él quien merece tu castigo. Haz de mí lo que quieras, con tal de que no me abandones en medio de esta terrible situación!...

Enrique, conmovido por la imploración de Gisela, murmuró:

—Es verdad... Ese hombre es responsable de lo que has hecho y hay que castigarle. ¿Quieres ir a vivir a un hotel bajo mi protección?

—Sí, amor mío.

—Entonces, busca tu ropa.

—Voy corriendo.

Momentos después la joven regresó con una maleta, y Enrique, dirigiéndose a los esposos, dijo:

—Señores, Gisela va a vivir a un hotel. Para formalizar su salida de aquí sin haberse casado conmigo, lo primero que haré será ir con ella a la oficina de mi Notario para levantar un acta en la cual me comprometeré a casarme con ella tan pronto como sea libre. Si tú, Amílcar, lo deseas, puedes acompañarme para que firmes como testigo.

—Enrique, resulta desagradable para nosotros que Gisela salga de aquí contigo sin estar unidos por el matrimonio. Además, yo no puedo firmar un documento que más bien la perjudicará por el hecho de ser ella casada... „Por qué no esperas que esté libre de la persecución de ese hombre? ¡Mira que vas a dar un escándalo!

—Amílcar, lamento por Uds., el paso que voy a dar y espero que comprendan que es la única forma en que podré

librar a Gisela de ese impertinente; dijo Enrique. Luego, dirigiéndose a la joven, preguntó:

—¿No es verdad, Gisela?

—Sí, sí, solo poniéndome bajo tu protección directa ese insensato dejará de molestarme. Vámonos.

El semblante de Mercedes se puso sombrío y en su boca hubo un rictus de amarga acepción, al ver que su sobrina se disponía a salir de su casa del brazo de un hombre a quien no le unía el vínculo sagrado y legal del matrimonio. Aquella inesperada resolución del amigo, que en todo momento había encontrado en su casa el calor de una amistad sincera y a quien tanto su esposo como ella habían rodeado de las mayores consideraciones, fué como una bofetada. Tanto Enrique como Gisela advirtieron su desazón y se apresuraron a partir. Ya en la calle, un extraño sentimiento de temor asaltó a Enrique. Sentía la sensación que se experimenta cuando uno conscientemente se aproxima a un abismo. Su cerebro se nubló de ideas oscuras.

Ocuparon un automóvil. Pocos instantes más tarde entraron a un reservado del restaurant "Mis Amores". Enrique pidió cerveza y comenzó a beber como si deseara mitigar una sed muy grande. En cambio Gisela apenas probó la bebida.

Pasó una hora, Enrique estaba encerrado en un inexplicable mutismo y ella llena de ansiedad se preguntaba a sí misma:

—,Qué le pasará?... ¿Se habrá arrepentido tan pronto de haberse hecho cargo de mí?... ¿No habrá advertido que hace más de una hora que estamos aquí? Y como pasaba el tiempo sin que él moviera los labios, ella, con voz suave, suplicante, le preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

El joven, como si despertara, exclamó:

—Francamente no sé qué hacer y esta incertidumbre me atormenta!

—¿Pero no dijiste que ibas a llevarme a un hotel?

—Es verdad, pero es el caso que al salir de la Notaría me asaltó el temor de que ese hombre se hospede en el mismo hotel y cometa un atentado contra tu persona.

—Es verdad, murmuró Gisela.... No había pensado en eso. El es un loco y será capaz de matarme.... La situación es difícil.

La incertidumbre llenó de tristeza sus corazones.

—¡Ah! ¡ya sé qué hacer!... ¿Todavía en tu casa no han conseguido la niñera?

—No, respondió Enrique lleno de extrañeza.

—Entonces, yo serviré de tal hasta el momento en que podamos vivir solos.

—¡Estás loca, Gisela!... ¡Cómo piensas que voy a permitir que te sacrifiques a tal extremo!...

—Para mi no sería un sacrificio hacerlo, ya que por estar junto a tí, sería capaz de cargar la cruz más pesada del mundo. Además, ésta es la forma más fácil de resolver el problema.

—Sí, pero no es aceptable, pues, aparte de ser impropia a tu condición social resultaría muy desagradable a los ojos de Mercedes y francamente no quisiera volver a herir su amor propio. Ya viste la cara que puso cuando le dije que te ibas conmigo. Además, resultaría muy duro para ambos no poder cambiar ni una sola palabra cariñosa en todo el tiempo que permanezcas en casa, pues siempre la he considerado como un templo donde solo debe oficiar el decoro y la castidad.

El semblante de Gisela se encendió y mientras rodaban dos lágrimas por sus mejillas, con voz triste dijo al amante:

—¿No tienes fé en mí?... ¿Dudas de mi honestidad? ¿Me juzgas mal? ¿Me crees indigna de vivir aún en esa forma en tu casa? ¿Qué mal haces! ¿En verdad, he cometido una ligereza al obedecerte y por eso no puedes pensar bien de mí!

Enrique, enternecido por las lágrimas de la joven, be-

sándola en los ojos, con voz conmovida le dijo:

—¡Imposible, amada mía!. . . . Tú eres digna de un trono, de un altar. Se que eres buena, que eres digna de ocupar un lugar preferente en mi casa. De lo que he dudado es de que puedas llegar a tener la fortaleza suficiente para soportar las calamidades que pueden sobrevenir mientras estés allá, pues no hay que olvidar las contingencias de la vida!

—Si eso es lo que te ha detenido, puedes llevarme en la seguridad de que tendré la suficiente entereza y circunspección para desenvolverme dentro de tu casa como las circunstancias lo exijan de mí. Ten fé en mi fuerza de voluntad y en mi sagacidad. ¡Llévame, por Dios!

Mientras Gisela hablaba, sus fragantes manos acariciaban la frente del amante, y al terminar le besó en la boca, repetidas veces.

Enrique se quedó pensativo, luego pidió al mozo le trajera un pliego de papel y un sobre, cumplido el encargo, dijo a Gisela:

—Escribe la carta de recomendación que debes presentar en casa.

—¿A quién la dirijo?

—A mí. Fírmala con el nombre de Mercedes.

Cuando Gisela firmó la carta, exclamó: —Ya está. Ahora, ¿qué hago?

—Vete en el automóvil a casa de Ana, ponte un traje sencillo, deja allá la maleta y diríjete a las señas que están en este papel.

Gisela cogió el papel y salió con rumbo a la casa de su tía.

.

La casa donde vivía Enrique estaba construída sobre un solar de unos veinte metros de ancho por unos sesenta de largo. Tenía su frente al sur y colindaba por el norte con las ruinas de un suntuoso edificio destruído por el meteoro que asoló la ciudad en el 1930, por el este con un chalet de

una sola planta. La construcción tenía doce cuartos amplios dispuestos del siguiente modo: En el ala derecha tres grandes habitaciones, ocupadas, la primera por Myrta, la segunda por los niños y la tercera estaba destinada a los familiares que venían de otros pueblos a pasarse días con ellos, en el centro habían otros tres cuartos, el primero era la sala, el segundo el comedor y el tercero una amplia terraza, cubierta con una persiana de madera, en el ala izquierda habían dos habitaciones grandes, la primera la ocupaba Enrique y en la segunda estaba la biblioteca, dos cuartos pequeños, el primero era el sanitario y el segundo una especie de cuarto de desahogo, y por último estaban el cuarto destinado a la servidumbre y la cocina.

En el momento en que Gisela tocó a la puerta de esta casa, acababan de cenar Myrta y Enrique, y ésta ordenó a una sirvienta, ir a ver quién tocaba. La doméstica y fué al punto regresó con una carta para don Enrique, éste la tomó y simulando leerla, dijo:

—Dígale que pase y se siente, y mientras la sirvienta se dirigía a la puerta, Enrique agregó:

—Se trata de una compueblana de la esposa de Amílcar, que desea trabajar aquí como niñera. Mercedes la recomienda como una persona culta, seria y de muy buenas costumbres, y me pide que te ruegue tomarla al servicio de la casa, pues tiene para ello motivos especiales. Por mi parte me agradaría complacerla, pues se trata de la esposa de Amílcar, a quien como Ud. sabe me liga una amistad muy sincera y antigua. Sin embargo, la última palabra la dirá Ud. y lo que resuelva al respecto merecerá mi aprobación.

En el momento en que Enrique decía la última palabra entró Gisela y Myrta al verla dijo para su coleteo:

—¡Vaya con la doméstica!. . . ¡Tiene aires de gran señora!. . . Luego, mirándola con fijeza, le dijo:

—Joven, hemos leído la recomendación y como procede de una familia que merece toda nuestra consideración puede quedarse.

—Está bien, señora.

Acto seguido Myrta la llevó al cuarto destinado para las visitas y le dijo:

—Esta habitación la reservamos a nuestros parientes que vienen a pasar temporadas entre nosotros, Ud. puede acomodarse en ella, pues por ahora no esperamos a nadie.

La habitación estaba arreglada con sencillez y elegancia, lo cual impresionó de un modo agradable a Gisela, quien dijo a Myrta:

—Señora, para mí es un honor que, pese a mi humilde condición, se me aposente en esta alcoba.

—En verdad, es la primera vez que hacemos esto, pero no creo sea un desatino, por tratarse de una persona estrechamente ligada al mejor amigo de Enrique.

—Gracias, bondadosa señora, exclamó Gisela, con el corazón lleno de gratitud, agregando: —Trataré por todos los medios a mi alcance de hacerme digna de tan inmerecida distinción.

—Así lo esperamos.... Mañana temprano le presentaré los niños. Ahora, la dejaré sola para que pueda dedicarse al trabajo de acomodar su ropa en el armario y disponer como mejor le plazca los muebles. Buenas noches.

—Buenas noches.

Myrta dejó la puerta entreabierta y Gisela se puso a colocar en el armario su ropa. Mientras estaba ocupada en esta labor, monologando decía:— ¡Qué cosas tiene la vida! Soy la niñera de la casa de Enrique! ¡Quién me lo hubiera dicho la noche que le conocí! ¡Bah!, como quiera que sea estoy en sus brazos y tan pronto como sea libre; nos casaremos y entonces fulgurará el sol de nuestra felicidad!..... ¡Ah!, ¡no me recordaba!.... ¡Qué hará ese loco cuando sepa que estoy aquí! ¡Bendito hombre!, quiera Dios que no lo eche a perder todo. De repente, Gisela sintió unos pasos cerca de la habitación y al mirar hacia afuera, vió a Enrique y a Myrta que iban para el patio. Seguido, la joven se situó tras la puerta que daba a éste y por una per-

siana, los vió caminar en dirección a un emparrado que había al fondo del patio, cuando penetraron a éste, Gisela recorrió con la mirada el neograma que tenía a la vista, y admirada de su extraordinaria belleza, exclamó:

—¡Admirable!. . . . ¡Encantador!. . . . ¡Es una preciosidad!. . . . ¡Nunca había visto un jardín tan bello!. . . . Ojalá pudiera pasar en él, a la luz de la luna, algunos momentos de felicidad con Enrique.

Luego, embriagada de aromas e ilusiones, se acostó.

Gisela no exageraba, el paisaje era preciosísimo. Tenía a la vista un inmenso patio, cuyas dimensiones eran cuarenta metros de longitud por veinte de latitud. Habían ocho canteros triangulares, construídos con simetría. En el centro una fuente moderna, aumentaba la belleza de tan pintoresco lugar. Una avenida circundaba la fuente y de esta avenida partían los pasos que habían entre arriate y arriate. Una amplia vereda rodeaba el jardín, en el cual la Pureza, la Ilusión y el Amor, estaban regiamente representados por las rosas más fragantes y finas de nuestro trópico. Aquí, la “Eugenia Marlitt, llena de rubor, veía coquetear a la Margarita con el Céfiro galante; allí, la Azucena, con su traje de impecable blancura, simbolizaba a la casta Santa Teresita; allá y acullá, la “Emperatriz”, y otras rosas no menos bellas que esta, con sus alegres colores y sus delicados perfumes, comunicaban al espíritu inefable alegría. Cada una de estas embajadoras del Reino de las Flores, tenía su séquito de lirios, narcisos, claveles y dalias. El jazmín y el velo de novia, desde las ramas de los árboles, daban a la brisa sus aromas y ésta, traviesa y oronda, la esparcía por todo el jardín.

* * * * *

Al día siguiente fué domingo, Enrique se levantó muy tarde y desde ese instante oyó una voz interior que le decía:

—¡Insensato!. . . . ¡Cómo has alojado en tu propia casa a una mujer perseguida por un hombre bestializado por la

pasión!... ¡Búscale otro refugio o de lo contrario, sufrirás grandes mortificaciones! Tu reputación está en peligro!

—¡Virgen de la Altagracia, yo estaba loco!... Ahora no sé cómo hacer para evitar el escándalo... ¡Ilumíname!
—exclamó Enrique, asombrado de su imperdonable ligereza.

En ese momento se le acercó un niño para preguntarle:

—Papito, ¿tú estás bravo conmigo?

—No, ¡hijito de mi alma!... ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Tú no me has besado hoy!

Aquel inocente reclamo conmovió a Enrique, quien, después de besarlo con cariñosa efusión, le dijo:

—Tienes razón... hoy no te había besado... ten uno, dos, tres... ¿Ya estás contento?

—Sí papito... pero que no se te olvide más... ¿sabes?

—Sí, sí, hijito mío.

El resto del día Enrique lo pasó muy preocupado. En la noche, como a eso de las diez, salió al jardín y se sentó cerca de la fuente. En esos momentos, en el cendal azul de un cielo poco estrellado, la luna parecía una esfera de nácar; Sirio y Venus sugerían perlas iluminadas. Los rosales estaban cargados de flores frescas cuyo delicado aroma la brisa esparcía por toda la casa y el surtidor de la fuente, como en un vértigo de alturas, formaba en el espacio una especie de velo matizado.

Durante un buen espacio de tiempo la mirada de Enrique vagó, ora por el firmamento, ora por los ámbitos del jardín, al cabo del cual, entusiasmado, exclamó:

—¡Hermoso plenilunio!... ¡Flores preciosas!... ¡Aromas exquisitos!... ¡bellos matices!... ¡Este rinconcito se ha adentrado muy hondo en mi corazón!... En este instante, cerraron las puertas de la casa y apagaron las luces interiores... Segundos después solo se sentía el rumboso respirar del gato que iba de un lado para otro en busca de merienda.

De pronto Enrique sintió a su espalda un leve ru-

mor y al inquirir la causa vió a Gisela que iba hacia él. ¡Estaba preciosísima!... ¡Tentadora!... Vestía una negligé de tisú azul, al través de la cual se veía su cuerpo.

—¡Oh!... ¡es divina!... murmuró Enrique, envolviéndola en una mirada llena de pasión, luego fué a su encuentro y tomándola del brazo la condujo al pabelloncito, en donde se entregaron de un modo delirante al amor.

Serían las dos de la mañana cuando se separaron, con un dulce: hasta mañana!

* * * * *

Al otro día de haberse ido Gisela con Enrique, el Capitán dispuesto a poner en juego todos los recursos de la imaginación para sacar a Gisela de su error, se presentó a la casa de los esposos Alvarez. Mercedes no se sintió con ánimo para recibirle y suplicó a Ana, quien en ese momento estaba con ella, que le informara de la ocurrencia. La joven se apresuró a cumplir el encargo.

—Buenas tardes, Capitán.

—Muy buenas, señora.... ¿Y doña Gisela?

—Presumo que está bien.

—De su respuesta infiero que ella no se encuentra aquí.

—Capitán, lamento tener que informarle que ayer ella se fué con.....

Ana no pudo terminar la frase y el Capitán, adivinando el complemento, agregó:

—Con el otro!.... ¿No es esto, señora?

—Sí, y lo hizo para librarse de Anatole.

Entonces el oficial, muy desalentado, murmuró:

—¡He perdido la partida!.... ¡Pobre Chabot!....

Segundos más tarde, informaba a su amigo de la triste nueva y éste, soberbio, tomó un retrato de Gisela que tenía a mano y mirándolo con saña, exclamó: "Si eres feliz junto a ese hombre, tu felicidad durará lo que un lampo.... pues seré desde hoy una sombra fatídica entre los dos.

Ese mismo día, como perros de presa, una partida de

hombres pagados por Anatole comenzaron a buscar a los amantes.

* * * * *

Mientras tanto, Enrique y Gisela, que ignoraban los pasos que Anatole daba para encontrarlos, creyéndose libres de su persecución, con el corazón plétórico de felicidad se embriagaban con la sublime ambrosía del amor, así pasaban las noches. En la décima sexta, Gisela, en un transporte de alegría, exclamó:

—¡Gracias a Dios!... ¡Por fin, somos libres!

—No cantes victoria, Gisela, no vaya a ser que el Diablo, receloso de nuestra ventura, le empuje hacia aquí.

Y así resultó. Aquella fué su última noche de felicidad, pues en la mañana siguiente, Sultán entró a la casa de Enrique y después de dar algunos saltos en torno de Gisela, desapareció. El joven, suponiendo que el animal iba en busca del dueño, se acercó a la amante y le dijo:

—Ese hombre debe venir detrás del perro, corre al jardín y distrae de algún modo a Myrta.

Gisela se apresuró a cumplir sus instrucciones. Al punto Enrique se puso el saco y situándose detrás de la puerta por donde entró el animal, aguardó al amo, éste no se hizo esperar y quedó sorprendido con la súbita aparición de Enrique, quien, aprovechando su turbación, con voz imperativa le preguntó:

—¿Qué Ud. desea?

—Hablar con Ud., le respondió lleno de embarazo el francés.

—Está bien. Vamos a un sitio donde podamos hablar con libertad, dijo Enrique iniciando la marcha y no obstante haber ido el francés dispuesto a ver a Gisela, sin hacer resistencia le siguió. Momento después ocuparon un reservado del restaurant "Mis Amores". El perro se echó cerca de la puerta. Su presencia inquietó a Enrique, sin embargo se prometió no ceder ante las exigencias que de seguro le

haría el amo, y después de probar la cerveza que había pedido, en tono moderado, le dijo:

—Señor, soy todo oídos.

Anatole, mirándole fijamente, dió comienzo a la historia de sus amores con Gisela, en la cual ella aparecía como una mujer sin alma, liviana e indigna de la estimación o del amor de un hombre escrupuloso.

Enrique, comprendiendo que trataba de hacerla aparecer ante sus ojos como un ser despreciable, con acento irónico le dijo:

—Señor, es verdaderamente extraño que, apesar de ser ella un ser abominable, Ud. que es un hombre escrupuloso, emplee todos los recursos a su alcance para lograr que vuelva a su lado. Quisiera agradecerle una explicación.

Anatole ensoberbecido por la inesperada salida de Enrique, virando las cartas, le dijo:

—No tengo que darle ninguna explicación. Esa mujer es mía y Ud. no puede retenerla.

—Ud. está equivocado, ella fué suya pero ahora es mía y yo sería un desalmado si accediera a sus deseos.

—Pues le advierto, que si no me la devuelve a la buena, estoy dispuesto a arrebatársela a la mala. Además, necesito verla hoy mismo y Ud. tiene que permitirme satisfacer esta necesidad.

—Lo lamento, pero no puedo acceder a sus deseos, —le respondió Enrique, saliendo del reservado. Anatole le siguió en disposición de ataque y en el preciso instante en que el lance era inminente, un policía que, desde el reservado contiguo, había oído la discusión, intervino, exigiendo al francés salir del restaurant, orden que éste se apresuró a cumplir, apostándose en un sitio del parque "Independencia" desde el cual se dominaban todas las salidas del Café. De esta suerte, cuando Enrique salió fué tras él. El policía, que no había perdido de vista al francés, en el momento en que los rivales se enfrentaban de nuevo, los detuvo y condujo a la Estación de Policía inmediata, donde Enrique, para evi-

tar que remitieran el caso a la Alcaldía, suplicó al Oficial de Guardia que se limitara a una amonestación. El Oficial, le complació, y el francés al recibirla se deshizo en promesas.

De este modo, Enrique aplastó momentáneamente al francés, quien tan pronto como se vió libre, en la convicción de que las circunstancias le eran adversas y de que su rival era más fuerte de lo que él había supuesto, resolvió alejarse por un tiempo del escenario en que se desarrollaba el negro drama de su infortunio amoroso y al efecto fué a su casa, llamó a Micaela y después de darle ciertas instrucciones, salió con dirección al muelle. Pocos minutos después su yatecito, desapareció en lontananza.

* * * * *

Desde el instante en que Enrique salió de la Comisaría se inició en su cerebro una terrible lucha entre la lógica y la pasión. La primera deseando atraer la atención de su entendimiento hacia el gran peligro que entrañaba para él la prolongación de la apasionada lucha, le decía:

—Busca el medio de alejar de tu lado a esa muchacha, pues ese hombre, arrastrado por la pasión que lo bestializa acabará por matarte, o, cuando menos, por dar un escándalo que menoscabará tu reputación personal.

Mientras la pasión, con voz de trueno le gritaba:

—Tu deber es luchar hasta vencer o morir en honrosa lid, pues si cedes a las locas pretensiones de tu adversario no tan solo dará una nota de poca hombría sino que cometerás el crimen de traicionar a la mujer que tiene toda su fé puesta en tí.

Y de nuevo habló la razón:

—No oigas las voces de la pasión. No olvides que los peores enemigos del hombre son: el orgullo, la terquedad y la ira. Arroja de tu pecho y pensamiento esos perniciosos consejeros, y atiende a los sentimiento morales. Dirige la atención de tu pensamiento hacia otro objeto que pueda desplazar de tu mente el que te apasiona.

—Si cedes serás un cobarde, un desleal!... Tu deber es seguir luchando hasta vencer a tu adversario.

—La prudencia no es sinónimo de cobardía. Sé sensato... Ten presente el trágico fin de Castor... A tus pies hierve un mar de odios, opuso la razón.

—¡Lucha, lucha, lucha!... Rugió enfurecida la bestia y el horrísono ruido de sus voces infernales ahogó la suave voz del entendimiento, rodando Enrique a lo más profundo del tenebroso caos en que se revolvía.

* * * * *

Al caer la noche, Enrique, tratando de apartar su febril imaginación del motivo que le preocupaba, fué a la biblioteca y tomando al azar un libro se puso a leer, mas unos minutos después, al no poder lograr su propósito, colocó de nuevo el libro en el estante y se refugió en su lecho, cayendo en profunda meditación. De pronto, se fijó en su cerebro una idea luminosa cuya luz se esparció por el abismo en que se agitaba. Entonces, con las mismas ansias con que un naufrago se aferra al ánora, se asió a ella oyéndosele murmurar:

—Sí... comprendo... esta es la única vía por la cual puedo escapar del escándalo... La separación resultará dolorosa, pero tengo que sacrificar mis anhelos amorosos en bien de mi reputación personal. Mañana mismo le pediré que vaya a vivir al lado de sus padres por tiempo indefinido. En ese instante decisivo, unas manos suaves y fragantes cual pétalo de rosa, acariciaron el rostro de Enrique: era Gisela, que protegida por la oscuridad, se había deslizado hasta su lecho. El joven, arrebatado por la pasión, la estrechó entre sus ardorosos brazos, confundiendo los latidos de sus corazones. Luego, se hablaron con el dulce y tierno lenguaje del beso.

* * * * *

Algunos días después de esta escena, Gisela fué á casa

de Mercedes a buscar unos efectos que había dejado olvidados. Allá se encontró con Ana, quien le informó que Anatole estaba trabajando en el Central "Consuelo" de donde había escrito una carta a su esposo. Gisela suplicó a la prima permitirle leer dicha carta, prometiéndole ésta enviársela a su casa aquel mismo día, promesa que cumplió.

En la noche, cuando se reunieron como de costumbre en el pabelloncito, Gisela entregó la carta a Enrique, diciéndole:

—Ana me envió esta carta para que la leyera, es del diablo que nos persigue; léela para los dos.

Enrique comenzó a leer la carta, en la cual, Anatole, al lamentarse de su infortunio amoroso, entre otras cosas decía: "Ese hombre parece que se ha valido de algún artificio diabólico para someter a esa locuela a su voluntad, pero a pesar de que ella está ciega, no pierdo la esperanza de que pronto se dé cuenta de que él no la quiera, y como "El hijo pródigo, arrepentida, vuelva a mis brazos".

—¡Qué hombre tan necio!. . . . ¡Cuándo dejará de importunarnos!

—Mira, Gisela, ese hombre está bajo el poder de una pasión efervescente y en consecuencia, en vez de dejarnos en paz, pronto volverá con mayor terquedad y asechanza a perseguirnos.

—¿Lo crees así, Enrique?

—Sí, Gisela, estoy seguro que así resultará.— A propósito ¿cómo te recibieron en casa de Amílcar?

—Con tanta frialdad que pienso no volver a visitarles.

—Yo lo presentía.

* * * * *

Una mañana, mientras Gisela se encontraba sentada cerca de la pared del norte, sintió sobre la misma un ruido extraño y al mirar hacia ella, un frío glacial recorrió todo su cuerpo. Sobre la pared, demacrado, envejecido, estaba Anatole. En su mirada había una honda melancolía. Sus ojos

miraban con ansias infinitas a la joven. Gisela pensó huir, pero le contuvo el temor de que al hacerlo, él la llamase y resolvió persuadirlo por la buena, a que se fuera, y al efecto con voz suave, le dijo:

—Señor, no lo creía capaz de esta grave infracción a la ética.... Ojalá que esto no hubiese ocurrido nunca, pues le ha situado en un nivel moral muy por debajo de aquel en que le veía.

—Gisela, si para poderte ver y hablar tuviera que penetrar al Tártaro nada me detendría... Soy capaz de entregar mi alma a Plutón con tal de que me ayude a recuperarte..... ¿Acaso es vida la que llevo?... No, alma mía! Cada noche que pasa es una dolorosa estación en el vía-cruce que voy recorriendo por tu culpa.... ¡Oh!, si los retratos tuvieran la facultad de ver y hablar, el tuyo podría decirte lo mucho que he llorado frente a él. ¡Ah, Gisela mía!, estoy dispuesto a dar hasta la propia vida por ser a tus ojos un hombre digno!.... Adiós.....!

En ese momento se oyó una voz infantil que decía:

—Tía, sobre la pared hay un hombre, y seguido, otra que desde el mismo sitio, preguntaba:

—Dónde está Luisito.

—Mírelo allá.

—Ah, sí.... ¿Quién será ese hombre?

—Ya se tiró, tía.

—Sí... ¡Qué raro es esto!

Gisela, a quien no era posible ver desde el sitio en que el niño divisó al francés, al oír las voces rápidamente recogió un paquetico que Anatole le había arrojado a sus pies y sin perder tiempo, sentóse de espaldas a la pared y se puso a bordar.

Unos segundos después, Myrta le preguntó:

—Gisela, ¿el hombre que se paró en la pared hablaba con Ud.?

—¿Qué hombre?

—¡Oh! el que se paró allí.

LLAMAS DE PASION

—Ni siquiera lo ví. Además, yo no acostumbro a conversar con nadie de este vecindario.

—Bueno, es posible que él hablara con alguna persona que estuviese del otro lado, exclamó Myrta.

* * * * *

Aquel mismo día Enrique se enteró con disgusto de la insólita acción del francés, pero se guardó muy bien de dejar ver a Myrta la importancia que ese hecho tenía para él.

En la noche Gisela entregó a Enrique el paquetico que recogió, y éste al deshacerlo vió con asombro que estaba formado con un anillo y una carta, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

Gisela de mi alma:

“Por tus propios ojos has podido apreciar cuán terrible es la tempestad de dolor que ha azotado mi pobre corazón desde el infausto instante en que abandonaste el hogar que un día feliz, tú y yo, formamos. Aún recuerdo cuántas ilusiones y promesas concurrieron para hacer más venturosos aquellos inolvidables instantes de nuestro risueño ayer!Tú, rebozante de dicha te entregabas sin reservas a mi amor, mientras yo te mecía en mis brazos dulcemente, haciéndome la ilusión de que nunca sufriría un eclipse nuestra luna de miel. ¡Ah!, cuán lejos estaba en esos sublimes momentos de pensar que en un futuro no muy lejano, el nítido cielo de nuestra dicha se entoldaría, ocultándose los refulgentes luceros que alumbraban nuestra romántica ruta de amor.

¡Ah!, cuán desesperada, dolorosa y perturbadora ha sido para mí nuestra separación. Cuántas veces reflexionando he llegado a la conclusión de que, de no haberse interpuesto Enrique entre nosotros de nuevo nos hubiéramos juntado y seríamos felices, ya que solo a un exceso de amor de mi parte se debió nuestra separación. Si, has de convenir conmigo que todas nuestras desavenencias tenían su origen



en los celos. . . . Yo te amaba tanto que cualquier gesto tuyo que resultase una involuntaria manifestación de indiferencia hacia mí me hacía sentir las mayores inquietudes y caer en el error de atormentarte con el aguijón de los celos. También has de convenir conmigo que existe una gran diferencia entre el amor que te profeso y el que dice ese hombre sentir por tí, así como también entre las consideraciones que ambos te hemos dispensado. A mi lado eras una diosa, una divinidad a quien públicamente rendía el culto de mi amor. No había mayor satisfacción para mí que ostentarme en público llevándote del brazo. Tú para la sociedad eras mi esposa, pues siempre me empeñé en presentarte como tal a mis amistades y a los ojos de la sociedad. Aún recuerdo con satisfacción como a nuestro paso se descubrían nuestros amigos. Por otra parte, en nuestra casa eras la dueña y señora. Todo te pertenecía y de todo podías disponer a tu antojo. ¿Qué capricho tuyo no me apresuraba a satisfacer a la medida de tus deseos? . . . ¡Siempre, siempre te complacía en todo! . . . ¡No era acaso mi mayor felicidad! . . . Aún cuando te sientas feliz la lado del hombre que ha contribuído a mi desdicha, no dudo que tengas la sinceridad de reconocer la verdad que envuelven estas expresiones. Ahora se me ocurre preguntarse, si parangonando tu situación pretérita, la que viviste a mi lado, con la que confrontas hoy, no concluyes por ver la enorme diferencia que existe entre una y otra y cuán ridícula es tu situación junto a un hombre que ve en tí a un ser inferior, y que te aprecia como un mero instrumento de placer, como se colige del hecho de que no obstante haber pasado tres meses aún no se ha dignado tomar con seriedad tu caso. ¡Ah!, para él resulta muy cómodo tener solapadamente por amante a una mujer que a la vez es sirvienta de su casa; a una mujer a quien por sus caricias y atenciones, paga con un sueldo de criada! ¡Ah!, cuánto me indigna saber que a la mujer que he soñado poder llevar al altar algún día, la hayan humillado al extremo de ponerla a nivel con la servidumbre.

LLAMAS DE PASION

Gisela, perdona la crudeza de esta carta, cuyo móvil tiende a dirigir tu atención hacia el extraño proceder del hombre, que por medios artificiosos, ha logrado convertirme en su esclava.

Sólo me resta decirte que te amo más que en los días felices de nuestro idilio y que seguiré luchando hasta conseguir librarte de la humillante situación en que te encuentras por culpa de ese malvado.

Te besa,
tu Anatole.

Diciembre 11 de 1934.

Enrique se puso a leer la carta en un tono que permitía a Gisela darse cuenta de su contenido. A medida que avanzaba en la lectura, la articulación de los vocablos, se le hacía más difícil. Cuando terminó de leerla, lleno de indignación, exclamó:

—Este hombre, se esfuerza por hacerme aparecer a tus ojos como un desalmado. . . . ¡Canalla! ¡decir que te menosprecio! Que solo veo en tí una esclava. . . . Por suerte tú no ignoras los motivos por los cuales aún permaneces aquí. . . Sin embargo, como temo que siga importunándonos, me parece conveniente, que vayas a pasar un tiempo con tus padres, en la seguridad de que, tan pronto como se publique tu divorcio, nos casaremos.

—No, no, Enrique, por nada del mundo me separaré de tí! ¡Qué me importa lo que él diga!

—Gisela, te agradezco la prueba de amor que envuelven tus palabras, mas, si te fueras, yo podría actuar con más libertad cerca de las autoridades judiciales para la rápida tramitación del divorcio. Además te librarías de las mortificaciones que te hace sufrir ese impertinente.

—¡Qué mal le conoces!. . . . Si me fuera para casa él no tardaría en ir y allá tendría el apoyo de mis padres, replicó Gisela, acompañando sus palabras de besos voluptuosos, y el joven dominado por el espíritu de la lascivia, le dijo:

—Es verdad, ¡muñequita mía! quédate... Dame otro beso.

—Tómalo..... toma otro..... otro más.....

* * * * *

Dos días después de haber reaparecido Anatole, un hombre de edad avanzada, tocó a la puerta de la casa de Enrique. Acudió una sirvienta a su llamada.

—¿Qué desea usted?

—Soy el padre de Gisela y deseo verla.

—Gisela, estoy enterado del disparate que acabas de hacer. Se que aquí haces un papel ridículo, un papel que no está a tono con nuestras condiciones sociales. Me asombra y al mismo tiempo me apena ver a la hija que con tanto mimo y comodidades crié, convertida en sirvienta de esta casa. Esta situación no puede prolongarse por más tiempo y hoy mismo has de salir de aquí para reintegrarte al hogar que has abandonado sin razón.

—Papá, replicó Gisela, yo no puedo volver a juntarme con ese hombre tan celoso y áspero. Mi vida, cuando estoy a su lado se desliza sin ninguna idealidad. El es un impertinente incorregible. Además, aquí no soy lo que Anatole aviesamente le ha informado y le encarezco bajar la voz para evitar que trascienda este desagradable asunto.

—Que al cundir obligaría a tu amante a echarte de aquí, agregó el padre, con voz ahogada por la indignación, y tras una breve pausa prosiguió: —No dejo de reconocer que Anatole es celoso y hasta cierto punto violento, pero es innegable que en cambio tiene cualidades inapreciables y que te quiere de un modo entrañable... Sus celos son una prueba fehaciente del gran amor que siente por tí. El te mira como un ser extraordinario cuyo favor no quisiera perder nunca... Además con la lección que le has dado estoy seguro de que se enmendará. A su lado serías ama de casa y en vez de estar cuidando niños extraños, podrías tener contigo a Rafaelito, a quien tanta falta le hace tu calor.

Ese pobre niño siempre está llorando por tí... ¡No olvides que eres su madre! ¿Qué esperas de Enrique?

—Papá, no siga, por favor, que Myrta puede oirlo. Váyase, por Dios, que dentro de poco llegará Enrique y no quisiera que Ud. se violentara... El está procediendo bien y para legalizar nuestra unión solo espera verme divorciada. Yo fuí la que le obligué a traerme aquí, por considerar que era la única parte donde podría resguardarme de la furia de ese loco que tanto me molesta. Por otra parte es incierto que se me humille en esta casa, pues los niños me miran y me quieren como a una tía y doña Myrta me trata con mucha consideración. La única cosa que me atormenta y mantiene en terrible zozobra es la persecución de ese malvado. Pero, ni aún tendiendo una alfombra de oro en mi camino, logrará su propósito, pues mi alma, animada por un amor inefable y puro, vuela junto a un corazón noble, hacia las excelsas regiones del ideal y por nada del mundo renunciaría a la dicha de seguirle.

—Hija mía, estás ciegameamente enamorada de Enrique y por eso no puedes ver dónde está la verdad... Cuánto me apena esto y qué mucho lamento que ya no sigas mis consejos. Tú eras la más obediente de todos mis hijos.

Por las mejillas del anciano rodaron dos lágrimas y Gisela conmovida le dijo:

—Papá, para evitar sus lágrimas, quisiera complacerle, mas esto resulta imposible. Dígame: ¿no es insoportable, insufrible, ser la mujer de un hombre a quien se mira con repugnancia? Además, resulta para mi muy peligrosa la lucha que sostenemos debido a mi indiferencia. De seguir a su lado no es de dudar que un día, bajo un acceso de ira, él me mate.

—El anciano, aturdido por la confesión de la hija, exclamó:

—Está bien, hija. ¡Qué vamos a hacer!... Que la virgen de la Altagracia interceda por tí. Adiós.

—Adiós, papá.

Don Félix se dirigió inmediatamente al restaurant "Lindbergh", hoy "Chank Kai Shek", donde le aguardaba Chabot y grande fué su asombro cuando vió que la botella de brandy que dejara llena al partir ya estaba vacía y que había otra acabada de descorchar.

Anatole echó un trago en los vasos y después de beber el suyo, pidió al padre de Gisela que le informara del resultado de sus gestiones cerca de su hija y éste al hacerlo, concluyó con estas terribles palabras:

—En fín, creo que todo cuanto se haga resultará inútil. . . . Trate de olvidarla.

Al oír estas palabras Anatole se puso de pie, y sacando un puñal que llevaba oculto, con tono amenazador dijo:

—Mire, cuando yo llegue al convencimiento de que todo cuanto hiciere resultaría inútil, como dice Ud., este puñal enfriaría para siempre tres cuerpos: El, ella y yo pasaríamos a ser almas del purgatorio. Créame, don Félix, hasta hoy, haciendo un esfuerzo sobrehumano, he podido sofrenar este criminal impulso y lo he logrado porque aún no he perdido la esperanza de recuperarla. . . . Ud. y cualquier otra persona que no esté bajo la influencia de la pasión que me domina, juzgará que estoy cometiendo una locura. . . . Si, yo mismo, en los breves momentos de lucidez que he tenido, he llegado a idéntica conclusión, y hasta me he propuesto olvidar a Gisela, mas, pronto ha vuelto a torturarme el anhelo de verla y una voz interior me ha gritado que la recupere!. . . . ¡Es la voz de mi corazón que no se acostumbra a estar sin ella! Vivir de nuevo junto a Gisela es la única ilusión que me alienta y cuando esa ilusión muera en mi pecho, por falta de fé en el triunfo, morirá en mí el deseo de vivir y será entonces, cuando apelando al recurso supremo e infalible me uniré a ella en el purgatorio. Si, entonces, este puñal llenará su cometido!. . . . Esta es mi última resolución. ¿ME COMPRENDE UD.?

Don Félix, muy alarmado por la confesión de Anatole, le aconsejó:

LLAMAS DE PASION

—Por Dios, Anatole, tenga cordura y busque la felicidad en otra joven, pues Gisela no es la única mujer que existe sobre la tierra. Aquí hay muchas jóvenes tan interesantes y buenas como ella.

—¡Ella o la tumba! ¡Nuestro signo es ese!—rugió el francés.

Don Félix abundó en razones para hacerle ver que estaba en un error, pero Anatole cada vez más excitado, rebatía con vehemencia sus argumentos, por lo cual el anciano consideró que de no avenirse Gisela a sus deseos concluiría por matarla. Entonces pensó que no estaría de más tratar de convencer a Enrique de que, era necesario que renunciara a ella. Sin embargo, por temor a un nuevo fracaso desechó la idea. De pronto, Chabot dió un golpe sobre la mesa y gritó:

—Ahora mismo voy a arreglar mis cuentas con ese canalla.

Don Félix, lo agarró por un brazo y con voz temblorosa le dijo:

—Por favor no vaya; hágalo por mí.

—Entonces, Anatole, apoyándose en la mesa y mirándole con rabia gritó:

—De no ir yo, va Ud., resuélvase pronto!....

—Prefiero esto último, contestó el anciano.

—Pues vaya y diga a ese hombre que si no me devuelve a Gisela lo mataré como a un perro.

—Está bien, se lo diré, pero le suplico no tomar más y hacer un esfuerzo para sosegar.

—Váyase pronto— rugió el borracho.

Don Félix salió precipitadamente con rumbo a la casa de Enrique, llevando en el rostro pintada la desesperación. Por el camino iba pensando:

—Qué loca es mi hija, cuántas mujeres desearían encontrar un hombre como este. Todo cuanto yo haga en su beneficio es poco en proporción con los favores que le debemos. Si yo lograra convencer a esa muchacha de que está

cometiendo un disparate, me quitaría un gran peso de encima. Qué tonta, pasar de señora a sirvieta, de rica a pobre y de ídolo a idólatra. Todo por seguir a un hombre que a simple vista se ve que no la quiere. . . . Bueno, hay que actuar de un modo enérgico y a mi me corresponde hacerlo.

En el momento en que don Félix llegó a la casa de Enrique, este se encontraba en la galería y al verlo acercándose a él le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Soy el padre de Gisela y vengo a hablar con Ud.

Presintiendo Enrique por el adusto semblante del anciano, una entrevista borrascosa, le condujo al pabelloncito, donde le dijo:

—Señor, le escucho.

El visitante, después de un corto silencio, comenzó:

—Me trae aquí el propósito de evitar una desgracia a Uds., pues Anatole está cada vez más obstinado en hacerla regresar a su casa. Ahora mismo, borracho y armado de un puñal venía a matarlos y solo después de una gran lucha he conseguido desviarlo de su idea, pero ha jurado que si no logra ser complacido por Gisela, los matará a los dos y no dudo que cumpla su juramento, pues está desesperado.

—Señor, lamento decirle que no está en mis manos la solución de este problema, pues Gisela se niega a seguirle.

—Sin embargo, Ud. podría alejarla del peligro, mandándola a casa y esto es lo que vengo a pedirle.

—En este punto, la opinión de Gisela difiere de la suya y yo la respeto. Para que Ud. la oiga de sus propios labios, voy a llamarla.

—Gisela, Gisela.

—Ya voy. . . .respondió la joven y ya frente al amante:

—¿Qué deseas, Enrique.

—Gisela, tu padre quiere que vayas a vivir a su casa.

—Papá, en varias ocasiones, Enrique me ha expresado idéntico deseo y me he negado a complacerlo porque temo

que ese loco me vaya a molestar allá, donde de seguro tendría el apoyo de Uds.

—Apoyo que le hemos prestado siempre porque en todo tiempo se ha portado bien contigo, —replicó con tono enérgico el padre.

—Papá, le agradezco el interés que se toma por mí, mas permítame que le diga que prefiero morir a volver a unirme a ese hombre. Mi corazón pertenece a Enrique y solo a él seguiré.

—Ya usted ve, señor, no es culpa mía que se encuentre aquí su hija.

—Mire, Enrique, yo soy muy viejo para no ver que esta es una burda comedia. Ella está aleccionada por Ud. y no estoy dispuesto a dejarla sacrificar. . . . Si Ud. realmente la quisiera en vez de haber procedido con tanta ligereza, pues de tal se puede calificar el hecho de haberla traído a esta casa, hubiera esperado la publicación de su divorcio para casarse con ella.

—Señor, —le replicó Enrique en tono enardecido, Ud. no tiene razón para dudar de mi seriedad y espero que rectifique sus conceptos, pues de lo contrario me veré, muy a mi pesar, obligado a dar por terminada esta entrevista.

—Enrique, intervino Gisela, papá está sugestionado por Anatole y por esa circunstancia no cree lo que nosotros le decimos. Yo te ruego excusar sus expresiones y a Ud. papá, le juro que es cierto todo cuanto le informé, hace un momento, le suplico, además, tener fé en él.

El anciano, al oír la enérgica réplica de Enrique y las conciliadoras palabras de Gisela; vaciló. En sus labios hubo un rictus de amargura. Estaba perplejo: Frente a él, resueltos, aferrados a un mundo de ensueños, cual Venus y Adonis, estaban Enrique y su hija, y en el restaurant le esperaba lleno de ansiedad, Anatole. Bruscamente se puso en pie y sin despedirse de la hija se dirigió precipitadamente al café. Allí, Anatole, rendido por el alcohol, balbuceaba:

—Me la quitaron. . . . Todos se confabularon para arre-

batármela.... él, Mercedes, Amílcar, Manuel, Ana, todos.... ¡Malvados!....y cuando, tras un denso vapor, vió a don Félix, intentó pararse para ir a su encuentro, cayendo de bruces. El anciano, compadecido, lo llevó a su casa y lo acostó, luego le hizo tomar un remedio que apresuradamente había preparado Micaela. Instantes después Anatole se durmió, coyuntura que aprovechó don Félix para retirarse y al hacerlo le dejó una tarjetica prometiéndole ir a visitarle a la mañana siguiente.

* * * * *

Al otro día, don Félix fué a visitar al francés y al preguntarle cómo se sentía, este le respondió:

—Me siento agotado. No tengo ánimo para nada. Quisiera encontrarme muy lejos de aquí... Lo que sucedió ayer me parece que fué una pesadilla... A propósito, don Félix, recibí su tarjetica y espero que me informe de las impresiones que recibió en casa de Enrique.

Don Félix con simulada indiferencia, comenzó:

—Hablé con ambos. Desde las primeras palabras que cruzamos me dí cuenta de que Enrique teme al escándalo y que está muy preocupado por el giro que han tomado las cosas. En varias ocasiones, según su propia confesión, para librarse de su tenaz persecuimiento, ha propuesto a Gisela que se vaya para casa, pero ella, por temor a que Ud. le haga daño, se ha negado a complacerle. Estoy seguro de que hostigándole sin tregua se le vencerá fácilmente. Hay que desechar los procedimientos que inevitablemente conduzcan al crimen. Pues lo que interesa es ganar la partida y poder saborear el triunfo en medio de la mayor alegría.

—Ud. tiene razón, don Félix y le agradezco sus consejos. Mañana voy a ponerlos en práctica. Por lo demás no se preocupe, pues no llegaré al colmo de cometer un crimen. Váyase tranquilo.

—Gracias, querido amigo, por el peso que me quita de encima. Adiós.

LLAMAS DE PASION

—Adiós, don Félix, dele de mi parte, una abrazo a los muchachos.

—Muy bien, lo haré con mucho gusto.

A la mañana siguiente, Anatole salió con una maleta de viaje, sin decirle a Micaela hacia dónde iba ni cuándo pensaba regresar.

* * * * *

En la noche de ese mismo día los amantes, como de costumbre, se juntaron en el pabelloncito, y cuando más alegres estaban, inundó sus oídos las dulces notas de la serenata de Schubert, ejecutada por un solo de violín. Gisela, apretando nerviosamente las manos de su amante, exclamó:

—Qué raro, la serenata de Schubert!

—¡Qué bien ejecutada! —agregó Enrique,— el violinista ha puesto toda el alma en la ejecución de la pieza.

—Tal como lo hacía Anatole, cuando por cualquier disgusto dejábamos de hablarnos, pensó Gisela, luego, preguntó a Enrique:

—¿Quién ocupará esa habitación?

—No sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Puede ser Anatole. El es violinista y esta pieza la tocaba cuando estábamos disgustados.

—Pero no creo que llegue a ese colmo!

—Enrique, ese hombre es capaz de las mayores extravagancias.

—Pues, vamos a recogerlos.

—Es lo mejor que podemos hacer. Hasta mañana, Enrique.

—Si Dios quiere, Gisela.

Enrique aún permaneció unos minutos más en el pabelloncito, luego entró a su aposento y se acostó.

Al otro día, como era domingo, Enrique y los niños permanecieron en la casa. Como a las nueve antes meridiano, Gisela, en compañía de los niños, se sentó en el jardín, y Enrique se puso a leer en el pabelloncito.

SILVESTRE EMILIO CONTIN

De repente el melódico sonido de instrumentos de cuerda inundó el jardín y con voz dulce y cadenciosa, un hombre rompió a cantar:

“No quiero nada, nada más que no me dejes,
Frente a frente con la vida,
Me moriré si me dejas,
Porque sin vos no he de saber vivir
Y no te pido más que ello,
Que no me dejes sucumbir,
Te lo suplico, por Dios,
No me quites el calor
De tu cariño y tus besos.....
Que si me falta la luz
De tu mirar que es mi sol
Será mi vida una cruz!....

Cuánta nieve habrá en mi vida
Sin el fuego de tus ojos
Y mi alma, ya perdida
Sangrando por la herida
Se dejará morir.....

•
“Y en la cruz de mis anhelos
llenaré de brumas mi alma;
Morirá el azul del cielo,
Sobre mi desvelo,
Viéndote partir”!

“No quiero nada, nada más que la mentira
De tu amor como limosna,
¿Qué voy a hacer si vos te vas
Con el vacío de mi decepción?
No, no te vayas, te lo ruego.....
No destroces mi corazón.....

LLAMAS DE PASION

Si no lo haces por amor
Hacedlo por compasión;
Pero por Dios, no me dejes....
Jamás te molestaré,
Seré una sombra, una sombra a tus pies,
Tirada en algún rincón!..... (*)

—¡Brindemos por la señora de mi corazón!

—¡Por ella! —gritaron varias personas.

—Por mi Helena.

—¡Por ella!

—¡Muera el insesato París!

—¡Que muera!... ¡Que muera!....

Aún no se había apagado el eco de las voces, cuando cayó a los pies de Gisela un ramillete de orquídeas. La joven palideció y sin poder dominarse rompió a llorar. En ese momento se asomó a la ventana Anatole y le dijo:

—Gisela, amada mía, quisiera ser el césped para recibir el rocío de tus ojos; ¡cuánto bien me haría! Tengo infinitas ansias de ahogar mis penas entre tus brazos! Sí, amor mío, mi único anhelo es alcanzar que tus ojos de nuevo me brinden su calor! ¡No olvides que te espero!

Gisela, haciendo un esfuerzo pudo ir hasta su cuarto y se encerró en él.

Myrta reconoció en Anatole el hombre que había visto parado en la pared y llena de indignación fué en busca de Enrique y le dijo:

—Enrique, lo que acaba de ocurrir es escandaloso, insufrible! Mis nervios están de punta y como te quiero no puedo dejar de expresarte el temor que me hace experimentar la proximidad de ese hombre. Es necesario que esa mujer salga cuanto antes de aquí.

—Tía, comprendo que Ud. tiene razón y espero que ella se haya percatado de que debe irse de aquí. Pero en el caso de que esto no ocurra dentro de un plazo razonable, yo mismo se lo diré.

(*) Tango "Nada Más", por Luis Rubistein.

—¿Y por qué no le pides ahora mismo que se vaya?

—Tía, no olvide que debemos consideraciones a los esposos Alvarez.

—Sí, lo sé, pero mientras ella esté aquí, ese hombre nos molestará. Hay que despacharla hoy mismo.

—No se apure por él, pues hoy mismo lo haré salir de la pensión.

Enrique, cuidado con el disparate que vas a cometer!
¡Mira que ese hombre puede matarte!

Para conseguirlo me basta con pedirselo a Emilio.

—¿Qué Emilio?

—El dueño de la pensión. Todas las noches jugamos billar en la Casa de España. Hoy mismo se lo pediré.

—Bueno, no dejes de hacerlo, pues este asunto es muy grave.

—Despreocúpese, tía.

* * * * *

En la noche, después de haber jugado varias partidas de billar, Enrique, aprovechando que Emilio le preguntara por Myrta y los muchachos, le habló de las molestias que les estaba proporcionando el francés y el amigo, le prometió despedirlo de la pensión. Al otro día le informó que ya se había ido.

Horas más tarde, Enrique fué a casa de Manuel y después de enterarle de lo ocurrido, le suplicó que permitiera a Gisela albergarse en su casa, pero éste, por temor de que Anatole fuera a molestarla allá, se negó a recibirla, igual petici le hizo a los esposos Alvarez y ellos también le negaron ese favor.

* * * * *

A los diez días de la tempestuosa escena del jardín, considerando Myrta que su sobrino no había hecho nada para conseguir que Gisela se fuera de su casa, resolvió poner en juego todos los recursos imaginables para sacarla y al efec-

to escribió a las hermanas de Enrique, que a la sazón vivían en San Pedro de Macorís, para que vinieran a pasarse unos días con ella.

En la carta les encarecía partir inmediatamente.

Las muchachas llegaron dos días después y muy alarmadas preguntaron a Myrta:

—¿Tía, qué ha pasado?

—Las he llamado para que me ayuden a sacar de aquí a la niñera, pues era mujer de un francés y este vive molestándonos.

Ultimamente ha dicho que matará a Enrique si ella no se arregla con él.

—¿Y qué tiene que ver Enrique con ellos?

—Bueno, ese hombre lo cree culpable de su desgracia amorosa.

—¡Ah! comprendo. ¿Y qué debemos hacer?

—Llevarla por medios indirectos al convencimiento de que no puede permanecer entre nosotros.

—Hay que humillarla,—dijo Margarita, la mayor de las hermanas.

—Yo me encargaré de eso,—exclamó Luisa. Ocúpate tú de vigilar a Enrique. Bueno, lo primero que debemos hacer es pedirle que desocupe la habitación donde duerme. Vamos allá.

A Gisela le sorprendió la visita de Myrta, pues ésta, desde el día que Anatole provocó el escándalo, había dejado de hablarle.

—Gisela, —dijo Myrta,— Ud. debe disponer los muebles de manera que las muchachas puedan dormir aquí.

—¡No, no! tía, yo no voy a estar tan incómoda— exclamó Luisa. Si esta señora no resuelve pasarle al cuarto de las sirvientas, regresaré a casa.

—Lo mismo digo yo—dijo a su vez, Margarita.

—Bueno, Gisela, Ud. perdonará que le ruegue aposentarse en el cuarto de la servidumbre. Allí hay todo lo necesario para estar cómoda.

—Eso no es nada. Ahora mismo me pasaré al otro cuarto,—respondió Gisela, poniéndose a sacar su ropa del armario.

A la mañana siguiente, aprovechando que Luisito lloraba, Luisa con cierta acrimonia dijo a la joven:

—Gisela, lleve el niño al parque.

Y ésta, cegada por la indignación, olvidó el papel que hacía y le respondió: Si Ud. desea que el niño vaya al parque, llévelo.

—Entonces, ¿para qué está usted aquí?... ¿es niñera o biscuit? Para lo último no la queremos.

—¡Malcriada!

—¿Cómo dice Ud.?—exclamó Luisa,... ¿nunca he visto mayor petulancia de parte de una doméstica!

—Ni más impertinencia en la conducta de una muchacha—gritó soberbia, Gisela.

—Basta ya, intervino Margarita, llevándose a Luisa.

Entonces, Gisela, con el alma desgarrada, vió cómo se derrumbaba estrepitosamente el castillo de dulces ensueños que, su loca fantasía, había levantado en momento de embriaguez pasional. Y sin poder contenerse, rompió a llorar. Luego se refugió en el pabelloncito.

Enrique se enteró con disgusto de la disputa, pero no se atrevió a reprender a la hermana. Gisela, para pedirle mandara a Luisa para su casa, con disimulo le dijo:

—Te espero donde Ana esta tarde a las cinco.

A la hora y sitio indicado se encontraron. Enrique inició la conversación diciendo:

—¿Qué situación tan seria estamos confrontando!

—Sí, terrible!—dijo Gisela. Y de no enviar tú a esas muchachas para su casa me será imposible permanecer allá.

—Gisela, siento no poder hacerlo, pues se indignarían conmigo, y mamá, al saberlo, caería sobre nosotros.

—Pues, múdame aparte.

—Tampoco puedo hacerlo, por la circunstancia que tú mejor que yo conoces.

—Pues ¿qué debo hacer, entonces?

—Tener paciencia, como me prometiste, pues mamá no tardará en pedirle que regresen.

—Pero es que si no se van pronto, me volveré loca.

—¡Qué vamos hacer!... Yo también estoy sufriendo mucho... Debemos saber esperar, pues de lo contrario, fracasaremos.

—Bueno, trataré de sobrellevar las impertinencias de Luisa.

—Te lo agradeceré.

El resto de la tarde los amantes lo dedicaron a añorar el pasado.

En el mismo instante en que los amantes conversaban en casa de Ana, Myrta y sus sobrinas sostenían el siguiente diálogo:

—Tía ¿qué tal he desempeñado mi papel?

—¡A las mil maravillas, Luisa!...! Y tú también Margarita, has actuado magistralmente.

—Ahora falta lo mejor, tía.

—¿Qué tienes en mente, Luisa?

—Verá... Para que se sienta molesta en el cuartucho que ocupa he pensado pedirle a la sirvienta que desde hoy se quede a dormir aquí.

—¡Magnífica idea, Luisa! pónla en práctica.

—Bueno, para que ella crea que es cosa mía, déjenme sola.

—Está bien. Vámonos, Margarita.

—Cuando estuvo sola, Luisa gritó:

—¡Francisca!

—Ya voy... ¿Qué usted desea?

—Que desde hoy te quedas a dormir.

—Ay, señorita, yo no pueo.

—Mira, muchacha, solo es por unos días y si me complaces te voy a regalar un vestido nuevo que me queda estrecho.

—Bueno, si es po uno día me queo. Pero, tengo que dir al bojió a decíselo a mi taita.

—Sí, si, después de la cena puerder sir.

—Ah, se me olvidaba decirte, que esa lechuza que ocupa el cuarto no es más que tú aquí y que le debes exigir que te de la mitad del espacio para tus muebles. Si se pone de parejera mándala al diablo.

—Si Ud. supiera, que a mí no me guta esa mujé, pue e muy “filórica” y “arremingá”. Yo no sé que se a encontrao la “poquería esa”.

—Sí, ella es una parejera. Oye: si tú le calientas bien las orejas te voy a regalar un refajo que está nuevecito. ¿Lo vas a hacer?

—Mire, poi do vetío jata se la arranco!

—Bueno, pues esta noche cuando se estén acostando, búrlate de ella.

—Ta bien, señorita. Eta noche va a cogé fuego po to lo cotao. A mí no me guta ni un chín.

Aquella noche Francisca hostigó a Gisela, y ésta comprendiendo que la muchacha era un instrumento de Luisa, resolvió irse para la casa de sus padres y al efecto en la mañana siguiente, en el momento en que se desayunaban, se acercó a la mesa y dijo:

—Enrique, lamento decirle que me marchó.

El joven, comprendiendo que su partida era inevitable, le respondió:

—Lo siento. ¿Tiene todas sus cosas arregladas?

—Sí, estoy lista para partir.

—Son las siete y cuarto, dentro de media hora sale un automóvil para La Vega, vaya inmediatamente a la Oficina de la “Línea Duarte”.

—Lo malo es que no sé dónde está la oficina de esa línea de automóviles y como es ya tan tarde si no voy directamente no podré irme hoy.

Enrique, adivinando la intención de la joven, no pudo contenerse y le dijo:— Entonces, yo la llevaré.

Minutos más tarde se encontraban los amantes en la oficina. De allí fueron a una tienda inmediata, en la cual la joven compró unos efectos que eligió de acuerdo con el gusto de Enrique. Acto seguido regresaron a la Agencia.

Momentos antes de la partida llegó a la agencia Miguel y al ver a Gisela la saludó, luego, aprovechando que Enrique salió a comprar unos dulces, se acercó a ella y le hizo varias preguntas en relación con su viaje.

Cuando partió el automóvil en que se iba Gisela, Enrique desconsolado, corrió a casa de Ana y con voz temblorosa le dijo:

—Se fué Gisela.

—¿Para dónde?

—Para la casa de sus padres.

—Enrique, tenga paciencia.... Ese hombre tendrá que cansarse de perseguirla y entonces Uds. serán felices...

* * * * *

De la casa de Ana, Enrique se dirigió a la Secretaría de Estado.... donde desempeñaba las funciones de Jefe de Sección.

Luego, como la inquietud no le dejara trabajar, pidió permiso y se fué para su casa, pero allí tampoco se sintió bien y salió con rumbo a Güibia, donde se puso a tomar cerveza.

Ya a media noche, ocupó un automóvil y fué a parar a un cabaret de moda en el cual se respiraba una atmósfera cargada de perfumes baratos. Unas cincuenta parejas, envueltas en una especie de neblina, bailaban lúbricamente. Algunas personas estaban borrachas. Enrique se sentó cerca de los músicos. Un mozo le sirvió ron. Después de beberse un trago doble, dando tumbos, fué a sacar a una muchacha que acababa de sentarse en la mesa de enfrente, la cual, al verle, llena de admiración, exclamó:

—Cómo, Enrique, aquí! ¡Qué raro! Luego fué a su encuentro, le ayudó a regresar a su mesa y allí le dijo:

—Enrique, no bebas más, pues estás que das pena. Tú nunca te pusiste así, cuando vivíamos. El joven, cayó en ese momento en una especie de sopor. Entonces ella disolvió en un poco de agua una pastilla y se la hizo tomar. Cuando él recuperó su lucidez reconoció a la muchacha y lleno de extrañeza, exclamó:

—¡Oh! ¿Eres tú, Esperanza?

—Sí, soy yo. . . . tu Esperanza. Aquella muchacha que junto a tí pasó los mejores años de su adolescencia. . . . Si, tu mujercita, como me llamabas entonces. . . . ¿Quién te lo hubiera dicho en aquella época!

—Cosas del destino, Esperanza! ¿Así es la vida! Entonces yo te quería tanto.

—¡Qué sabroso merengue! ¿Bailamos?

—No, no, primero bebamos por el feliz pasado que encarnado en una adorable mujercita, viene a prodigarme su dulzura. Brindo por tí, Esperanza, que sintetizas ese pasado inolvidable!

Chocaron los vasos.

—Brindo, por el hombre más bueno del mundo!

—Por un viejo amor!—gritó Enrique poniéndose en pié.

—Maestro, ¿por un viejo amor!, ordenó Esperanza.

—Maestro, corre por cuenta mía, agregó Enrique.

Inmediatamente rompió a tocar la orquesta y el cantarrín con voz dulce cantó:

“Por unos ojazos negros,
Igual que penas de amores,
Hace tiempo tuve anhelos,
Alegrias y sinsabores,
Y al dejarlos algún día,
Me decían así llorando:
No te olvides vida mía,
De lo que te estoy cantando!”

LLAMAS DE PASION

Que un viejo amor
Ni se olvida ni se deja,
Que un viejo amor
De nuestras almas si se aleja,
Pero nunca dice adiós
Un viejo amor!

Ha pasado mucho tiempo,
Y otra vez ví aquellos ojos,
Me miraron con despejo,
Y al notar aquel desprecio
De esos ojos que a mí lloraron
Pregunté si con el tiempo
Sus recuerdos olvidaron
Que un viejo amor,
De nuestras almas si se aleja,
Pero nunca dice adiós,
Un viejo amor" (*)

Los ex-amantes unidos por grato recuerdo vagaron por las regiones del ensueño hasta el instante en que, el genial Artífice del espacio, con su mágico pincel de luz, cubrió de bellas y alegres tonalidades el cielo.

* * * * *

Cuando Enrique llegó a su casa, sus hermanas y Myrta, al notar que estaba despejado se alegraron mucho y tuvieron el cuidado de no molestarle en lo más mínimo.

Minutos después el joven dormía profundamente. Por la mañana, al notar la ausencia de Gisela se entristeció y sin cambiar una sola palabra con sus familiares se fué para la oficina.

* * * * *

Al día siguiente de su llegada a La Vega, Gisela escribió a Enrique la carta que se transcribe a continuación:

(*) Canción por Antonio Palomero.

SILVESTRE EMILIO CONTIN

Enrique de mi alma:

Ayer llegué a esta ciudad. Estoy hospedada en la casa No. (-) de la calle "Zoilo García". Aquí estaré hasta el momento en que reciba tu respuesta.

Estoy sufriendo mucho. Desde que nos separamos todo el tiempo lo he pasado llorando. Me siento enferma. ¡Qué no daría por estar quemando a tus piés el incienso de mi adoración!

Espero que pronto me escribas diciéndome que vaya, pues anhelo vivir contigo en un rinconcito de la ciudad, donde ignorados por todos nuestros amigos, podamos sentirnos felices.

Deseo tanto tus besos, que, cuando me vea entre tus brazos, quedaré agotada por el exceso de placer.

Te adora,

Gisela.

Enero 3, de 1935.

Cinco días después Gisela recibió la siguiente carta:

Mi querida Gisela:

Me alegra saber que llegaste bien y te agradezco la prueba de amor que me das al decirme que estás dispuesta a vivir conmigo aunque sea en un rinconcito de esta ciudad. Pero, como aún subsisten las circunstancias que motivaron tu partida, te suplico ir a vivir con tus padres hasta el momento propicio a nuestras aspiraciones.

Te besa,

Enrique.

Enero 6, de 1935.

El 21 de enero, Enrique llevó a sus hermanas al baile de la Casa de España. En la mesa inmediata a la que ellos ocuparon, estaban sentados un joven y dos graciosas muchachas, la mayor de las cuales se parecía mucho a Gisela. Cuando Enrique la vió se impresionó tanto que involuntariamente dijo:

—¡Gisela!

Margarita al oírle pronunciar el nombre de la amante, le preguntó:

¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Oh, Gisela!

—No, muchacha, es que la damita que está frente a mí se parece mucho a ella.

Margarita miró a la joven y al punto exclamó:

—Oh! Celeste, Pedro, María, cuánto placer!

—¡Ola!, Margarita, Luisa. ¿Cuándo llegaron?

—Hace días.

Acto seguido Margarita les presentó a su hermano y por insinuación de Pedro juntaron las mesas y se pusieron a charlar.

Desde las primeras palabras que cambiaron Enrique y Celeste, el joven sintió arder en su corazón la llama del amor.....

Esa misteriosa pasión que a unos hace venturosos y a otros desgraciados. Que a los primero lleva, sobre sus alas sedeñas y perfumadas, a los dominios de la felicidad, mientras a los otros, a los desventurados, como llama del Flegestión martiriza y enloquece.

Poco después, transportado por la inefable dulzura de un vals, Enrique y Celeste vagaron por las regiones del ensueño. Mientras bailaban el joven dió alas a las ilusiones amorosas que llenaban su pecho y estas, cual coro de ruiseñores, cantaron al oído de la joven una romántica canción de amor. Ella le escuchaba con arrobamiento!

De vez en cuando, de sus labios en flor, brotaba una frase en la cual fulguraba la castidad de sus pensamientos y la mansedumbre de su carácter.

Entre Gisela y Celeste se ofrecía un raro contraste. La primera era impetuosa como el Eurus y pasional como Juno, en cambio, la segunda era suave como el Aura, delicada como la esencia que embriaga el alma de beatífica idealidad

y dulce como los cánticos místicos que llenan el corazón de ensueños claustrales.

Gisela se acercaba a Venus y Celeste a Cibeles.

Enrique sentía junto a Celeste la inefable tranquilidad que se disfruta en un templo y aquel estado le hacía pensar con horror en los momentos de borrascosa pasión que viviera junto a Gisela. Entonces crecieron las ilusiones que le acercaban a Celeste.

Y de este modo, Gisela, el viejo ídolo, cayó de su áureo zócalo!, apresurándose el Destino a colocar sobre él a Celeste!

Cuando el baile terminó, Enrique acompañó a Celeste hasta su casa, prometiéndole para el día siguiente, una visita, ofrecimiento que la joven aceptó complacida.

* * * * *

El 6 de enero la estridencia de pitos, flautas, cornetas y tambores, despertó a Anatole y, al recordar que era día de Reyes, saltó de la cama, arrodillóse ante la imagen de la Virgen de la Altagracia y con voz ahogada por la angustia, le rogó: ;Virgencita de la Altagracia, como regalo de Reyes, tráeme a la muñequita de mi alma!

Esa misma mañana, tocaron con brusquedad a la puerta de Anatole. Creyendo que se trataba de la impertinencia de un muchacho, él se limitó a preguntar, desde el sitio en que se encontraba:

—¿Quién es?

—Miguel...le traigo noticias de Gisela.

El francés corrió a la puerta y con voz temblorosa preguntó al joven:

—¿Qué has sabido de ella?

—Hace cuatro días que la ví en la oficina de la Línea Duarte... Me dijo que iba a vivir a la casa de sus padres por tiempo indefinido. Y por lo que pude oír de la conversación que ella sostuvo con Enrique, inferí que había tenido un disgusto con una de sus hermanas. Esta es su oportunidad, don Anatole.

El francés, casi loco de alegría, abrazó repetidas veces al chófer y le dió como regalo de Reyes un billete de diez pesos.

Momentos después Anatole se dirigió al pueblo donde vivían los padres de Gisela, y al llegar se enteró de que ella no había llegado y de que Rafaelito se encontraba grave. Inmediatamente se puso a la cabecera del lecho y se entregó por entero al cuidado del niño.

Dos días más tarde, don Félix recibió un telegrama en el cual Gisela le decía que estaba en La Vega y que a fin de semana llegaría allá. Horas después la joven recibió un telegrama donde le enteraban de la gravedad de su hijo, desesperada fletó un carro y salió precipitadamente para su casa. Grande fué su asombro al encontrar a la cabecera del enfermo al francés. Este, al verla, se puso tembloroso.

El niño, en esos momento deliraba con ella y, conmovida en lo más profundo de su ser, se arrodilló ante el lecho y tomando sus demacradas manecitas las besó repetidas veces, luego rompió a llorar. Por las mejillas de Anatole y de los padres de Gisela rodaban gruesas lágrimas. En medio del silencio que reinaba en la alcoba los sollozos de la madre se confundían con el seco chisporrotear de las velas que alumbraban una imagen de la Altagracia.

En ese momento la madre de Gisela la llevó a la sala, donde la joven le dijo:

—Madrecita, cuénteme todo cuanto ha sucedido aquí en estos últimos días.

—Hija mía, hemos pasado unos momentos angustiosos, infernales! Rafael, murió hace veinte días.

—¿Que Rafael murió?

—Si, hija, murió tu esposo.

—¿Y por qué no me lo avisaron?

—Tu padre no quiso, por temor de que te casaras con Enrique, a quien él no cree digno de tí.

—Comprendo, masculló Gisela; luego, clavando los ojos en Anatole, preguntó:

—¿Qué hace aquí ese hombre?

—Gisela, te ruego guardarle la mayor consideración posible, puec se ha portado como un padre con tu hijo. Desde que llegó viene atendiéndole con tanta solicitud como nosotros y por dos ocasiones ha ido a La Vega a buscar medicinas que aquí no nos fué posible conseguir.

Gisela conmovida por la nobleza de Anatole, se propuso ser indulgente y desde ese momento se mostró complaciente con él, quien transportado de alegría, comenzó a gastar con ella las mayores atenciones.

El ambiente familiar pronto devolvió a Gisela la tranquilidad.

Cuando el niño estaba en plena convalecencia, Anatole, en combinación con don Félix, preparó lo relativo a la boda y ya todo listo, abordaron a la joven, quien, después de una débil resistencia, accedió, fijando el 26 de enero para la celebración de la boda, acto que revistió el mayor esplendor, Anatole, (con excepción de lo que se refería al viaje), cumplió todas las promesas contenidas en el contrato notarial que el Capitán francés había entregado a Gisela. Además adoptó a Rafaelito.

* * * * *

Quince días después los esposos se trasladaron a San Luís, donde Anatole fué encargado, por el Administrador del Ingenio, de la construcción de un tramo de vía férrea. Terminada la cual, pasó al Central Boca Chica, donde firmó un contrato para la edificación de unos depósitos del Ingenio. Gisela tuvo que quedarse en San Luís, debido a que, en ese momento, no había en el Central una casa desocupada que reuniera las comodidades indispensables para ella.

Al quedarse sola, Gisela se entregó a la lectura. Un día, leyendo a "Werther" se tropezó con estas palabras:

"Todo es poderoso, pero la misma eternidad no podrá destruir la calurosa vida de que yo gocé ayer en tus labios, y que todavía siento en mí. ¡Me ama! Este brazo la ha es-

trechado! ; Estos labios han temblado sobre sus labios! ; Esta boca ha balbuceado sobre su boca! ; Es mía! ; Tú eres mía! Sí, Carlota, para siempre! ; Qué me importa que Alberto sea tu esposo? ; Esposo!... Ese título no le servirá más que en el mundo..... y para el mundo yo cometo un pecado al amarte, al querer arrancarte de los brazos de Alberto, para oprimirte entre los míos, ; Pecado!... ; Sea! Yo mismo me castigo. Yo he saboreado ese pecado en todas sus delicias celestiales; he aspirado el bálsamo de la vida y he vertido su fuerza en mi corazón!!

Este grito del atormentado Werther trajo a la memoria de Gisela los momentos de felicidad que pasara con Enrique en el jardín. Entonces sintió deseos de estar junto a él. Aquella noche no pudo dormir. En su cerebro se enfrentaron la razón y el pasional anhelo. Por fin triunfó la pasión y sin medir las consecuencias del paso que iba a dar, Gisela salió en la mañana para la Capital.

Cuando el portero dijo a Enrique que la joven le buscaba, él se alarmó y yendo a su encuentro le dijo:

—¿Por qué te expones de este modo, Gisela?.....; Sé cuerda!.....

—Enrique, me expongo, porque tú eres dueño de mi corazón.... Aunque encuentre la muerte en el camino vendré siempre a verte.... Me conformaré con pasar, de vez en cuando, unas horas contigo!....

—Gisela, tú no debes cometer locuras por mí; regresa a tu casa.

—Enrique, es que no puedo soportar el deseo que tengo de tus besos! de tus caricias!.... ; De tus arrullos!....

Entonces, el joven, dominado por idéntico deseo, le dijo:

—Está bien, espérame a las doce, frente al teatro “Independencia”.

A la hora convenida se dirigieron a Haina, donde Enrique tenía una quinta.

A pocos metros de distancia de la quinta, Enrique hizo detener el automóvil y después de dar algunas instrucciones

al chófer, invitó a Gisela seguir a pie hasta la casa. Una brisa suave y deliciosa como los labios de una joven casta, acariciaron sus mejillas. Cuando llegaron a la quinta, Gisela se quedó embelesada ante el precioso jardín que tenía de frente, luego, en un transporte de entusiasmo, tomó de la mano a Enrique y arrastrándolo hasta los rosales más cercanos, acariciando las flores iba diciendo: Oh!, qué preciosa Reina Victoria.... Qué hermosa Mariscal Niel.... Esta Celina Forestiel es encantadora.... Oh! esta Luis Felipe es una maravillosa flor de fuego,.... Mira, qué bella André le Roy....sus pétalos son puro terciopelo.... Qué linda Gardenia....Y tú divina Camelia cuánto me recuerdas a la romántica Margarita Gautier.... Oh! qué preciosos matices tiene esta dalia.... ¡Qué lindo es este clavel ágata.... y este rojo es seductor.... Oh!, sobre los pétalos de inmaculada blancura de este lirio parece que flota el alma de una virgen!.... Cuántas azucenas preciosas,.... Mira, mira Enrique.... una Adonis.... No te sugiere aquel romántico pasaje en que las crueles espinas de un rosal hirieron las divinas manos de Afrodita?...Y este Narciso tan arrogante evoca la figura de aquel joven que enamorado de su propia imagen murió de dolor!..... Pobre Girasol, no puede vivir sin el calor de su adorado Apolo.... ¡Cuánto se parece a mí....! ¡Cómo me moriría de pena si me faltara el calor de mi amado....!

Al terminar la última frase, Gisela besó apasionadamente a Enrique, luego, como inquieta mariposa, se desprendió de sus brazos y siguió de flor en flor.

Al llegar a un paño poblado de Margaritas, Petunias y Duentes, exclamó: —Las Margaritas parece que escuchan, de labios de los misteriosos duendes, fantásticas leyendas de amor! ¡Ah!, este hermoso y delicado Jacinto trae a mi memoria al amigo de Apolo que fué víctima de los celos de Céfiro! Recuerdas esa trágica leyenda?... ¡Qué lindas son las mariposas que revolotean entre los rosales!... ¡Qué majestuoso es el vuelo de los pájaros cantores que pueblan de

dulces trinos el espacio....! ;Mira aquellos cocoteros se em-
pinan, como si quisieran para ellos, en un exceso de egois-
mo selvático, toda la luz del sol!..... Todo es deslumbrador
en este asombroso paisaje!.... ;Y tú, Enrique mío, como
Himeneo, eres encantador!.... Dame un beso.... Otro
....Ay! ;Qué dulce, qué sublime es el amor!

De nuevo Gisela se desprendió de los brazos del amante
y se lanzó en alegre carrera hacia la casa que ya estaba a
corta distancia de ellos....De pronto, atraída por la belleza
de un estanque en que se deslizaban majestuosamente
dos cisnes, Gisela se detuvo, y como una chiquilla, nuevamen-
te, desplegó al viento las alas de su fantasía. Luego, jadeante,
fatigada por las intensas emociones que agitaban su corazón,
se dejó caer sobre un banco situado a la sombra de un almendro.
Enrique, con los brazos cargados de flores, llegó tras ella, y
después de depositarlas delicadamente sobre la falda de ésta,
se sentó a su lado. Entonces se miraron a los ojos y, como dos
chicuelos traviosos, rompieron a reir. Seguido sus labios se
unieron en un beso goloso.

—!Quisiera ser tan encantadora como este jardín, para
mantener en tu corazón, por siempre, vivo el anhelo de poseerme.
;Amado mío!

El joven, por toda respuesta le dió un beso de fuego...
Un beso largo y delicioso! De nuevo rieron alegremente....
Entonces Enrique, señalando la casa, dijo:

—;Y ahora, a nuestro nido de amor!

—Sí, sí, corramos—exclamó Gisela corriendo hacia la casa....
Donde al calor de un amor de fuego, la rosa del placer abrió
sus pétalos carmíneos!

* * * * *

Quando el sol se acercaba al poniente, los amantes fueron a
la playa y se tendieron sobre la arena. En ese momento, el
Divino Artífice de los cielos daba la última pincelada a un
precioso paisaje celestial. Gisela, al descubrirlo, exclamó:

—¡Mira! amor mío, ¡qué hermoso celaje!

Enrique miró el cielo y hechizado por el bello espectáculo, dijo:

—El cuadro es digno del pincel de un Courbet.... Observa: En el Este la luna riela en una franja azul pálido. A esa faja sigue una verde mar que se extiende hacia el Oeste, sobre la cual se destacan unas nubes teñidas de rosa y limitando con esta un paño anaranjado que llega hasta el poniente. Y bajo ese cielo engalanado y esa luna de plata el leve rumor de las aguas, y el manto de encajes blancos que Poseidón, como un maniático, tiende y recoge, recoge y tiende sobre la playa!.... ¡A mi lado, un cuerpo tan bello como el de Afrodita! Un corazón como el de Heros y dos luceros que cual la luz que guiaba a Leandro en su ruta por el Helesponto, a través de las sombras me conducen hasta aquí.

—¡Gracias, amor mío! exclamó Gisela en un arrebato de embriaguez espiritual.

* * * * *

Aquel día, como a eso de las ocho p. m., los amantes regresaron a sus respectivas residencias.

Las citas se sucedían con tanta frecuencia que Enrique comenzó a preocuparse por el porvenir de Gisela. Temor que inconscientemente aumentó la joven al escribirle, después de haber regresado de una de sus citas, que Anatole estuvo a punto de sorprenderla fuera de casa.

Diez días después de haber recibido Enrique la alarmante noticia, Gisela fué a buscarlo a la oficina, y él, muy disgustado por su imprudencia, le dijo:

—Gisela, estás cometiendo una locura. Véte y no vuelvas por ahora.

—Pero él no sabe nada. Esa noche estaba lo más contento.

—Sin embargo, ha pasado varias veces por casa. Antes de ayer estuvo hablando con la sirvienta en la pulpería de la

esquina. Estoy seguro que le han puesto sobre la pista y finge para poderte sorprender. Vete, por Dios.

—No, no, Enrique, tú tienes que pasar el día conmigo en Haina.

—Gisela, siento tener que decirte que, aparte del interés que tengo de salvarte de una desgracia, existe un motivo poderosísimo que me impide complacerte.

—Otra razón!.... Me parece que entre nosotros se ha interpuesto una.... no, no me atrevo a terminar la frase.... vamos, complétala tú.

—Pues bien, ya que te empecinas en ello, te seré franco.... Hace poco que....

En ese momento el portero se acercó a Enrique y le dijo que el Secretario de Estado deseaba que fuera a su despacho, y él acudió presuroso. Unos minutos después Gisela recibió una tarjetica donde Enrique le decía que no le esperara pues estaría toda la mañana ocupado en el despacho del Jefe. Gisela, muy contrariada salió de la Oficina y se fué para su casa. Ese mismo día escribió al esposo diciéndole que estaba desesperada por irse a vivir a Boca Chica.

Anatole, después de una minuciosa búsqueda encontró un chalet desocupado en un sitio próximo al ingenio y en la mañana siguiente Gisela lo ocupó.

• * * * *

Como recordará el lector, el 21 de enero, al despedirse de Celeste, Enrique le prometió una visita para el día siguiente. Aquella visita tuvo lugar y le sucedieron otras, en el curso de las cuales Enrique Conquistó el corazón de la hermosa joven. Ya próximo el día fijado para la celebración de la boda, los padres de Celeste invitaron a Enrique y a sus hermanas a pasar un domingo con ellos en la playa de Boca Chica, donde tenían una quinta. El domingo elegido partieron para dicha playa. Iban, además de los familiares de los novios, algunos amigos de ambas familias y entre éstos se contaba una poetisa que iba por primera vez a Boca Chica.

Aurora, ataviada con sus trajes de ricos matices, abrió la puerta del Oriente al luminoso carro de Febo, cuando los automóviles entraban al camino costanero que conduce a Boca Chica. De vez en cuando, de los vehículos partía el alegre rumor de exclamaciones provocadas por la belleza sin par del paisaje marítimo. Ora, al través de los cocoteros que poblaban la ribera, se veía el mar, en cuya superficie había esplendor de esmeralda y de zafiro! Y sobre esta magia de matices, alas blancas! Ya como un cortejo real desfilaron entre majestuosas y cerradas columnas de árboles. Después la sugestiva belleza de un inmenso paño de espigas doradas que, al beso de Céfiro, ondulaban graciosamente, dando la sensación de una gigantesca alfombra mágica.

Por fin llegaron a su destino.

Cuando las límpidas aguas de la bahía perlaban las cabelleras de las jóvenes, Marta, cautivada por la belleza del paisaje, exclamó:

—¡Qué serenas y transparentes son las aguas de esta bahía; parece que están contenidas en una gigantesca fuente de cristal!... ¡Qué precioso tornasol hay en la superficie de las aguas!... ¡Qué blanca y fina es la arena!... Me parece que estoy pisando sobre una alfombra de armiño... ¡Cuántos pecesitos lindos!... ¡Esto es maravilloso... salve naturaleza prodigiosa!

Inesperadamente la joven se vió cercada por un grupo de amigas, quienes la arrastraron hacia el trampolín, desde el cual todas comenzaron a chapucearse en las cristalinas aguas, haciendo un alboroto descomunal.

A las doce a. m., bajo los almendros de la casa de Celeste, almorzaron, y entre trago y trago pasaron tres horas de agradable charla. A las tres, Pedro convidó a sus compañeros de gira, para ir a la "Matica", islita que se encuentra en el centro de la bahía. En un segundo se llenaron los botes y partieron. Enrique, Celeste, Pedro, Margarita y Marta iban en el mismo bote. Al iniciar la travesía, Marta, muy entusiasmada dijo:

—¡Qué bueno, voy a conocer la islita, la cual me han pintado como una cosa maravillosa. Dicen que está cruzada por un riachuelo preciosísimo.

—Oh, sí, es digno del pincel de un Ticiano!—dijo Pedro. . . . nos bañaremos en él.

—No, no; yo no sé nadar—exclamó Marta.

—Muchacha, allí las aguas son poco profundas, y tan claras como estas—dijo Pedro. . . . Además resultan deliciosas, pues son muy frescas.

—Entonces nos bañaremos.

La tarde estaba encantadora. . . . La naturaleza hacía derroche de sus prodigiosos dones. El sol, desde un cielo azul, regaba sobre las aguas su polvo de luz y la brisa, en sus alas de seda, cargaba el dulce trino de los ruiseñores y alondras que, en la fronda vecina, iban cantando de rama en rama. Bandadas de gaviotas revoloteaban sobre los botes y en la superficie de las aguas había una fiesta de colores! Había música en el espacio y un alegre murmullo de voces, y en medio de tanta alegría, belleza y armonía, acechaba el destino.

En el instante en que los botes partieron para la islita, ancló en la entrada de ésta, una goletita blanca, muy linda. Marta, al divisarla, exclamó:

—Miren qué cuadro tan bello! Al destacarse el velerito del follaje sugiere una gigantesca mariposa posada sobre las aguas.

Enrique, al verlo, dijo:

—Oh, ¡qué sugestivo paisaje!

Ya más cerca, sorprendida, dijo Marta:

—Es una mujer la que lo tripula. . . . Miren qué perro tan grande le acompaña. Qué precioso traje viste.

Cuando el bote estaba cerca del velerito, la joven se paró y tomando una pelota la tiró al agua, el perro fué a cogerla.

Pedro, deslumbrado por la belleza de la muchacha, exclamó:

—Ave María Purísima, qué melena tan preciosa!....
¡Qué cuerpo tan lindo!..... Qué tez tan rosada y tersa!
....Quién será esa encantadora Nereida!

En ese momento, la joven miró a los del bote y al ver a Enrique, cuyo brazo aún ceñía la cintura de Celeste, dió un grito.

Enrique, al oirlo la miró sobresaltado y al punto, masculló:

—¡Gisela!

Por su cerebro cruzaron atropelladamente las escenas del jardín, vió a Gisela entre sus brazos rendida de amor. Recordó las muchas pruebas de amor que ella le había dado y se conmovió. Tenía los ojos fijos en la angustiada joven, en cuya mirada había una mezcla de tristeza y de soberbia. Celeste advirtió que ella lo miraba de un modo extraño, luego, vió en sus ojos fulguraciones pasionales y algo recelosa preguntó a Enrique:

—¿Quién es esa mujer que te mira de un modo tan singular?

Enrique comprendiendo que era preciso romper definitivamente los lazos amorosos que le unían a Gisela, para salvar su situación frente a Celeste, besando a ésta en las mejillas, le dijo:

—No sé; parece que me ha confundido con otra persona.

Luego, quitando los remos a Pedro bogó con fuerza hacia el interior de la isleta.

Gisela percibió su gesto y lanzando al agua un dije que llevaba sobre el corazón, profirió estas terribles palabras:

—Maldito amor, te arrancaré de mi corazón aunque tenga que destrozario.

El ídolo cayó estrepitosamente de su pedestal!....

Y la goletica blanca como un ave espantada velozmente se alejó de la "Matica".

Momentos después Enrique y sus compañeros se bañaban en el Canalito.

LLAMAS DE PASION

La mayoría boyando se dejaban arrastrar por la corriente hasta la entrada de la isla. En una ocasión que Enrique llegó hasta el sitio donde la goletica estuvo parada, le llamó la atención un objeto que brillaba en el fondo y al tomarlo vió que era el dije de Gisela. Entonces conmovido, murmuró:

—¡Pobre muchacha! He sido cruel con ella; pero qué podía hacer, si el destino, como siempre inexorable y frío, la enfrentó a Celeste!

En ese instante, procedente de los jardines celestiales, asomó en el Oriente, una gigantesca mariposa en cuyas alas habían pinceladas de fuego, de rosa y de plata. Sus antenas eran doradas y su cuerpo azul como el zafiro. Iba hacia el ocaso iluminada por los débiles resplandores de un sol agonizante!

Enrique al verla, recordó aquel hermoso celaje que describiera en la playa de Haina y por segunda vez pensó con tristeza en Gisela. Luego, volviendo a la realidad, murmuró:— Ella fué en mi vida un hermoso celaje. Mas, como celaje al fin, se desvaneció para siempre.

Venus fulguraba en un cielo despejado cuando hacían su entrada a la Capital los excursionistas.

Algunos días más tarde Celeste vestía el traje nupcial y Gisela, en unión de Anatole, viajaba con rumbo a Buenos Aires.

FIN

UNA MUJER INTERESANTE

UNA MUJER INTERESANTE

I

En una hermosa mañana del mes de mayo del año 1947, bajo un frondoso árbol de mango, se sentaron, en torno a una mesa repleta de botellas y de manjares, un joven muy rico nombrado Leandro, un pintor, un músico, un periodista, un declamador y un poeta... A Leandro, que era el anfitrión, tocó elegir el tema de charla, quien propuso la poesía.²

Inmediatamente llovieron los comentarios sobre la obra literaria de los grandes poetas y entre juicio y juicio brotaba de cada labio una poesía.....

Todos los corazones se emocionaron profundamente al escuchar de labios del declamador: "ANIKUILAMIENTO", sentimental poesía de Gastón Deligne. Y aquel estado de ánimo se dilató aún más cuando, con doliente acento, el mismo declamador recitó la elegía de Espronceda titulada: "A JARIFA EN UNA ORGIA".... Al punto sirvió de antídoto: "UN PASAPORTE DADO EN TIEMPO DE LA ESPAÑA VIEJA", del célebre Juan Antonio Alix, recitado con mucha gracia por el poeta.

Cuando se habló del poeta Emilio García Godoy, recitaron sus bellas poesías: "Traje Rojo" y "Mar y Roca".... Después, al hacerse la crítica de la obra literaria del poeta Fabio Fiallo, el músico recitó "For Ever".

Del campo florido de la lira pasaron al de la prosa. Entonces, como por arte de alquimia, surgieron con sus des-

lumbrantes fantasías, sus grandes pasiones, sus sublimes rebeldías y formidables humorismos, los Dumas, Balzac, Dickens, Galván, Delmonte y Tejada, Joaquín Balaguer, Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro y Néstor Contín Aybar, Ramón Emilio Jiménez, Oscar Delanoy, Montalvo, Ingenieros, Zweig, Cervantes, Quevedo y otros notables escritores.

Agotado este tema, invadieron el campo de la música y el maestro, haciendo galas de su vasta cultura en la materia, habló sobre la V Sinfonía del excelso Beethoven; sobre las óperas: "EL BARBERO DE SEVILLA" y "AIDA", de Rossini y Verdi, respectivamente. Luego, girando la lente de su vigorosa imaginación, enfocó la figura del inmortal Bellini, calificándolo del más genial intérprete de la ternura y de la delicadeza. Después, con el mismo entusiasmo, habló del virtuoso Paganini y del erudito Bach. Llamando al último "MAGO DE LA PROGRESION ARMONICA".

Aprovechando un respiro del músico, Leandro miró su reloj y al ver que eran las doce, a. m., dijo a sus compañeros:

—Señores, ya es hora de almorzar.

Inmediatamente hicieron honor a la mesa.

Una hora después, reanudaron la charla, recayendo en esta ocasión sobre la pintura. . . . El pintor hizo la crítica de: "LA SAGRADA FAMILIA" y del "JUICIO UNIVERSAL", de Miguel Angel, terminada la cual, pintó con vivo colorido las emocionantes escenas que viviera el artista en los jardines del palacio de Lorenzo de Médicis y en la Capilla Sixtina. . . . Acto seguido, se refirió al divino Rafael, junto al cual fulguró nimbada de un halo trágico, la romántica figura de MARIA BIVIANA. . . De pronto intervino el preriologista, para hablar de "LOS BORRACHOS", de Velázquez, de "LA RONDA NOCTURNA", de Rembrandt y de "EL RAPTO DE EUROPA", de El Veronés. . . . En este punto se apoderó de la palabra el pintor y después de hablar ampliamente sobre los cuadros más famosos de El Ticiano, dijo:

UNA MUJER INTERESANTE

—Este hombre era admirable, no tan solo por sus prodigiosas facultades artísticas, sino también por su gentileza, como se colige de su rasgo frente a la soberana de Ferrara.

—Yo nunca he oído esa anécdota de su vida... Cuéntala, exclamó el músico.

—Con mucho gusto—respondió el pintor. Y para que no pierda la belleza de su colorido, trataré de reproducir textualmente las palabras que se cruzaron entre la Soberana y el Artista en aquella memorable ocasión.

—¡Muy bien!... Escuchamos.

—Comienzo:... En Venecia, una joven muy bella, nombrada Lauretta, para ayudar a sus padres, posaba para El Ticiano.... Doce años después, el artista fué llamado por el soberano de Ferrara, don Alfonso, quien, para inmortalizar la singular belleza de su esposa, deseaba que El Ticiano, tomándola como modelo, pintara una Venus.... El artista, al recibir el encargo, por respeto a la soberana, se negó, mas, como el duque se lo ordenara, accedió... En el mismo instante, el soberano ordenó a un paje conducirlo al salón donde le aguardaba la duquesa... Al pisar el umbral de una de las puertas del regio salón, fascinado por el esplendor y belleza del cuadro que se ofrecía a su vista, el artista se detuvo... Nunca había visto cosa tan maravillosa!... Al notar su vacilación, un paje, fué a su encuentro y..... tomándole de la mano le llevó a presencia de la soberana. Las damas de honor y los pajes pusieron a mano del artista, pinceles, paleta, colores y caballete. Hecho lo cual se retiraron. Al punto, con extraordinario ardor y entusiasmo, comenzó El Ticiano a trabajar... Cuando el artista cambió las primeras palabras con su regio modelo, dijo para sí:

—Yo he oído esta voz y he visto este rostro, pero no sé dónde ni en qué época... Y desde ese momento aquella idea le preocupó... Cuando, después de muchas súplicas, la duquesa despojóse de sus ropas, El Ticiano, lleno de asombro, exclamó:

—“Al fin... es usted!

—“Soy yo, su modelo.... su Laretta.... Ingrato...
¿Me había olvidado usted ya?

El artista, como si no hubiese oído sus palabras, murmuró:

—“No salgo de mi asombro.... la hija del pobre Zuanetto!....

La duquesa, agregó:

—“Que iba a servir de modelo por un pedazo de pan en su taller de Venecia, es la soberana de Ferrara... Y lo que hay de más asombroso en esta asombrosa aventura es que su antiguo dueño y señor se haya obstinado en no querer reconocer a la duquesa de Ferrara hasta que ésta ha descendido de nuevo a su humilde condición de modelo”.

—“Y cómo ha podido usted llegar”...?

—“A casarme con don Alfonso?... Es muy sencillo: Me vió, me amó y me tomó por mujer”.

—“Y os ama, yo tengo la prueba”...., dijo El Ticiano.

—“Me adora... Desde el día que llegó Ud. a Ferrara, me ha molestado continuamente por lograr este retrato... Yo resistí lo que pude, pero al fin tuve que ceder para no hacerle desgraciado... Dios sabe lo que yo temía este momento, porqué!....

—¿“Por temor”?

—“Por vergüenza”.

La duquesa suspiró y El Ticiano, vivamente emocionado, le dijo:

—“Vamos, señora, volved a tomar vuestras ropas y colocaos el prendido. El boceto es ahora inútil y lo acabaré más tarde.... En mi taller tengo un retrato vuestro tal como el duque lo desea. Quiero pintaros para vuestros súbditos, y puesto que la SUERTE HA PUESTO UNA CORONA SOBRE VUESTRA FRENTE, NO SE DIRA QUE YO OS HE PRIVADO DE ELLA, NI AUN EN PINTURA”!

Dos días después de pronunciar estas palabras El Ticiano, para librar de su presencia a la soberana, salió de Ferrara.

—¡Magnífico gesto!... exclamó el periodista. Al punto, apoderándose de la palabra, Leandro dijo:

—Esa gallarda y notable acción de El Ticiano, trae a mi memoria una noche... y una mujer!... Fué una noche plena de emociones y de romanticismo... ¡Y qué mujer aquélla!... ¡Qué interesante!... ¡Qué hermosa!... Qué culta!... Si no temiera fatigarles les hablaría de aquella noche y de aquella singular mujer!...

—Ardeamos en el deseo de oírte, Leandro, —dijo el declamador.

—Sí, si, queremos conocer esa aventura... Debe ser interesantísima! —agregó el periodista.

—Muy bien dicho, robusteció el pintor.

—Comienza pronto, Leandro,—exclamó el músico.

—Gracias, mis caros y buenos amigos, exclamó Leandro, y tras un segundo de meditación, dirigiéndose al poeta, al declamador y al músico, dijo:

—Seguramente Uds. recordarán a Consuelo.

—¡Y cómo no recordarla, si en compañía de ustedes pasamos horas tan gratas!—exclamó el poeta, luego, dirigiéndose a sus compañeros, agregó:

—Se trata de una cubanita lindísima que fué amante de nuestro querido anfitrión.

—Y que por mucho tiempo, —dijo el declamador,—tuvo a este tenorio bajo el hechizo de sus embrujadores ojos!... Ojos negros y hermosos como soles!... Ojos de miradas dulces y soñadoras!... Ellos llenaron de ilusiones y de encantos la vida de Leandro!... ¿No es verdad, amigo?

—Es cierto,—respondió Leandro, con cierto dejo de amargura,— pero ya apenas la recuerdo... Una borrasca pasional arrancó de mi corazón el rosal de amor que ella había sembrado en él... Pues bien, esa muchacha era excesivamente curiosa... Muchas veces la sorprendí atisbando a los vecinos... Esa costumbre estaba tan arraigada en ella que todos los esfuerzos que yo hacía para quitársela resultaban inútiles...

En noviembre del 1939, alquilamos un departamento de una casa antigua... El mismo día que lo ocupamos, mientras cenábamos, en el otro departamento, una mujer rompió a cantar el "Ave María", de Gounod. Su voz era tan dulce, que me produjo un sublime deleite... Por su timbre limpio y sonoro, deduje que era una joven en plena floración... Más tarde, la oí cantar algunos trozos de óperas, recitar poesías de Pedro Mata, de Rubén Darío, de Juan Bautista Lamarche, de Amado Nervo y contar con encantadora gracia, algunos cuentos.

...Atraído por su inteligencia y por su gracia, quise conocerla y ninguno de Uds. puede figurarse lo que yo, todo un caballero, hice para lograr mi propósito... A ver, ¿quién de Uds. sería capaz de adivinarlo?

—Esa es una adivinanza infantil,—exclamó el periodista... El punto de reunión familiar en la noche es la sala... Tú vivías al lado de ella... Una noche tanto pasaste por su puerta que al fin la viste sentada en la sala.

—Fallaste,—le respondió Leandro.

—Tú llegaste a su casa con algún pretexto—dijo el pintor.

—Fallaste tú también.

Entonces, el músico, que estaba bastante bebido, le dijo:

—Mira, Leandro, la cosa fué muy sencilla para tí... ¿Recuerdas la mata de limoncillo que había en el patio de tu casa?

—Sí, pero qué tiene que ver esa mata con mi pregunta?

—Ah!, cuántos tragos nos bebimos a su acogedora sombra!... ¿Recuerdas?... Pues ahí va: Tú te trepaste en ella y desde la rama que caía al patio de la vecina, te pusiste a mirar para el interior de su casa hasta que la viste.

—Ja, ja, ja, ja, rieron todos.

—Ja, ja, ja... Qué ocurrente es este buen amigo... Qué espanto se daría la vecinita al verme entre el follaje....

Ja... ja... ja... De seguro pensaría que yo era el diablo!
...Ja, ja, ja....

El músico, algo corrido, gritó:

—Bueno, nos damos por vencidos, dí lo que hiciste.

—Bien, bien, Uds. recordarán que hace algunos minutos les hablé del hábito que tenía Consuelo de curiosear..., pues bien, al día siguiente de nuestra mudanza, como a eso de las diez de la noche, la encontré mirando por una pequeña hendidura que había en la puerta de comunicación entre el aposento de la vecinita y el nuestro... Al notar mi presencia, Consuelo se sorprendió, mas, al punto, dominada por su odiosa pasión, me pidió con la mano, que me acercara a ella y ya a su lado susurró:

—Mira, qué cuadro tan bello.

Aquella singular invitación me causó repugnancia, mas era tanto el deseo que yo tenía de conocer a la vecinita que, desechando mis escrúpulos, caí en pecado... Mirando por la hendidura, ví un espectáculo que, por su belleza y originalidad, era digno del pincel de Velázquez...

—¡Oh, cuánto me interesa la descripción de ese cuadro!—exclamó el pintor.

—Pues, escúchala:—le respondió Leandro.....En un lecho adornado con un cobertor de raso azul, tendida en una pose verdaderamente artística, dormía la adorable muñequita cuya voz me había fascinado... Junto a una de sus manos se veía una preciosa bata de dormir, de lo cual colegí que en el momento en que iba a ponérsela, el sueño la rindió... Gracias a esa travesura de Morfeo, pude contemplar a mi gusto la excepcional belleza de aquella joven.

—Describela, describela, mi querido amigo!...—suplicó el pintor.

—No te precipites buen pintor y escucha:—Su blonda cabellera, como una hermosa flor de oro embellecía la almohada... En el rojo capullo de su boca retozaba una sonrisa angelical... Sus pechos firmes, fragantes y pequeños, remataban en dos botones rosados... Sus albas manos suge-

rían dos lirios... Y su cuerpo... Oh!, qué cuerpo el suyo!.. En él puso la naturaleza toda la lozanía, toda la belleza y toda la fragancia que palpita en su fecunda y prodigiosa entraña!... Tenía cuerpo de Venus!...

—¡Oh!, qué estupenda... Qué buen modelo... —exclamó el pintor.

—Calla y escucha pintor amigo:

—Prosigue, que estoy gozando un mundo!

—Ante aquel maravilloso espectáculo quedé hechizado... Al punto invadió mi corazón un sentimiento nuevo: amalgama de misticismo y de mundanal deseo... Cuando por efecto de una noble reacción, recordé que estaba cometiendo un acto censurable, tomé a Consuelo del brazo, la llevé al lecho y le supliqué que se acostara, hecho lo cual, fui a la sala, apagué la luz y me recliné en un sofá... Súbitamente mi cerebro comenzó a fantasear:.... Ví su alcoba transformada en regio salón y su lecho en mullido diván. Su blonda cabellera, como una lluvia de oro, caía sobre un cojín de terciopelo escarlata. Lucía un traje de tul blanco. Las doncellas más preciosas que pueda concebir la imaginación, le servían con presteza y amor... Dos rubias, con abanicos de vistosas plumas, le echaban fresco... Una graciosa morena tocaba un arpa... Sobre la alfombra de Oriente que amortiguaba el ruido de las pisadas, habían muchas flores... Flores tan bellas y extrañas que se me ocurrió pensar que procedían de los jardines celestiales donde la aurora toma sus bellas galas... En los extremos del salón se veían lujosos pebeteros de los cuales brotaban delicados perfumes.

—¡Magnífica visión!....—exclamó el pintor....Y qué pasó después?

—Se fué desvaneciendo....Y me quedé dormido.

* * * * *

Como habíamos puesto nuestra casa a las órdenes de los vecinos, al tercer día de haberlo hecho, éstos empezaron

a visitarnos. La vecinita fué la primera en hacerlo. Entonces supe que se llama Ana. Era sumamente despierta, inteligente y agradable... Desde esa noche, Consuelo y ella se hicieron amigas y bastó poco tiempo para que fueran inseparables... Como Consuelo tenía bonita voz, muchas veces cantaban a dúo... Cuando lo hacían yo gozaba lo indecible! ...De esta suerte nuestra casa se convirtió en un paraíso para mí... Apenas salía... Pero... fatalmente el destino acechaba!... Y un día, Ana fué llorosa a casa. Consuelo, alarmada, le preguntó:

—¡Por Dios, ¿qué te pasa?

—Verás: Pablo acaba de perder su empleo y se le ha metido entre ceja y ceja irse para New York... Como el dinero que tiene economizado apenas le alcanza para cubrir sus gastos de viaje, piensa irse solo y desde allá, cuando le sea posible, enviarme para mis gastos de viaje. Hace algunos días mi primo Juan regresó de esa ciudad a causa del desempleo; esta circunstancia me hace pensar que Pablo va a cometer un disparate... Le he suplicado de rodillas que no haga ese viaje; pero todo ha resultado inútil!...

—Ana,—dijo Consuelo,—tal vez Pablo sea más afortunado que tu primo... Déjalo marchar...., y no te apures, que en caso de necesidad tú nos tienes a nosotros... ¿No es verdad, Leandro?

—Ya lo creo... Nosotros estamos completamente a sus órdenes y le serviremos con mucho gusto.

—Así fué como Ana permitió a su marido irse para New York... Hoy me pesa haberme metido a dar opinión, pues la pobre vecinita se perjudicó por nosotros.

¿Y por qué se perjudicó?—preguntó el periodista:

—Verás: Pablo partió para New York. En el momento de la despedida hubo lágrimas, besos y sinceras promesas... Mas, al mes de haberse ido, todavía Ana no había recibido la primera carta suya... Al terminar el segundo mes tampoco había podido leer una sola línea escrita por él. La pobre muchacha estaba desesperada..... Ya debía tres

meses de alquiler, pues Pablo al salir para New York, había dejado un recibo pendiente de pago... El dueño de la casa procedió judicialmente contra él... La pobre joven se estaba volviendo loca... lloraba sin cesar... Consuelo, cuando la oía sollozando, iba a consolarla... Un día se presentó un Alguacil acompañado de dos polizontes. Iban a desalojar la casa!... Consuelo se apresuró a pedirles un plazo de unos minutos y ya obtenido corrió al teléfono y me informó lo que estaba ocurriendo. Inmediatamente le ordené pasar los muebles para casa y darle albergue a la pobre vecinita... Así lo hizo Consuelo... Cuando llegué a casa la encontré abatida... Después de eso pasó otro mes sin que Pablo diera señales de vida, por lo cual ella, en contra de nuestros deseos, resolvió irse a vivir con sus padres, quienes a la sazón vivían en el Cibao.

—¡Pobre muchacha!—exclamó el pintor.

Después de un corto silencio, Leandro, con acento triste, prosiguió:

—Apenas habían transcurrido unos veinte días de su partida, cuando, de un modo inesperado, surgieron entre Consuelo y yo tan graves disidencias que éstas dieron al traste con nuestra unión. Esto ocurrió en el mes de marzo del 1940 y desde entonces se inició para mí un período de terribles inquietudes... Me moría de pena... Tenía los nervios destrozados... Papá me aconsejó que tomara unas vacaciones. Las tomé y fui a conocer el Cibao... La Semana Santa me sorprendió en Moca... En esa ciudad, desde el miércoles quedaron paralizadas todas las actividades de carácter festivo y ni aún en los barrios bullangueros se oía música... parecía que sobre el pueblo pesaba el dolor de una espantosa tragedia... Acosado por tan pesado ambiente, partí en la mañana del jueves, para Santiago y como allí se respirara la misma atmósfera, resolví seguir hacia Puerto Plata... Esta determinación la tomé mientras, cargado de hastío, caminaba por una calle desierta... Al llegar a una esquina, desde la cual se dominaba perfectamente la facha-

da de la Iglesia Mayor, me puse a examinar su arquitectura. En ese momento sonaron siete campanadas... De pronto alguien pronunció mi nombre. Busqué con la mirada y ví que, tres jóvenes, se acercaban a mí con cierta precipitación. Al instante la alegría inundó mi corazón: Una de ellas era Ana!... Fué tal mi entusiasmo que, sin darme cuenta de lo que hacía, le dí un abrazo... afortunadamente ella hizo lo mismo conmigo!... Seguido, Ana, me presentó a las jóvenes que la acompañaban... Luego, me dijo:

—Si Ud. quisiera acompañarnos a casa.

—Con mucho gusto, Ana, le respondí. Al punto ella exclamó:

—Oh!, qué contentos se van a poner Luis y mi tía al conocerle...., les he hablado tantas veces y en términos tan elogiosos de Consuelo y de Ud. que siempre han deseado conocerles.

—Gracias, Ana.... Para mí será un honor estrechar sus manos.

No bien habíamos iniciado la marcha, cuando Ana me preguntó:

—¿Cuándo llegó Ud.?

—En la mañana de hoy, le respondí.

—¡Supongo que no es la primera vez que Ud. viene!— exclamó una de las jóvenes, que nos acompañaban.

—Pues sí, señorita...., esta es la primera vez que mis ojos contemplan a las encantadoras princesitas que embellecen esta hidalga ciudad.

—Ja, ja, ja, qué galante!.... ¿Y qué tal le ha parecido el pueblo?

—¡Encantador!.... ¡Es un jardín de flores maravillosas!....

—Muchas gracias, por lo que a nosotras toca.

En ese momento, habló Ana, para preguntarme:

—¿Qué es de Consuelo?... ¡Hace tiempo que no me escribe!

—¡CONSUELO!, CONSUELO...!— musité con acen-

to tan amargo que, Ana, mirándome con sobresalto, me preguntó:

—¿Le ha sucedido algo?....

Y como yo guardara silencio, ella exclamó con acento angustiado:

—Leandro, no me oculte, por Dios, la verdad, pues todo lo que toca a Uds. me interesa como cosa propia.

—Entonces brotaron de mi alma estas dolorosas palabras: Consuelo se fué!.... Ahora vive con sus padres en Santiago de Cuba.... Nos disgustamos... Todo ocurrió de un modo tan violento que aún me parece mentira nuestra separación!.... Y lo más extraño de todo es que aún la quiero entrañablemente.

—¡Oh!, qué sensible es lo que Ud. me informa!.... Dos personas que se querían tanto y que eran tan felices... Uds. deben arreglarse...

—Mire, Ana, yo la quise con un amor y una sinceridad poco común... La amé apasionadamente.... La adoré como a una virgen.... La traté como a un ser excelso.... Ella era mi única ilusión en la vida!....

—Lo sé, Leandro.... Y también estoy segura de que ella le adora.... Una sola palabra suya bastaría para su reconciliación.... ¿Por qué no le escribe-

—Ya lo hice y todo resultó inútil.... Ni.... siquiera contestó mi carta!

—¡Qué extraño es todo lo que usted me dice!

—Y lo encontraría aún más raro si usted supiera que entre nosotros no ocurrió nada... Tal vez... alguno de esos.... petimetres que andan cazando corazones...

—Imposible.... Ella es una muchacha muy juiciosa, Leandro..... Deseche esa idea tan absurda... todo fué obra del destino.

—Es verdad... ella nunca me dió motivos para celos!

—¡Qué lástima!..... ¡Parecían tan felices!—volvió a repetir Ana....

Leandro hizo una pausa. Después agregó:

—En verdad, señores, éramos felices... Pero ustedes saben que en cada encrucijada de la vida nos esperan sorpresas terribles!....

—¡Así es la vida!—exclamó el poeta.

—Bien, bien, no debo desviarme,—murmuró Leandro... En el momento que Ana pronunciaba la última palabra, llegamos a su casa... Las jóvenes que nos acompañaban se despidieron de nosotros... Entramos a la casa... Ana me presentó a su tía, la cual tenía cara de Dolorosa... La buena señora, después de expresarme su reconocimiento por los servicios que tanto Consuelo como yo habíamos prestado a su sobrina, me dijo:

—Hacen tres días que pasé por la pena de perder a mi hijo de crianza. Y tras estas palabras hizo el panegírico del difunto. Terminando con estas angustiosas palabras:

—Creo que no podré sobrevivir a esta terrible desgracia!... Inmediatamente comenzó a llorar... Aquel sombrío cuadro me produjo un inmenso desaliento y al punto resolví despedirme tanto de la tía como de la sobrina y al efecto les dije:

—Me apesadumbra mucho la triste noticia que Ud. me acaba de dar y espero que Dios le dé resignación... Ese es el camino que todos, tarde o temprano, hemos de seguir... ¡Que Dios acoja en su seno el alma del difunto... Y tras un corto intervalo, agregué:

—Bueno, lamerito tener que despedirme tan pronto de Uds.

Ana, algo sorprendida, exclamó:

—Cómo, ¿se marcha usted ya?

—Es que aún no conozco ni el puente ni la fortaleza y pienso seguir, en la mañana, viaje para Puerto Plata.

—¡Ah!, ¡qué lástima!—murmuró Ana, con tono amargo, agregando inmediatamente:— Lo malo es que a estas horas le será difícil conseguir un muchacho que le sirva de Cicerone, pues aquí son como las aves, desde que oscurece se acuestan.

—Entonces tendré que irme sin conocer esas importantes obras.

—¡Oh!, eso es imposible!,—dijo Ana, precipitadamente, luego, fijando la mirada en la señora:

—Tía, como Ud. me dió permiso para que fuera a dormir esta noche donde Luis, y la fortaleza queda a un paso de su casa, si Ud. me lo permite, llevaré a Leandro al puente y desde allí a la fortaleza y de ésta pasaremos a la casa de Luis... Todo lo haremos en menos de una hora.

La buena señora aceptó, y después que nos despedimos de ella, salimos con rumbo al puente. Por el camino, Ana me dijo:

—Ha sido un milagro nuestro encuentro... pues, casualmente, estaba pensando ir a la Capital para pedirle un favor... Yo sé que usted es íntimo amigo del Secretario de E. de Relaciones Exteriores... Ojalá que Ud. me pudiera ayudar a conseguir que pidiera informes al Consulado en New York sobre el paradero de Pablo... Tengo tanta necesidad de saber dónde y cómo se encuentra!...

—¿Pero es que aún no ha recibido usted carta de su esposo?—le pregunté, sorprendido.

—No, es un misterio... Han pasado cinco meses de su partida y aún no he recibido la primera carta suya... Imagínese Ud. lo que habré sufrido!... A veces me asalta el temor de que le haya ocurrido alguna desgracia; otra me desespera la idea de que alguna vampiresa... se haya cruzado entre nosotros... ¡Si Ud. quisiera ayudarme!...

—Ana, le respondí, para mí será muy placentero prestarle la ayuda que me pide... Tan pronto como regrese a la Capital hablaré con el Secretario sobre el caso de Pablo...

Entonces, ella muy animada, exclamó:

—¡Oh!, Leandro, Ud. no sabe cuanto le agradeceré este nuevo favor.

Y tras estas breves palabras guardó silencio. En sus pestañas de muñeca, cual cristalinas gotas de rocío, brilla-

ron dos lágrimas... Su aflicción me enterneció y tratando de apartar su pensamiento de recuerdos tan ingratos, le hablé de cosas alegres.

* * * * *

Llegamos al puente... Apoyándonos en el pretil nos pusimos a contemplar el río, en cuya superficie se veía la luna. El rumor de las aguas llegaba hasta nosotros mezclado con el chirrido de los insectos. La ribera estaba llena de luciérnagas y estas al cruzar de un lado para otro ofrecían un espectáculo fantástico. El ambiente era incitante: Silencio, soledad y luz de plata!... Sin darnos cuenta, nos habíamos situado uno tan cerca del otro, que, al menor movimiento que hiciéramos, se rozaban nuestros brazos... De pronto estalló un beso!... Seguido hirió nuestros oídos un voluptuoso jadeo... Movidos por la curiosidad miramos hacia abajo y con asombro vimos una pareja que, como tortolitos, se hacían el amor... Ana se estremeció... Y yo, al sentir el calor de sus brazos, experimenté una deliciosa sensación.

—Y esa sensación de voluptuosidad te hizo perder la cabeza... y...ya sin ella... hiciste lo que Sexto Tarquino... —exclamó el músico.

—Te equivocas... Aquel beso y aquellos suspiros no me causaron el efecto que tú dices... Lo único que sentí fué el deseo de pasar la noche acompañado...

—Tienes razón, don Juan!... resulta una inocentada querer pasar la noche... haciendo cuentos con una mujer joven y hermosa!... Ja, ja, jaaaa!...

Las palabras del músico contrariaron a Leandro, quien, algo exaltado, dijo:

—En verdad, todos Uds. pensarán como este suspicaz musiquillo, que el deseo que me dominó en aquel momento fué engendro de vulgar lascivia, mas les aseguro que no recibí la inspiración de la bestia... No, señores, fué algo muy distinto lo que despertó en mí ese anhelo... Tal vez... fué

el deseo de no pasar la noche solo, pues, no sé porque raro fenómeno psíquico aquella noche la soledad me producía cierta desazón.

—Pero, al fin, ¿le comunicaste tu ingenuo deseo?—preguntó impaciente el músico.

—No me atreví... Aquella idea me pareció tan absurda que al instante la deseché.

—¡Anda al Diablo!... ya solo te faltaba tomar un hábito y pedir al Papa tu beatificación!... Señores, cuando los hombres se convierten hacen milagros, y en votos de castidad ni las monjas les'ganan!... Miren, que este Leandro era un calavera... y ahora... ya lo oyen: UN SANTO:... Ja, ja, jaaaaa! Bueno, Leandro, al fin, ¿qué hiciste?

—Nada... nada, músico endemoniado... nada!...

—Gracias por tan lisonjero calificativo!...—masculó el músico.

—Leandro, no le hagas caso a este chiflado y sigue—suplicó el pintor.

—Al comprender que era imposible la cristalización de mi deseo, me llené de tristeza... Entonces aquel ambiente me pareció hostil, y, tomando del brazo a mi gentil compañera, le dije:

—¡Vámonos pronto!... Y mientras la luna ocultaba su nacarada faz tras un cúmulo blanco, como dos almas en pena, nos alejamos del puente... Y desde entonces, me imagino que aquel monstruo de acero, es un viejo avaro que guarda celosamente un tesoro de secretos amorosos!

El músico, poniéndose de pie y gesticulando como un poseído, gritó:

¡Qué forma de proceder tan extraña!... Uds. saben lo que es verse en un sitio tan propicio para el amor con una mujer tentadora y no decirle siquiera: NIÑA HERMOSA, QUE OJOS TAN LINDOS TIENES!...

—En verdad, es raro,—corroboró el periodista... Yo le hubiera hecho el amor.

—Y yo,—dijo el músico— la hubiera invitado a dar

una vueltecita por la ribera y allí ni Dios la hubiese salvado de mis garras!

—¡Basta ya de prosaísmo... o no sigo!—gritó Leandro.

—Pues, adelante, don Quijote...—masculló el músico.

—Sí, sí, Leandro, perdona nuestras impertinencias y prosigue,—suplicó el periodista.

Ya algo sosegado, Leandro continuó:

—Del puente nos dirigimos a la fortaleza... En el trayecto, al pasar cerca de un restaurant, se me ocurrió invitarla a tomar unas copas de champagne... Ella aceptó... Entramos... Media hora más tarde habíamos consumido la primera botella... De repente, Ana, agitando su hermosa cabellera, con voz angustiada, exclamó:

—¡Oh!, si pudiera librarme de estos negros pensamientos que me matan! Si pudiera cantar... ¡ Si pudiera reir...! y sobre las alas del pájaro azul de la quimera, volar hasta un mundo donde todo fuera risueño, donde abundaran las flores,... donde solo se escuchara el alegre trinar del ruiseñor... Y en cuyo cielo hubiese, en cada amanecer y en cada puesta de sol, una fiesta de colores!

Sus palabras me arrebataron y, en un raptó de delirante entusiasmo, le tomé las manos y con voz emocionada, le dije:

—Ana, yo también siento ansias infinitas de remontar el vuelo hacia regiones encantadas... Además, quisiera poder gozar de una noche llena de entusiasmos juveniles... Si Ud. quisiera...

Ella, al oír mis palabras, librando sus manos de las mías, con cierta arrogancia, me preguntó:

—¿Si yo quisiera, qué?

Ante su pregunta, vacilé... sentí vergüenza... Entonces las palabras con que iba a proponerle que pasáramos la noche juntos, se ahogaron en mi garganta y, para salir del paso, le dije:

—Evitar que la nostalgia cubra con su sombría clámi-

de nuestras almas... Hacer brotar de sus fragantes labios la risa... Esa risa suya que tanto me encanta!... Evitar que sus lindos ojos se empañen con el tibio rocío que brota de su alma atormentada!... ¿Quiere?

—Comprendo... trataré de complacerle... Bueno, vámonos que se va haciendo tarde...

—Inmediatamente salimos del restaurant... Segundos después, al pasar por un parque en cuyo recinto había estacionada una victoria, Ana exclamó:

—Mire, qué curioso... una victoria!... Allá no se ven ni en pintura.

—Es verdad... Sin embargo hacen falta...—le respondí— Son tan apropiadas para pasear a la luz de la luna y en las tardes claras... Si Ud. supiera que ese coche trae a mi memoria los días más románticos que ha vivido el pueblo dominicano... Seguramente Ud. ha oído hablar de las corrida de toros, de los pollos enterrados, de las mascaradas, de los fastuosos carnavales y ha escuchado algunas de las canciones de Raudo Saldaña y de Escalan y de las poesías de Pellerano Castro (Bayron) de Fabio Fiallo y de Apolinar Perdomo.

—¡Oh!, sí, mi mamá me enseñó algunas canciones de Escalan y de Saldaña, y me ha hablado mucho sobre los rumbosos bailes de máscaras, y de los carnavales de aquella época... A mí me encanta recitar las poesías de los bardos que usted acaba de citar... Son bellas.

—Pues mire Ud., esa victoria es lo único que queda de aquellos románticos tiempos.

—¡Qué lástima!...—exclamó la joven.

—A propósito, ¿le agradaría dar un paseíto en ese coche?

—Si es su deseo.

Acto seguido ocupamos la victoria y nos pusimos a dar vueltas en torno del parque... Luego nos dirigimos a la fortaleza... Ya en sus inmediaciones, sugerí a la joven que, antes de ir a la casa de su hermano, fuéramos a pasear

por la avenida "Franco Bidó"... Ella aceptó... Llegamos a la avenida... La noche estaba preciosa. La luna parecía una gigantesca esfera de nácar sobre un inmenso paño de raso azul moteado de puntos luminosos. Ana, al fijar en ella sus divinos ojos, exclamó:

—¡Oh, qué linda está la luna!...; Qué noche tan encantadora!... Luego se puso a recitar "IDILIO ETERNO", de Julio Flores... Después, con triste acento, cantó "LA GITANILLA". Cuando terminó, le recité una poesía de Emilio Carrere, titulada "LA JOVEN DEL ARROYO". Ella volvió a cantar "LA GITANILLA". Ibamos encantados... De pronto, nos sobresaltó una violenta sacudida del coche: El caballo había caído de bruces... Incontinenti desocupamos el carruaje. Yo ayudé a levantar el animal... Luego, mientras el auriga apretaba la cincha al caballo, Ana, a la luz de un farol del coche, miró su reloj, y al saber la hora, algo sobresaltada se puso a examinar el sitio donde nos encontrábamos y después de haberlo reconocido, exclamó:

—¡Oh!, son las diez y media y nos encontramos a unos cinco kilómetros de la ciudad y a este paso no estaremos allá en dos horas!... Cochero, por Dios! ¡acabe pronto!... Oh!, Luis rabiará al verme... ¡Esto es terrible!..

El auriga terminó de apretar la cincha del animal. Subimos a la victoria.

El periodista, apoderándose de la palabra, exclamó:

—¡Terrible situación para la pobre muchacha!

—¡Bastante delicada!...—agregó el poeta.

—Pero muy propicia a los designios de Leandro—dijo con cierta picardía el músico.

—¿Y qué hiciste, Leandro, para sacarla de tan grave trance?—preguntó impaciente el pintor.

—Lo primero que se me ocurrió fué pedir excusas a la joven, por la parte que me correspondía en la falta cometida; después, como creyera que ella estaba equivocada en sus cálculos, con respecto a la distancia a que nos hallábamos de la ciudad, pregunté al cochero:

—¿A qué distancia nos encontramos del pueblo?

—A unos cinco kilómetros, señor.

—Entonces usted pensaba llevarnos hasta Ciudad Trujillo?—grité en un arrebató de ira.

—Bueno, señor, yo no podía virar sin antes haber recibido sus órdenes....—me respondió el cochero y comprendiendo que no le faltaba razón, me limité a decirle:

—Está bien, tenemos que regresar a toda prisa.

—Está bien, señor—respondió malhumorado el cochero y enfilando el carruaje hacia el pueblo, fustigó al caballo, el cual, como estaba estropeado, apenas aceleró el ritmo de su lento trotar.

* * * *

Al llegar a la ciudad oímos doce campanadas. Los restaurantes estaban cerrados y los parques oscuros. El pueblo dormía!.... Ante tan desconsolador espectáculo, Ana comenzó a lamentarse de nuevo....La situación era terrible!...Afanosamente yo buscaba un arbitrio para salvarla... Pero, después de mucho pensar, solo se me ocurrió que lo mejor era llevarla a la casa de su tía y explicar a ésta lo que había pasado, y al efecto, dije a la joven:

—Regresemos a su casa... Yo le explicaré lo ocurrido a su tía.

—Oh!, eso es imposible!... Aparecerme con Ud. a mi casa a estas horas sería un escándalo... Y mi tía ha sufrido tanto que no quisiera darle un nuevo motivo de pesar.... ¡se moriría de pena!...

Y tras un instante de expectación terrible, de nuevo habló:

—Sin embargo tendré que hacer como Ud. dice....vamos para casa.... ¡Qué desgracia!

Sus palabras me conmovieron profundamente..... Comprendí que tenía razón. Que no era justo que aumentáramos las penas que afligían a la buena señora... ¡No sabía qué hacer!... Ya estábamos a pocas cuadras de su casa.

UNA MUJER INTERESANTE

—Pero Leandro, por Dios, ¡cómo no se te ocurrió llevarla al hotel donde te hospedabas...! —exclamó el pintor nerviosamente.

—¡Eso mismo le pregunto yo! —dijo el periodista.

—Natural, esa era su oportunidad! —gritó el músico.

—Señores, no se precipiten, —suplicó Leandro.

—Bueno, bueno, sigue, dijo el pintor.

Y Leandro, prosiguió:

—Ya estábamos cerca de su casa, cuando recordé la lujosa habitación que yo ocupaba en el hotel X.

—Bueno, — gritó el músico arrebatando la palabra a Leandro, —las cosas se están componiendo!... Uf, qué buen filete de anchoa!...

—¡Por tu abuelita, no me interrumpas más! —gritó Leandro. Y como el músico le obedeciera, prosiguió:

—En el acto le dije:

—Ana, comprendo... Ud. tiene razón... Solo queda una salida, pero no le diré cuál es, sino después que Ud. me haya contestado la siguiente pregunta:

—Le escucho.

—¿Me tiene usted en el concepto de un hombre probo?

—¡Oh! Esa pregunta huelga!... si no hubiese estado segura de ello, a estas horas estaría durmiendo donde Luis.

Al oír sus palabras, hice detener el coche y al punto le dije:

—Entonces, escuche: —Yo ocupo, en el hotel X, un cuarto muy apropiado para nuestro caso... Es amplio, está equipado con dos juegos de aposento y hay una mampara de raso entre ambos... Y casualmente las habitaciones contiguas están desocupadas... A esta hora solo el portero nos verá entrar y bastaría un pañuelo para evitar que él vea su rostro... Si Ud. acepta, pasaremos unas horas muy agradables. Recitaremos, hablaremos sobre las bellas artes, tomaremos vino... En fin haremos de la noche día...

—No puedo..., no puedo!, Leandro... comprenda!—

me respondió Ana, mas, sin desmayar en mi propósito, le argumenté:

—Ana, estimo sus aprensiones, mas la única forma de evitar el escándalo es la que le propongo... Además, solo bastará un poco de estucia de su parte para salir bien de esta desgraciada situación... El hotel está a un paso de la Iglesia Mayor... A las cinco de la mañana la abren. A esa hora todo el mundo duerme en el hotel... Mi habitación está a un paso de la escalera... Ud. podría levantarse a dicha hora y esperar en la iglesia las ocho de la mañana para ir a su casa... Y con decirle a su tía que salió de la casa de Luis para la iglesia estaría todo arreglado... pues si mal no recuerdo, le oí decir anoche que esta era la primera vez que iba a dormir donde su hermano... ¿No es cierto?

—Si, así es... Además, como usted es un verdadero caballero, no perderé nada con quedarme en su habitación hasta las cinco. Apruebo la idea... vamos para el hotel.

—Guayyyyyyy!, ahora si se le dió la jugada!... ¡Qué fenómeno!... Ya lo suponía... es el mismo de ayer!

—¡Calla, músico infernal!...—gritó el pintor,— agregando luego:—Sigue, sigue, Leandro que está muy interesante la narración:

—Bien, bien...—exclamó Leandro— las palabras de Ana me llenaron de júbilo y por temor a que se arrepintiera, grité al cochero:— ¡Llévenos volando al hotel X!...

Minutos más tarde entrábamos en mi habitación. Incontinenti llamé... Ana se ocultó cuando sintió las pisadas del mozo de servicio. Cuando éste se puso a mis órdenes, le ordené traer dos botellas de champagne, bocadillos, etc. ... Mientras aguardábamos su regreso, Ana, con esa curiosidad tan propia de la mujer, se puso a examinar la habitación y sus anexos... Una de las cosas que más le agradó, fué el lujoso cuarto de baño que había a un extremo de la alcoba. Cuando advertí que el sirviente volvía, acudí a la puerta, tomé de sus manos los efectos y le di la propina... El mozo se fué muy contento... Nos acomodamos en torno

de una mesa que Ana había situado en el centro de la habitación... Descorché una botella y al alzar las copas brindé por la felicidad de mi gentil compañera... A lo primero Ana se mostró preocupada, mas, a la sexta copa volvió a ser la muchachita alegre y romántica que conociera en la Capital...y a la séptima, rompió a cantar, a media voz, su canción favorita: el "Ave María" de Gounod... y mientras su divina voz llenaba los ámbitos de la alcoba, yo me sentía transportado, en alas de la ilusión, a un mundo sublime... Al terminar la canción, en un raptó de entusiasmo, recité: "ESTIO", (de Julio Flores)... Seguido levantamos las copas y brindamos por el compositor y después por el poeta... Luego, ella cantó el aria de la locura de Lucrecia (de la Opera "LUCIA LAMMERMOORE"), de Donizetti... Cuando terminó, le pregunté si recordaba el "Viajero de Invierno", (de Schubert) y en respuesta comenzó a cantar sus tristes lieds, mas, no bien había terminado el segundo, cuando, con aire de extrañeza, me preguntó:

—¿Ud. recuerda el motivo que sirvió de inspiración a Schubert para componer esa maravillosa pieza musical?

—Oh!, sí!: en ella se evoca la figura de un hombre devorado por una pasión desesperada... Amó a una mujer y ésta, en cambio, le hizo sufrir crueles desengaños!... ¡He ahí mi propia historia!... ¡Mi tragedia!... Como ese triste peregrino voy por una senda brumosa muriéndome de pena y de frío!...

—¿Y Consuelo?—me preguntó Ana.

—¡CONSUELO!...! ¡CONSUELO!... Acaso ha olvidado Ud. que ella es el motivo de mi infortunio!.....

—exclamé con acento tan sombrío, que Ana, llena de pena, musitó:

—¡Ah!, ¡perdone!...

En respuesta, levantando la copa, exclamé:

—Vamos, Ana, brindemos por un futuro mejor!... Ya aquello pertenece al Diario de mi Vida..., todo se reduce a una ilusión desvanecida... La vida me ofrecerá otra

quimera de amor!... Brindemos por la mujer que el destino dirige hacia mí... En sus labios beberé la ambrosía de un nuevo amor!...

—¡Por ella!... exclamó Ana... Y hubo tanta sinceridad y tanto donaire en su gesto, que embriagado de entusiasmo, levanté de nuevo la copa y brindé:

—¡Por la mujer más inteligente, más hermosa y perfecta que mis ojos han visto... Por Ana!

Ella riendo a carcajadas, me dijo:

—¡Oh, Leandro, Ud. exagera... Parece que el vino le ha subido a la cabeza.

—Ana, de Ud. podría decirse mucho más!

—Gracias por su fina galantería... Ahora, acompáñeme a brindar por el caballero más cumplido que he tratado...; por Leandro!...

—¡Gracias, gracias, gentil amiga, por tan inmerecido elogio... Y ahora brindemos por Minerva!

—¡Por Minerva!...—repitió Ana.

Escanciamos el vino de nuestras copas... Luego seguimos bebiendo en silencio... De pronto, Ana dió muestras de fatiga y como se me ocurriera que un baño le haría bien, le dije:

—Ana, con esta canícula no le vendría mal un baño.

Ella se apresuró a responder:

—Sí, pero sería impropio de una dama...

Al oír su respuesta, le repliqué:

—Ana, no olvide que hace apenas un minuto, Ud. dijo que yo era un perfecto caballero... Vaya a refrescarse... Y diciendo estas palabras fui en derechura a mi cama y ya acostado, le grité:

—De aquí no me moveré sino cuando Ud. me lo ordene.

—¡Oh!, ¡qué hombre tan gentil es Ud., Leandro—exclamó Ana, y al punto desapareció tras la mampara.

—Segundos después el agua acariciaba sus secretos encantos... Y mientras su dulce voz deleitaba mi espíritu, tuve la ilusión de que, junto a una preciosa caída de aguas,

cantaba una Náyade... Súbitamente Ana me llamó... y como si me hubiese, repentinamente, acometido una fiebre, comencé a temblar... Su llamada despertó la bestia de la lascivia que dormía en mi interior!... ¡Y la bestia se encabritó!... Al punto la contuve y con paso vacilante, tembloroso, acudí a su llamada... Cuando llegué a la puerta del baño, estaba tan excitado, que me fué preciso apoyarme en el manubrio... y al contacto de mi mano la puerta comenzó a vibrar!... Entonces, en mi ardiente imaginación, aquel cuerpo inanimado, inflexible, frío, cobró vida!... Parecióme un sátiro agitado por bestial pasión!... Cuando Ana advirtió que la puerta trepidaba, llena de asombro exclamó:

—¡Oh!, ¡la puerta está temblando!

Al punto le dije:— No se apure, Ana, es mi mano la que le comunica las vibraciones.

—Cómo, ¿se ha puesto usted malo?

—Bueno, parece que el calor ha excitado mis nervios, le respondí, y hubo tal sofocación en mi voz, que ella aún más alarmada, suplicó:

—¡Por Dios!, Leandro, sea franco: ¿Se siente enfermo?

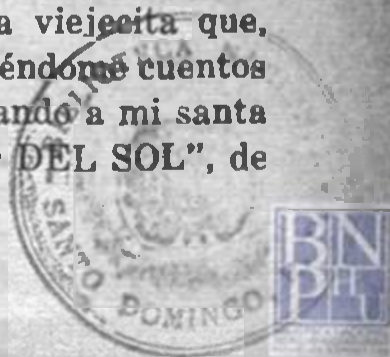
—No se preocupe..., solo estoy un poco nervioso—le respondí y para dar viso de verdad a mis palabras, haciendo un esfuerzo formidable, como Garrick, reí a carcajadas! Inmediatamente ella me dijo:

—Si es así, hágame el favor de pasarme una toalla por el tragaluz de la puerta. En el closet hay varias.

En un santiamén le dejé complacida y volví al lecho. Cuando Ana salió del baño, metióse en su cama y segundos después me dijo:

—Son las dos.... Ahora, me agradecería oír un cuento de hadas.

Aquel candoroso deseo me recordó a la viejecita que, en las noches de mi infancia, me dormía haciéndome cuentos de "Las Mil y una Noche". Entonces, remedando a mi santa abuelita, comencé a narrarle "EL PALACIO DEL SOL", de



Rubén Darío.... Al terminar el cuento, Ana, con voz emocionada, exclamó:

—¡Oh!, ¡qué cuento tan lindo!...—luego agregó:— Esta encantadora noche vivirá eternamente en mi memoria.

Al escuchar sus palabras, tuteándola por primera vez, le dije:

—Esta noche, una mariposa de alas tan bellas como la aurora, ha llenado de encantos esta habitación... Esa mariposa, adorable amiguita, eres tú!... Siempre te recordaré con cariño.

—¡Gracias, mi noble amigo!...—exclamó Ana, y tras estas palabras reinó el más profundo silencio en la alcoba... Minutos más tarde ambos dormíamos... En la mañana siguiente, desperté muy tarde y al recordar a mi amiguita, me levanté y al punto ví sobre mi mesa de noche una tarjetica. La tomé... Era de Ana y decía:

“LEANDRO. HE PASADO LA NOCHE MAS AGRA-
DABLE DE MI VIDA.... UD. ES DIGNO DE ADMIRA-
CION!.... DE MI GRATITUD DEJO PRUEBAS EN SUS
MEJILLAS.... LE DESEO UN VIAJE FELIZ... ANA”.

—De un salto me puse frente a un espejo y con asombro ví que en mis mejillas habían vestigios de pintalabios! ...;Entonces comprendí.....ME HABIA BESADO!....

—¡Oh!, ¡qué mujer más interesante!—exclamó el poeta.

Y el pintor, levantando su copa, gritó:

—¡Por Ana!

¡Por Ana!...—repetieron sus compañeros... Luego, el periodista, preguntó a Leandro:

—¿Y qué se hizo Pablo?

—¡Ah!, olvidaba decirles que tan pronto como regresé a Ciudad Trujillo, fuí a la Cancillería y allí supe que de New York, donde no consiguió trabajo, pasó a la América del Sur y..... parece que allí se lo tragó la tierra, pues jamás ha dado señales de vida.

F I N

MANUAL DE ARCHIVO

Hace algún tiempo que frente a la falta de una obra nacional, consagrada a la enseñanza de la Archivología en forma práctica y objetiva, nos propusimos preparar un **MANUAL DE ARCHIVO** y, al efecto, nos consagramos por entero a esta árdua labor, como resultado, en septiembre del año pasado, lanzamos al mercado dicha obra.

Al escribirla nos situamos a nivel con aquellas personas que por sus escasa preparación necesitan que se les hable con sencillez y claridad. De esta suerte, las explicaciones que damos en ella, el estudiante puede asimilarlas con facilidad y rapidez extraordinarias.

Las primeras lecciones están consagradas a la preparación de los Índices, Ficheros, Tablas, etc. que se usan en los archivos como auxiliares. Las segundas están consagradas a la enseñanza de los distintos sistemas modernos que se utilizan para la organización de los Archivos Comerciales e Industriales. Luego se pasa a explicar tomando como base los Archivos de la Dirección General de Estadística y de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, la organización de los Archivos Oficiales usando cualquiera de los siguientes sistemas:

**DECIMAL
POR ASUNTO
GEOGRAFICO
NUMERICO y
ALFABETICO.**

Además, se explica la forma más conveniente para trabajar con rapidez, comodidad y sin cometer errores.



En consecuencia, que este Manual ofrezca al interesado la oportunidad de adquirir en poco tiempo los conocimientos indispensables para poder asumir la dirección de cualquier Archivo.

Entre las muchas felicitaciones que hemos recibido por esta obra se cuentan las que nos permitimos publicar a continuación:

Ciudad Trujillo, D. S. D.,
8 de septiembre de 1949.

Señor don
Silvestre Emilio Contín,
Jefe de la Sección de Archivos de la
Dirección General de Estadística,
C i u d a d.

Mi distinguido y culto amigo:

He estado examinando cuidadosamente su última obra intitulada "Manual de Archivo", y a pesar de que mis conocimientos sobre la materia no son muy elevados, he podido apreciar que dicho Manual, es una verdadera joya bibliográfica, donde todas aquellas personas que aspiren a desempeñar cargos de archivistas, ya sea en la Administración Pública o en empresas particulares podrán aprender con eficiencia y rapidez, todo lo relacionado con archivos modernos. En este libro he podido aprender muchas cosas nuevas y le aseguro, que lo tendré siempre a mano, como libro de consulta.

Al felicitarlo efusivamente, aprovecho la ocasión para saludarlo muy atentamente.

Lic. Fabio T. Rodríguez C.,

Ayudante del Director e Inspector de Archivos (*)

(*)El Lic. Fabio T. Rodríguez C., es ayudante del Director del Archivo General de la Nación e Inspector de Archivos.

CABRAL, R. D.
20 de febrero de 1950.

Señor don
Silvestre Emilio Contín,
Jefe de la Sección de Archivos de la
Dirección General de Estadística,
CIUDAD TRUJILLO, D. S. D.

Estimado señor y amigo:

Me permito dirigirle la presente, para en primer lugar suplicar a Ud. tener la bondad de perdonarme, por escribir a Ud. en condición de un desconocido.

Después de haber tenido en mis manos su obra "Manual de Archivos", que en enhorabuena adquiriera el Hon. Ayuntamiento de esta común, para uso de la Biblioteca Municipal, y después de leer brevemente los diferentes sistemas que constituyen una verdadera joya de enseñanza, en lo que concierne a la mejor manera para obtener un valioso método de archivo en las oficinas públicas y particulares, no he podido menos que dirigirme a Ud., para rogarle aceptar mis sinceras congratulaciones, por su valioso aporte a la difusión de la enseñanza y de la cultura en nuestra querida Patria, que gracia AL GENIO DE TRUJILLO, vive en el apogeo del progreso en todas sus manifestaciones.

A pesar de que mi conciencia ni mis conocimientos son lo bastante amplios, para juzgar las obras de un intelectual de sus quilates, pues mis estudios se limitan al 3er. Teórico, no puedo menos que expresar de la manera más digna de encomios, la utilidad que recibirá el pueblo dominicano con el sistema de archivos por Ud. establecido, el cual

además de suprimir trabajos innecesarios, proporcionará un rápido desenvolvimiento al tren administrativo.

Durante mi permanencia en este Ayuntamiento, puedo asegurar a Ud., que dedicaré una parte del tiempo, para aprender las distintas formas de archivos contenidas en su valiosa obra.

Con mi mayor consideración y alta estimación, le saluda,

Un amigo y servidor,

GUIDO A. SURSONA F.,
Secretario Municipal.

Si al lector le interesa adquirir un ejemplar de este Manual, con mucho gusto se lo enviaremos a la dirección que indique. Su valor es de RD\$2.00. Nuestra dirección es la siguiente: Señor Silvestre Emilio Contín, Jefe de la Sección de Archivo de la Dirección General de Estadística, Ciudad Trujillo, R.D.

